

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXVII

Nº3

JULIO - SEPTIEMBRE 2014



NUESTRA PORTADA:

Santuario de la Virgen de los Remedios de Ourense el día que se abre al culto después de los trabajos de remodelación tras el incendio. Viernes 29 de agosto de 2014.

Director: Manuel Emilio Rodríguez Álvarez

Maquetación, administración y fotocomposición: Secretaría Episcopal de Informática y Seguridad.

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXVII

Julio - Septiembre 2014

Nº 3

SUMARIO

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Francisco

Audiencias.....	443
Discursos.....	458
Homilías	480

Santa Sede

Carta de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos.....	485
---	-----

OBISPO

Homilías

Envío de los Misioneros	493
Exequias del Rvdo. D. Antonio Vázquez Borrajo.....	495
Clausura de los Ejercicios Espirituales para sacerdotes	499
XXXVI Encuentro con nuestros Misioneros.....	503
50 Aniversario de la Fundación de la Casa de Montealegre de las Misioneras del Divino Maestro... ..	506
Solemnidad de San Bernardo.....	509
Exequias del Rvdo. D. Manuel Rodicio Pérez.....	512
Apertura ó culto do santuario dos Remedios da cidade de Ourense	515
Fiesta de la Natividad de Nuestra Señora. Fiesta de los Milagros.....	520
Apertura de curso en los Seminarios, en el Instituto Teológico Divino Maestro y en el Centro de Ciencias Religiosas San Martín	524

Cartas

Ejercicios Espirituales de sacerdotes.....	527
A medio siglo de un evento mariano.....	528
Carta en la que establece que la Capilla de los Remedios queda Constituida como “Santuario de Los Remedios”	530

En Comunidad

Julio	531
Agosto.....	532
Septiembre	534

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

Nombramientos	539
Defunciones	540
Decretos del Año Mariano.....	541

CRÓNICA DIOCESANA

Julio, agosto y septiembre.....	549
---------------------------------	-----



IGLESIA UNIVERSAL



IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE FRANCISCO

AUDIENCIAS

Audiencia del Papa Francisco. Catequesis sobre la Iglesia (III)

Sala Pablo VI. Miércoles 6 de agosto de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En las catequesis anteriores hemos visto cómo la Iglesia constituye un pueblo, un pueblo preparado por Dios con paciencia y amor y al cual estamos todos llamados a pertenecer. Hoy quisiera poner de relieve la novedad que caracteriza a este pueblo: se trata verdaderamente de un nuevo pueblo, que se funda en la nueva alianza establecida por el Señor Jesús con la entrega de su vida. Esta novedad no niega el camino precedente ni se contrapone al mismo, sino que más bien lo conduce hacia adelante, lo lleva a su realización.

Hay una figura muy significativa, que cumple la función de bisagra entre el Antiguo y el Nuevo Testamento: Juan Bautista. Para los Evangelios sinópticos él es el «precursor», quien prepara la venida del Señor, predisponiendo al pueblo para la conversión del corazón y la acogida del consuelo de Dios ya cercano. Para el Evangelio de Juan es el «testigo», porque nos hace reconocer en Jesús a Aquel que viene de lo alto, para perdonar nuestros pecados y hacer de su pueblo su esposa, primicia de la humanidad nueva. Como «precursor» y «testigo», Juan Bautista desempeña un papel central dentro de toda la Escritura, ya que hace las veces de puente entre la promesa del Antiguo Testamento y su realización, entre las profecías y su realización en Jesucristo. Con su testimonio Juan nos indica a Jesús, nos invita a seguirlo, y nos dice sin medias tintas que esto requiere humildad, arrepentimiento y conversión: es una invitación que hace a la humildad, al arrepentimiento y a la conversión.

Como Moisés había estipulado la alianza con Dios en virtud de la ley recibida en el Sinaí, así Jesús, desde una colina a orillas del lago de Galilea, entrega a sus

discípulos y a la multitud una enseñanza nueva que comienza con las Bienaventuranzas. Moisés da la Ley en el Sinaí y Jesús, el nuevo Moisés, da la Ley en ese monte, a orillas del lago de Galilea. Las Bienaventuranzas son el camino que Dios indica como respuesta al deseo de felicidad ínsito en el hombre y perfeccionan los mandamientos de la Antigua Alianza. Nosotros estamos acostumbrados a aprender los diez mandamientos -cierto, todos vosotros los conocéis, los habéis aprendido en la catequesis- pero no estamos acostumbrados a repetir las Bienaventuranzas. Intentemos, en cambio, recordarlas e imprimirlas en nuestro corazón. Hagamos una cosa: yo les diré una tras otra y vosotros las repetís. ¿De acuerdo?

- Primera: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». [en el aula repiten]
- «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados». [en el aula repiten]
- «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra». [en el aula repiten]
- «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados». [en el aula repiten]
- «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia». [en el aula repiten]
- «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». [en el aula repiten]
- «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios». [en el aula repiten]
- «Bienaventurados los perseguidos por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos». [en el aula repiten]
- «Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa». Os ayudo: [repite con la gente] «Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa».
- «Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo». [en el aula repiten]

¡Geniales! Pero hagamos una cosa: os doy una tarea para casa, una tarea para hacer en casa. Tomad el Evangelio, el que lleváis con vosotros... Recordad que debéis llevar siempre un pequeño Evangelio con vosotros, en el bolsillo, en la cartera, siempre; el que tenéis en casa. Llevad el Evangelio, y en los primeros capítulos de Mateo -creo que en el 5- están las Bienaventuranzas. Y hoy, mañana en casa, leedlas. ¿Lo haréis? [en el aula repiten: ¡Sí!] Para no olvidarlas, porque es la Ley que nos da Jesús. ¿Lo haréis? Gracias.

En estas palabras está toda la novedad traída por Cristo, y toda la novedad de Cristo está en estas palabras. En efecto, las Bienaventuranzas son el retrato de Jesús, su forma de vida; y son el camino de la verdadera felicidad, que también nosotros podemos recorrer con la gracia que nos da Jesús.

Además de la nueva Ley, Jesús nos entrega también el «protocolo» a partir del cual seremos juzgados. Cuando llegue el fin del mundo seremos juzgados. ¿Y cuáles serán las preguntas que nos harán en ese momento? ¿Cuáles serán esas preguntas? ¿Cuál es el protocolo a partir del cual el juez nos juzgará? Es el que encontramos en el capítulo 25 del Evangelio de Mateo. La tarea de hoy es leer el quinto capítulo del Evangelio de Mateo donde están las Bienaventuranzas; y leer el vigésimo quinto, donde está el protocolo, las preguntas que nos harán el día del juicio. No tendremos títulos, créditos o privilegios para presentar. El Señor nos reconocerá si a su vez lo hemos reconocido en el pobre, en el hambriento, en quien pasa necesidad y es marginado, en quien sufre y está solo... Es este uno de los criterios fundamentales de verificación de nuestra vida cristiana, a partir del cual Jesús nos invita a medirnos cada día. Leo las Bienaventuranzas y pienso cómo debe ser mi vida cristiana, y luego hago el examen de conciencia con este capítulo 25 de Mateo. Cada día: he hecho esto, he hecho esto, he hecho esto... Nos hará bien. Son cosas sencillas pero concretas.

Queridos amigos, la nueva alianza consiste precisamente en esto: en verse, en Cristo, envueltos por la misericordia y la compasión de Dios. Es esto lo que llena nuestro corazón de alegría, y es esto lo que hace de nuestra vida un testimonio hermoso y creíble del amor de Dios por todos los hermanos que encontramos a diario. Recordad las tareas. Capítulo quinto de Mateo y capítulo 25 de Mateo. ¡Gracias!

Audiencia del Papa Francisco. Catequesis sobre la Iglesia (IV)

Plaza de San Pedro. Miércoles 27 de agosto de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Cada vez que renovamos nuestra profesión de fe al rezar el «Credo», afirmamos que la Iglesia es «una» y «santa». Es *una*, porque tiene su origen en Dios Trinidad, misterio de unidad y de comunión plena. La Iglesia también es *santa*, en cuanto que está fundada en Jesucristo, animada por su Santo Espíritu, llena de su amor y su salvación. Al mismo tiempo, sin embargo, es santa y está formada por pecadores, todos nosotros, pecadores, que experimentamos cada día nuestras fragilidades y nuestras miserias. Así pues, esta fe que profesamos nos impulsa a la conversión, a tener el valor de vivir cada día la unidad y la santidad, y si nosotros no estamos unidos, si no somos santos, es porque no somos fieles a Jesús. Pero Él, Jesús, no nos deja solos, no abandona a su Iglesia. Él camina con nosotros, Él nos comprende. Comprende nuestras debilidades, nuestros pecados, nos perdona, siempre que nosotros nos dejemos perdonar. Él está siempre con nosotros, ayudándonos a llegar a ser menos pecadores, más santos, más unidos.

El primer consuelo nos llega del hecho que Jesús *rezó mucho por la unidad de los discípulos*. Es la oración de la Última Cena, Jesús pidió con insistencia: «Padre, que todos sean uno». Rezó por la unidad, y lo hizo precisamente en la inminencia de la Pasión, cuando estaba por entregar toda su vida por nosotros. Es lo que estamos invitados continuamente a releer y meditar en una de las páginas más intensas y conmovedoras del Evangelio de Juan, el capítulo diecisiete (cf. vv. 11.21-23). ¡Cuán hermoso es saber que el Señor, antes de morir, no se preocupó de sí mismo, sino que pensó en nosotros! Y en su diálogo intenso con el Padre, rezó precisamente para que lleguemos a ser una cosa sola con Él y entre nosotros. Es esto: con estas palabras, Jesús se hizo nuestro intercesor ante el Padre, para que podamos entrar también nosotros en la plena comunión de amor con Él; al mismo tiempo, le confió a cada uno de nosotros como su testamento espiritual, para que la unidad llegue a ser cada vez más la nota distintiva de nuestras comuniones y la respuesta más bella a quien nos pida razón de la esperanza que está en nosotros (cf. 1 P 3, 15).

«Que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 21). La Iglesia ha buscado desde los comienzos realizar este propósito que tanto

le interesa a Jesús. Los Hechos de los Apóstoles nos recuerdan que los primeros cristianos se distinguían por el hecho de tener «un solo corazón y una sola alma» (*Hch* 4, 32); el apóstol Pablo, luego, exhortaba a sus comunidades a no olvidar que son «un solo cuerpo» (*1 Cor* 12, 13). La experiencia, sin embargo, nos dice que *son muchos los pecados contra la unidad*. Y no pensemos sólo en los cismas, pensemos en faltas muy comunes en nuestras comunidades, en pecados «parroquiales», en los pecados de las parroquias. A veces, en efecto, nuestras parroquias, llamadas a ser lugares donde se comparte y se vive en comunión, están tristemente marcadas por envidias, celos y antipatías... Y las habladurías están al alcance de todos. ¡Cuánto se murmura en las parroquias! Esto no es bueno. Por ejemplo, cuando uno es elegido presidente de una asociación, se habla mal de él. Y si otra es elegida presidenta de la catequesis, las demás la critican. Pero esto no es la Iglesia. Esto no se debe hacer, no debemos hacerlo. Hay que pedir al Señor la gracia de no hacerlo. Esto es humano pero no es cristiano. Esto sucede cuando aspiramos a los primeros lugares; cuando nos ponemos nosotros mismos en el centro, con nuestras ambiciones personales y nuestros modos de ver las cosas, y juzgamos a los demás; cuando miramos los defectos de los hermanos, en lugar de sus dones; cuando damos más peso a lo que nos divide, en lugar de aquello que nos une...

Una vez, en la otra diócesis que tenía antes, escuché un comentario interesante y hermoso. Se hablaba de una anciana que durante toda su vida había trabajado en la parroquia, y una persona que la conocía bien, dijo: «Esta mujer nunca habló mal, jamás criticó, era siempre una sonrisa». Una mujer así puede ser canonizada mañana. Este es un buen ejemplo. Y si miramos la historia de la Iglesia, cuántas divisiones entre nosotros cristianos. Incluso ahora estamos divididos. También en la historia nosotros cristianos hemos declarado la guerra entre nosotros por divisiones teológicas. Pensemos en la de los 30 años. Pero esto no es cristiano. Tenemos que trabajar también por la unidad de todos los cristianos, ir por la senda de la unidad que es lo que Jesús quiere y por lo cual oró.

Ante todo esto, debemos hacer seriamente *un examen de conciencia*. En una comunidad cristiana, *la división es uno de los pecados más graves*, porque la convierte en signo no de la obra de Dios, sino de la obra del diablo, el cual es por definición el que separa, quien arruina las relaciones, insinúa prejuicios... La división en una comunidad cristiana, sea una escuela, una parroquia o una asociación, es un pecado gravísimo, porque es obra del diablo. Dios, en cambio, quiere que crezcamos en la capacidad de aceptarnos, de perdonarnos y querernos, para asemejarnos cada vez más a Él que es comunión y amor. En esto está la santidad de la Iglesia: identificarse a imagen de Dios, llena de su misericordia y de su gracia.

Queridos amigos, hagamos resonar en nuestro corazón estas palabras de Jesús: «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán ellos llamados hijos de Dios» (*Mt 5, 9*). Pidamos sinceramente perdón por todas las veces en las que hemos sido ocasión de división o de incomprensión en el seno de nuestras comunidades, sabiendo bien que no se llega a la comunión si no es a través de una continua conversión. ¿Qué es la conversión? Es pedir al Señor la gracia de no hablar mal, no criticar, no murmurar, de querer a todos. Es una gracia que el Señor nos concede. Esto es convertir el corazón. Y pidamos que el tejido cotidiano de nuestras relaciones se convierta en un reflejo cada vez más hermoso y gozoso de la relación de Jesús con el Padre.

Audiencia del Papa Francisco. Catequesis sobre la Iglesia (V)

Plaza de San Pedro. Miércoles 3 de septiembre de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En las catequesis anteriores hemos tenido ocasión de destacar varias veces que no se llega a ser cristianos por uno mismo, es decir, con las propias fuerzas, de modo autónomo, ni tampoco se llega a ser cristianos en un laboratorio, sino que somos engendrados y alimentados en la fe en el seno de ese gran cuerpo que es la Iglesia. En este sentido la Iglesia es verdaderamente madre, nuestra madre Iglesia -es hermoso decirlo así: nuestra madre Iglesia- una madre que nos da vida en Cristo y nos hace vivir con todos los demás hermanos en la comunión del Espíritu Santo.

La Iglesia, en su maternidad, tiene como modelo a la Virgen María, el modelo más hermoso y más elevado que pueda existir. Es lo que ya habían destacado las primeras comunidades cristianas y el Concilio Vaticano II expresó de modo admirable (cf. const. *Lumen gentium*, 63-64). La maternidad de María es ciertamente única, extraordinaria, y se realizó en la plenitud de los tiempos, cuando la Virgen dio a luz al Hijo de Dios, concebido por obra del Espíritu Santo. Así, pues, la maternidad de la Iglesia se sitúa precisamente en continuidad con la de María, como prolongación en la historia. La Iglesia, en la fecundidad del Espíritu, sigue engendrando nuevos hijos en Cristo, siempre en la escucha de la Palabra de Dios y en la docilidad a su designio de amor. La Iglesia es madre. El nacimiento de Jesús en el seno de María, en efecto, es preludeo del nacimiento de cada cristiano en el seno de la Iglesia, desde el momento que Cristo es el primogénito de una multitud de hermanos (cf. *Rm* 8, 29) y nuestro primer hermano Jesús nació de María, es el modelo, y todos nosotros hemos nacido en la Iglesia. Comprendemos, entonces, cómo la relación que une a María y a la Iglesia es tan profunda: mirando a María descubrimos el rostro más hermoso y más tierno de la Iglesia; y mirando a la Iglesia reconocemos los rasgos sublimes de María. Nosotros cristianos, no somos huérfanos, tenemos una mamá, tenemos una madre, y esto es algo grande. No somos huérfanos. La Iglesia es madre, María es madre.

La Iglesia es nuestra madre porque nos ha dado a luz en el Bautismo. Cada vez que bautizamos a un niño, se convierte en hijo de la Iglesia, entra en la Iglesia. Y desde ese día, como mamá atenta, nos hace crecer en la fe y nos indica, con la fuerza de la Palabra de Dios, el camino de salvación, defendiéndonos del mal.

La Iglesia ha recibido de Jesús el tesoro precioso del Evangelio no para tenerlo para sí, sino para entregarlo generosamente a los demás, como hace una mamá. En este servicio de evangelización se manifiesta de modo peculiar la maternidad de la Iglesia, comprometida, como una madre, a ofrecer a sus hijos el sustento espiritual que alimenta y hace fructificar la vida cristiana. Todos, por lo tanto, estamos llamados a acoger con mente y corazón abiertos la Palabra de Dios que la Iglesia dispensa cada día, porque esta Palabra tiene la capacidad de cambiarnos desde dentro. Sólo la Palabra de Dios tiene esta capacidad de cambiarnos desde dentro, desde nuestras raíces más profundas. La Palabra de Dios tiene este poder. ¿Y quién nos da la Palabra de Dios? La madre Iglesia. Ella nos amamanta desde niños con esta Palabra, nos educa durante toda la vida con esta Palabra, y esto es algo grande. Es precisamente la madre Iglesia que con la Palabra de Dios nos cambia desde dentro. La Palabra de Dios que nos da la madre Iglesia nos transforma, hace nuestra humanidad no palpitante según la mundanidad de la carne, sino según el Espíritu.

En su solicitud maternal, la Iglesia se esfuerza por mostrar a los creyentes el camino a recorrer para vivir una vida fecunda de alegría y de paz. Iluminados por la luz del Evangelio y sostenidos por la gracia de los Sacramentos, especialmente la Eucaristía, podemos orientar nuestras opciones al bien y atravesar con valentía y esperanza los momentos de oscuridad y los senderos más tortuosos. El camino de salvación, a través del cual la Iglesia nos guía y nos acompaña con la fuerza del Evangelio y el apoyo de los Sacramentos, nos da la capacidad de defendernos del mal. La Iglesia tiene la valentía de una madre que sabe que tiene que defender a sus propios hijos de los peligros que derivan de la presencia de Satanás en el mundo, para llevarlos al encuentro con Jesús. Una madre defiende siempre a los hijos. Esta defensa consiste también en exhortar a la vigilancia: vigilar contra el engaño y la seducción del maligno. Porque si bien Dios venció a Satanás, este vuelve siempre con sus tentaciones; nosotros lo sabemos, todos somos tentados, hemos sido tentados y somos tentados. Satanás viene «como león rugiente» (1 P 5, 8), dice el apóstol Pedro, y nosotros no podemos ser ingenuos, sino que hay que vigilar y resistir firmes en la fe. Resistir con los consejos de la madre Iglesia, resistir con la ayuda de la madre Iglesia, que como una mamá buena siempre acompaña a sus hijos en los momentos difíciles.

Queridos amigos, esta es la Iglesia, esta es la Iglesia que todos amamos, esta es la Iglesia que yo amo: una madre a la que le interesa el bien de sus hijos y que es capaz de dar la vida por ellos. No tenemos que olvidar, sin embargo, que la Iglesia no son sólo los sacerdotes, o nosotros obispos, no, somos todos. La Iglesia somos todos. ¿De acuerdo? Y también nosotros somos hijos, pero también madres de

otros cristianos. Todos los bautizados, hombres y mujeres, juntos somos la Iglesia. ¡Cuántas veces en nuestra vida no damos testimonio de esta maternidad de la Iglesia, de esta valentía maternal de la Iglesia! ¡Cuántas veces somos cobardes! Encomendémonos a María, para que Ella como madre de nuestro hermano primogénito, Jesús, nos enseñe a tener su mismo espíritu maternal respecto a nuestros hermanos, con la capacidad sincera de acoger, de perdonar, de dar fuerza y de infundir confianza y esperanza. Es esto lo que hace una mamá.

Audiencia del Papa Francisco. Catequesis sobre la Iglesia (VI)

Plaza de San Pedro. Miércoles 10 de septiembre de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En nuestro itinerario de catequesis sobre la Iglesia, nos estamos centrando en considerar que la Iglesia *es madre*. En el último encuentro hemos puesto de relieve cómo la Iglesia nos hace crecer y, con la luz y la fuerza de la Palabra de Dios, nos indica el camino de la salvación, y nos defiende del mal. Hoy quisiera destacar un aspecto especial de esta acción educativa de nuestra madre Iglesia, es decir cómo ella *nos enseña las obras de misericordia*.

Un buen educador apunta a lo *esencial*. No se pierde en los detalles, sino que quiere transmitir lo que verdaderamente cuenta para que el hijo o el discípulo encuentre el sentido y la alegría de vivir. Es la verdad. Y lo esencial, según el Evangelio, es *la misericordia*. Lo esencial del Evangelio es la misericordia. Dios envió a su Hijo, Dios se hizo hombre para salvarnos, es decir para darnos su misericordia. Lo dice claramente Jesús al resumir su enseñanza para los discípulos: «Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6, 36). ¿Puede existir un cristiano que no sea misericordioso? No. El cristiano necesariamente debe ser misericordioso, porque este es el centro del Evangelio. Y fiel a esta enseñanza, la Iglesia no puede más que repetir lo mismo a sus hijos: «Sed misericordiosos», como lo es el Padre, y como lo fue Jesús. Misericordia.

Y entonces la Iglesia se comporta como Jesús. No da lecciones teóricas sobre el amor, sobre la misericordia. No difunde en el mundo una filosofía, un camino de sabiduría... Ciertamente, el cristianismo es también todo esto, pero como consecuencia, por reflejo. La madre Iglesia, como Jesús, enseña con el ejemplo, y las palabras sirven para iluminar el significado de sus gestos.

La madre Iglesia nos enseña a dar de comer y de beber a quien tiene hambre y sed, a vestir a quien está desnudo. ¿Y cómo lo hace? Lo hace con el ejemplo de muchos santos y santas que hicieron esto de modo ejemplar; pero lo hace con el ejemplo de muchísimos padres y madres, que enseñan a sus hijos que lo que nos sobra a nosotros es para quien le falta lo necesario. Es importante saber esto. En las familias cristianas más sencillas ha sido siempre sagrada la regla de la hospitalidad: no falta nunca un plato y una cama para quien lo necesita. Una vez una mamá me contaba -en la otra diócesis- que quería enseñar esto a sus hijos y les

decía que ayudaran a dar de comer a quien tiene hambre. Y tenía tres hijos. Y un día a la hora del almuerzo -el papá estaba en el trabajo, estaba ella con los tres hijos, pequeños, de 7, 5 y 4 años más o menos- y llamaron a la puerta: era un señor que pedía de comer. Y la mamá le dijo: «Espera un momento». Volvió a entrar y dijo a los hijos: «Hay un señor allí y pide de comer, ¿qué hacemos?». «Le damos, mamá, le damos». Cada uno tenía en el plato un bistec con patatas fritas. «Muy bien -dice la mamá-, tomemos la mitad de cada uno de vosotros, y le damos la mitad del bistec de cada uno de vosotros». «Ah no, mamá, así no está bien». «Es así, tú debes dar de lo tuyo». Y así esta mamá enseñó a los hijos a dar de comer de lo *propio*. Este es un buen ejemplo que me ayudó mucho. «Pero no me sobra nada...». «Da de lo tuyo». Así nos enseña la madre Iglesia. Y vosotras, muchas madres que estáis aquí, sabéis lo que tenéis que hacer para enseñar a vuestros hijos para que compartan sus cosas con quien tiene necesidad.

La madre Iglesia enseña a estar cerca de quien está enfermo. ¡Cuántos santos y santas sirvieron a Jesús de este modo! Y cuántos hombres y mujeres sencillos, cada día, ponen en práctica esta obra de misericordia en una habitación del hospital, o de un asilo, o en la propia casa, asistiendo a una persona enferma.

La madre Iglesia enseña a estar cerca de quien está en la cárcel. «Pero Padre no, esto es peligroso, es gente mala». Pero cada uno de nosotros es capaz... Oíd bien esto: cada uno de nosotros es capaz de hacer lo mismo que hizo ese hombre o esa mujer que está en la cárcel. Todos tenemos la capacidad de pecar y de hacer lo mismo, de equivocarnos en la vida. No es más malo que tú o que yo. La misericordia supera todo muro, toda barrera, y te conduce a buscar siempre el rostro del hombre, de la persona. Y es la misericordia la que cambia el corazón y la vida, que puede regenerar a una persona y permitirle incorporarse de un modo nuevo en la sociedad.

La madre Iglesia enseña a estar cerca de quien está abandonado y muere solo. Es lo que hizo la beata Teresa por las calles de Calcuta; es lo que hicieron y hacen tantos cristianos que no tienen miedo de estrechar la mano a quien está por dejar este mundo. Y también aquí la misericordia dona la paz a quien parte y a quien permanece, haciéndonos sentir que Dios es más grande que la muerte, y que permaneciendo en Él incluso la última separación es un «hasta la vista»... Esto lo había entendido bien la beata Teresa. Le decían: «Madre, esto es perder tiempo». Encontraba gente moribunda por la calle, gente a la que empezaban a comer el cuerpo las ratas de la calle, y ella los llevaba a casa para que muriesen limpios, tranquilos, acariciados, en paz. Ellas les decía «hasta la vista», a todos estos... Y muchos hombres y mujeres como ella hicieron esto. Y ellos los esperan, allí [in-

dica el cielo], en la puerta, para abrirles la puerta del Cielo. Ayudar a la gente a morir bien, en paz.

Queridos hermanos y hermanas, así la Iglesia es madre, enseñando a sus hijos las obras de misericordia. Ella aprendió de Jesús este camino, aprendió que esto es lo esencial para la salvación. No basta amar a quien nos ama. Jesús dice que esto lo hacen los paganos. No basta hacer el bien a quien nos hace el bien. Para cambiar el mundo en algo mejor es necesario hacer el bien a quien no es capaz de hacer lo mismo, como hizo el Padre con nosotros, dándonos a Jesús. ¿Cuánto hemos pagado nosotros por nuestra redención? Nada, todo es gratis. Hacer el bien sin esperar algo a cambio. Eso hizo el Padre con nosotros y nosotros debemos hacer lo mismo. Haz el bien y sigue adelante.

Qué hermoso es vivir en la Iglesia, en nuestra madre Iglesia que nos enseña estas cosas que nos ha enseñado Jesús. Damos gracias al Señor, que nos da la gracia de tener como madre a la Iglesia, ella que nos enseña el camino de la misericordia, que es la senda de la vida. Demos gracias al Señor.

Audiencia del Papa Francisco. Catequesis sobre la Iglesia (VII)

Plaza de San Pedro. Miércoles 17 de septiembre de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Esta semana seguimos hablando de la Iglesia. Cuando profesamos nuestra fe, afirmamos que la Iglesia es «*católica*» y «*apostólica*». ¿Pero cuál es efectivamente el significado de estas dos palabras, de estas dos notas características de la Iglesia? ¿Y qué valor tienen para las comunidades cristianas y para cada uno de nosotros?

Católica significa universal. Una definición completa y clara nos ofrece uno de los Padres de la Iglesia de los primeros siglos, san Cirilo de Jerusalén, cuando afirma: «La Iglesia sin lugar a dudas se la llama católica, es decir, universal, por el hecho de que está extendida por todas partes de uno a otro confín de la tierra; y porque universalmente y sin defecto enseña todas las verdades que deben llegar a ser conocidas por los hombres, tanto en lo que se refiere a las cosas celestiales, como a las terrestres» (*Catequesis XVIII, 23*).

Signo evidente de la catolicidad de la Iglesia es que ella habla todas las lenguas. Y esto es el efecto de Pentecostés (cf. *Hch 2, 1-13*): es el Espíritu Santo quien capacitó a los Apóstoles y a toda la Iglesia para anunciar a todos, hasta los confines de la tierra, la Hermosa Noticia de la salvación y del amor de Dios. Así, la Iglesia nació católica, es decir, «sinfónica» desde los orígenes, y no puede no ser católica, proyectada a la evangelización y al encuentro con todos. Hoy la Palabra de Dios se lee en todas las lenguas, todos tienen el Evangelio en su idioma para leerlo. Y vuelvo al mismo concepto: siempre es bueno llevar con nosotros un Evangelio pequeño, para llevarlo en el bolsillo, en la cartera, y durante el día leer un pasaje. Esto nos hace bien. El Evangelio está difundido en todas las lenguas porque la Iglesia, el anuncio de Jesucristo Redentor, está en todo el mundo. Y por ello se dice que la Iglesia es *católica*, porque es universal.

Si la Iglesia nació católica, quiere decir que nació «en salida», que nació misionera. Si los Apóstoles hubiesen permanecido allí en el cenáculo, sin salir para llevar el Evangelio, la Iglesia sería sólo la Iglesia de ese pueblo, de esa ciudad, de ese cenáculo. Pero todos salieron por el mundo, desde el momento del nacimiento de la Iglesia, desde el momento que descendió sobre ellos el Espíritu Santo. Y es así como la Iglesia nació «en salida», es decir, misionera. Es lo que expresamos llamándola *apostólica*, porque el apóstol es quien lleva la buena no-

ticia de la Resurrección de Jesús. Este término nos recuerda que la Iglesia, sobre el fundamento de los Apóstoles y en continuidad con ellos -son los Apóstoles quienes fueron y fundaron nuevas iglesias, ordenaron nuevos obispos, y así en todo el mundo, en continuidad. Hoy todos nosotros estamos en continuidad con ese grupo de Apóstoles que recibió el Espíritu Santo y luego fue en «salida», a predicar-, es enviada a llevar a todos los hombres este anuncio del Evangelio, acompañándolo con los signos de la ternura y del poder de Dios. También esto deriva del acontecimiento de Pentecostés: es el Espíritu Santo, en efecto, quien supera toda resistencia, quien vence las tentaciones de cerrarse en sí mismo, entre pocos elegidos, y de considerarse los únicos destinatarios de la bendición de Dios. Si, por ejemplo, algunos cristianos hacen esto y dicen: «Nosotros somos los elegidos, sólo nosotros», al final mueren. Mueren primero en el alma, luego morirán en el cuerpo, porque no tienen vida, no son capaces de generar vida, otra gente, otros pueblos: no son apostólicos. Y es precisamente el Espíritu quien nos conduce al encuentro de los hermanos, incluso de los más distantes en todos los sentidos, para que puedan compartir con nosotros el amor, la paz, la alegría que el Señor Resucitado nos ha dejado como don.

¿Qué comporta para nuestras comunidades y para cada uno de nosotros formar parte de una Iglesia que es católica y apostólica? Ante todo, *significa interesarse por la salvación de toda la humanidad*, no sentirse indiferentes o ajenos ante la suerte de tantos hermanos nuestros, sino abiertos y solidarios hacia ellos. Significa, además, *tener el sentido de la plenitud, de la totalidad, de la armonía* de la vida cristiana, rechazando siempre las posiciones parciales, unilaterales, que nos cierran en nosotros mismos.

Formar parte de la Iglesia *apostólica* quiere decir ser conscientes de que nuestra fe está anclada en el anuncio y en el testimonio de los Apóstoles de Jesús -está anclada allí, es una larga cadena que viene de allí-; y, por ello, sentirse siempre enviados, sentirse mandados, en comunión con los sucesores de los Apóstoles, a anunciar con el corazón lleno de alegría a Cristo y su amor por toda la humanidad. Y aquí quisiera recordar la vida heroica de tantos, tantos misioneros y misioneras que dejaron su patria para ir a anunciar el Evangelio a otros países, a otros continentes. Me decía un cardenal brasileño que trabaja bastante en la Amazonia, que cuando él va a un lugar, en un país o en una ciudad de la Amazonia, va siempre al cementerio y allí ve las tumbas de estos misioneros, sacerdotes, hermanos, religiosas que fueron a predicar el Evangelio: apóstoles. Y él piensa: todos ellos pueden ser canonizados ahora, lo dejaron todo para anunciar a Jesucristo. Demos gracias al Señor porque nuestra Iglesia tiene muchos misioneros, ha tenido numerosos misioneros y tiene necesidad de muchos más. Demos gra-

cias al Señor por ello. Tal vez entre tantos jóvenes, muchachos y muchachas que están aquí, alguno quiera llegar a ser misionero: ¡qué siga adelante! Es hermoso esto, llevar el Evangelio de Jesús. ¡Que sea valiente!

Pidamos entonces al Señor que renueve en nosotros el don de su Espíritu, para que cada comunidad cristiana y cada bautizado sea expresión de la santa madre Iglesia católica y apostólica.

DISCURSOS

Discurso del Papa Francisco en el encuentro con los sacerdotes diocesanos en su visita pastoral a Cassano All'Jonio

Catedral de Cassano all'Jonio. Sábado 21 de junio de 2014

Queridos sacerdotes:

Os doy las gracias por vuestra acogida. He deseado mucho este encuentro con vosotros que lleváis el peso diario del trabajo parroquial.

Ante todo quisiera compartir con vosotros *la alegría de ser sacerdotes*. La sorpresa siempre nueva de haber sido llamado, más aún, de se ser llamado por el Señor Jesús. Llamado a seguirle, a estar con Él, para ir hacia los demás llevándoles al Señor, su Palabra, su perdón... No hay nada más hermoso para un hombre que esto, ¿verdad? Cuando nosotros, sacerdotes, estamos ante el sagrario, y nos detenemos un momento allí, en silencio, sentimos nuevamente la mirada de Jesús sobre nosotros, y esta mirada nos renueva, nos infunde ánimo...

Cierto, a veces no es fácil permanecer ante el Señor; no es fácil porque estamos ocupados en muchas cosas, con muchas personas...; pero a veces no es fácil porque sentimos una cierta incomodidad, la mirada de Jesús nos inquieta un poco, nos pone también en crisis... Pero esto nos hace bien. En el silencio de la oración Jesús nos hace ver si estamos trabajando como buenos obreros, o bien tal vez nos hemos convertido un poco en «empleados»; si somos «canales» abiertos, generosos a través de los cuales fluye abundante su amor, su gracia, o si en cambio nos ponemos a nosotros mismos en el centro, y, así, en lugar de ser «canales» nos convertimos en «pantallas» que no ayudan al encuentro con el Señor, con la luz y la fuerza del Evangelio.

Y la segunda cosa que deseo compartir con vosotros es *la belleza de la fraternidad*: ser sacerdotes juntos, seguir al Señor no solos, cada uno por su lado, sino juntos, incluso en la gran variedad de los dones y de las personalidades; es más, precisamente esto enriquece al Presbiterio, esta variedad de procedencias, edades, talentos... Y todo vivido en la comunión, en la fraternidad.

También esto no es fácil, no es inmediato y no se da por descontado. Antes

que nada porque también nosotros sacerdotes estamos inmersos en la cultura subjetivista de hoy, esta cultura que exalta el yo hasta idolatrarlo. Y además a causa de un cierto individualismo pastoral que lamentablemente está difundido en nuestras diócesis. Por ello debemos reaccionar a esto con la opción de la fraternidad. Intencionalmente hablo de «opción». No puede ser sólo algo dejado al azar, a las circunstancias favorables... No, es una opción, que corresponde a la realidad que nos constituye, al don que hemos recibido, pero que siempre se debe acoger y cultivar: la comunión en Cristo en el presbiterio, en torno al obispo. Esta comunión pide ser vivida buscando formas concretas y adecuadas a los tiempos y a la realidad del territorio, pero siempre en perspectiva apostólica, con estilo misionero, con fraternidad y sencillez de vida. Cuando Jesús dice: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (Jn 13, 35), lo dice ciertamente para todos, pero ante todo para los Doce, para aquellos que ha llamado a seguirlo más de cerca.

La alegría de ser sacerdotes y la belleza de la fraternidad. Estas son las dos cosas que consideraba más importantes pensando en vosotros. Una última cosa solamente la menciono: os aliento en vuestro trabajo con las familias y por la familia. Es un trabajo que el Señor nos pide realizar de modo especial en este tiempo, que es un tiempo difícil tanto para *la* familia como institución, como para *las* familias, como causa de la crisis. Pero precisamente cuando el momento es difícil, Dios hace sentir su cercanía, su gracia, la fuerza profética de su Palabra. Y nosotros estamos llamados a ser testigos, mediadores de esta cercanía a las familias y de esta fuerza profética para la familia.

Queridos hermanos, os doy las gracias. Y sigamos adelante, animados por el común amor al Señor y a la santa madre Iglesia. Que la Virgen os proteja y os acompañe. Permanezcamos unidos en la oración. ¡Gracias!

Saludo del Papa Francisco a un grupo de jóvenes romanos que están madurando su opción vocacional

Gruta de Lourdes de los Jardines Vaticanos. Sábado 28 de junio de 2014

Ante todo pido disculpas por el retraso, pero la verdad es que no me di cuenta del tiempo. Estaba en una conversación tan interesante que no me di cuenta. ¡Disculpadme! Esto no se hace, la puntualidad se debe mantener.

Os agradezco esta visita, esta visita a la Virgen que es tan importante en nuestra vida. Y ella nos acompaña también en la opción definitiva, la opción vocacional, porque ella acompañó a su Hijo en su camino vocacional que fue muy duro, muy doloroso. Ella nos acompaña siempre.

Cuando un cristiano me dice, no que no ama a la Virgen, sino que no le nace buscar a la Virgen o rezar a la Virgen, yo me siento triste. Recuerdo una vez, hace casi 40 años, yo estaba en Bélgica, en un congreso, y había una pareja de catequistas, ambos profesores universitarios, con hijos, una hermosa familia, y hablaban muy bien de Jesucristo. A un cierto punto dije: «¿Y la devoción a la Virgen?». «Nosotros hemos superado esa etapa. Nosotros conocemos tanto a Jesucristo que no necesitamos a la Virgen». Y lo que surgió en mi mente y en mi corazón fue: «¡Bah..., pobres huérfanos!». Es así, ¿no? Porque un cristiano sin la Virgen es huérfano. También un cristiano sin Iglesia es un huérfano. Un cristiano necesita a estas dos mujeres, dos mujeres madres, dos mujeres vírgenes: la Iglesia y la Virgen. Y para hacer el «test» de una vocación cristiana justa, es necesario preguntarse: «¿Cómo es mi relación con estas dos Madres que tengo?», con la madre Iglesia y con la madre María. Esto no es un pensamiento de «piedad», no, es teología pura. Esto es teología. ¿Cómo es mi relación con la Iglesia, con mi madre Iglesia, con la santa madre Iglesia jerárquica? ¿Y cómo es mi relación con la Virgen, que es mi mamá, mi Madre?

Esto hace bien: no abandonarla jamás y no caminar solos. Os deseo un buen camino de discernimiento. Para cada uno de nosotros el Señor tiene su vocación, ese sitio donde Él quiere que nosotros vivamos nuestra vida. Pero es necesario buscarlo, encontrarlo; y luego continuar, seguir adelante.

Otra cosa que quisiera añadir -además de la Iglesia y la Virgen- es el sentido de lo definitivo. Esto para nosotros es importante, porque estamos viviendo una cultura de lo provisional: esto sí, pero por un tiempo, y para otro momento... ¿Te casas? Sí, sí, pero hasta que dure el amor, luego otra vez cada uno a su casa...

Un muchacho -me contaba un obispo-, un joven, un profesional joven, le dijo: «Yo quisiera ser sacerdote, pero sólo por diez años». Es así, es lo provisional. Tenemos miedo a lo definitivo. Y para elegir una vocación, la vocación que sea, incluso las vocaciones «de estado» -el matrimonio, la vida consagrada, el sacerdocio- se debe elegir con una perspectiva de lo definitivo. Y a esto se opone la cultura de lo provisional. Es una parte de la cultura que nos toca vivir a nosotros en este tiempo, pero debemos vivirla, y vencerla.

Muy bien. También en este aspecto de lo definitivo, creo que uno que tiene más seguro su camino definitivo es el Papa. Porque el Papa... ¿dónde acabará el Papa? Allí, en esa tumba, ¿no?

Os agradezco mucho esta visita, y os invito a rezar a la Virgen o, no sé, a cantar... La «*Salve Regina*»... ¿La saben cantar? ¿Cantamos la «*Salve Regina*» a la Virgen todos juntos? ¡Vamos!

Ahora a vosotros, a vuestras familias, a todos doy la bendición y os pido, por favor, que recéis por mí.

¡Gracias a vosotros! ¡Muchas gracias! ¡Buen camino!

Discurso del Papa Francisco en el encuentro con los sacerdotes de la Diócesis en su visita a Caserta

Capilla Palatina del Palacio Real de Caserta. Sábado 26 de julio de 2014

Al llegar a Caserta el Papa Francisco se reunió con los sacerdotes de la diócesis en la capilla palatina del palacio real y mantuvo con ellos un diálogo. Introdujo la conversación el obispo Giovanni D'Alise con estas palabras.

Santidad, no he preparado nada escrito porque comprendí inmediatamente que usted quiere una relación cercana y profunda con los sacerdotes. Por lo tanto, le digo: bienvenido. Esta es nuestra Iglesia, los sacerdotes, y luego iremos a ver el resto de la Iglesia, en tanto celebraremos la Eucaristía. Para mí este momento es importante, porque hace dos meses que estoy aquí, y comenzar este episcopado con su presencia y su bendición es para mí una gracia en la gracia. Y ahora esperamos su palabra. Sabiendo que usted desea un diálogo, los sacerdotes prepararon algunas preguntas para usted.

El Papa Francisco dio las gracias al prelado e invitó a los presentes a formular sus preguntas.

He preparado un discurso, pero lo entregaré al obispo. Muchas gracias por la acogida. Gracias. Estoy contento y me siento un poco culpable de haber causado tantos problemas el día de la fiesta patronal. Pero yo no sabía. Cuando llamé al obispo para decirle que quería venir a realizar una visita privada, aquí, a un amigo, el pastor Traettino, él me dijo: «Ah, precisamente el día de la fiesta patronal». E inmediatamente pensé: «Al día siguiente en los periódicos aparecerá: en la fiesta patronal de Caserta el Papa estuvo con los protestantes». Un buen titular, ¿eh? Y así hemos acomodado la cuestión, con un poco de prisa, pero el obispo me ha ayudado mucho, y también la gente de la Secretaría de Estado. Cuando llamé al sustituto le dije: «Por favor, quítame la cuerda del cuello». Y lo hizo bien. Gracias por las preguntas que haréis, podemos comenzar; se hacen las preguntas y yo veo si podemos agrupar dos o tres, de lo contrario respondo a cada una.

Siguió el diálogo con los sacerdotes, del cual publicamos la traducción de la transcripción.

Santidad, gracias. Soy el vicario general de Caserta, don Pasquariello. Un gracias inmenso por su visita aquí a Caserta. Quisiera hacer una pregunta: el bien que usted está trayendo a la Iglesia católica con sus homilias cotidianas, los documentos oficiales,

especialmente la Evangelii gaudium, están marcadas, sobre todo, por la conversión espiritual, íntima, personal. Es una reforma que compromete, según mi modesto parecer, sólo el ámbito de la teología, de la exégesis bíblica y de la filosofía. Junto a esta conversión personal, que es esencial para la salvación eterna, vería útil alguna intervención, por parte de Su Santidad, que implique más al pueblo de Dios, precisamente como pueblo. Me explico. Nuestra diócesis, desde hace novecientos años, cuenta con límites absurdos: algunos territorios comarcales están divididos por la mitad con la diócesis de Capua y con la de Acerra. Incluso, la estación de la ciudad de Caserta, a menos de un kilómetro del municipio, pertenece a Capua. Por este motivo, Beatísimo Padre, le pido una intervención que traiga solución para que nuestras comunidades ya no tengan que sufrir a causa de traslados inútiles y no sea ulteriormente mortificada la unidad pastoral de nuestros fieles. Está claro, Santidad, que usted en el número 10 de la Evangelii gaudium dice que estas cosas pertenecen al episcopado; sin embargo, yo recuerdo que siendo joven sacerdote -hace 47 años- fuimos a ver a monseñor Roberti -él había salido de la Secretaría de Estado- y llevamos un poco de problemas también allí; y dijeron, después de explicar la cuestión: «Poneos de acuerdo con los obispos y nosotros firmaremos». Esto es una bellísima cosa. ¿Pero cuándo se ponen de acuerdo los obispos?

Algunos historiadores de la Iglesia dicen que en algunos de los primeros Concilios los obispos llegaron incluso a los puñetazos, pero luego se ponían de acuerdo. Y esto es un mal signo. Es mala cosa cuando los obispos hablan mal uno del otro, o forman cordada. No digo tener unidad de pensamiento o unidad de espiritualidad, porque esto es bueno, digo cordada en el sentido negativo de la palabra. Esto es feo porque se rompe precisamente la unidad de la Iglesia. Esto no es de Dios. Y nosotros obispos debemos dar el ejemplo de unidad que Jesús pidió al Padre para la Iglesia. Pero no se puede ir hablando mal uno del otro: «Este lo hace así y aquel hace la cosas así...». Anda, y dilo de frente. Nuestros antepasados en los primeros Concilios llegaban a los puñetazos, y yo prefiero que se griten cuatro cosas de esas fuertes y luego se abracen y no que se hablen a escondidas uno contra el otro. Esto, como principio general, o sea: en la unidad de la Iglesia es importante la unidad entre los obispos. Usted destacó luego un camino que el Señor quiso para su Iglesia. Y esta unidad entre los obispos es la que favorece el ponerse de acuerdo sobre esto y sobre aquello. En un país -no en Italia, en otra parte- hay una diócesis cuyos límites se establecieron de nuevo, pero con motivo de la ubicación del tesoro de la catedral están en conflicto en los tribunales desde hace más de cuarenta años. Por dinero: ¡esto no se comprende! ¡Es aquí donde festeja el diablo! Es él quien gana. Es hermoso que usted diga que los obispos deban siempre estar de acuerdo: pero de acuerdo en la unidad, no en la uniformidad. Cada uno tiene su carisma, cada uno tiene su modo de pensar, de

ver las cosas: esta variedad a veces es fruto de errores, pero muchas veces es fruto del Espíritu mismo. El Espíritu Santo quiso que en la Iglesia exista esta variedad de carismas. El Espíritu mismo hace la diversidad, luego logró formar la unidad; una unidad en la diversidad de cada uno, sin que nadie pierda la propia personalidad. Deseo que lo que usted ha dicho siga adelante. Además, todos somos buenos, porque todos tenemos el agua del Bautismo, tenemos el Espíritu Santo dentro que nos ayuda a seguir adelante.

Soy el padre Angelo Piscopo, párroco de San Pedro apóstol y de San Pedro en la Catedral. Mi pregunta es esta: Santidad, en la exhortación apostólica Evangelii gaudium usted invitó a alentar y reforzar la piedad popular, como precioso tesoro de la Iglesia católica. Al mismo tiempo, sin embargo, mostró el riesgo -lamentablemente cada vez más real- de la difusión de un cristianismo individual y sentimental, más atento a las formas tradicionales y a la revelación, privado de los aspectos fundamentales de la fe y de incidencia en la vida social. ¿Qué sugerencia puede darnos para una pastoral que, sin mortificar la piedad popular, pueda relanzar el primado del Evangelio? Gracias, Santidad.

Se oye decir que este es un tiempo donde la religiosidad ha disminuido, pero yo no creo mucho en eso. Porque son estas corrientes, estas escuelas de religiosidad intimistas, como los gnósticos, que hacen una pastoral similar a una oración pre-cristiana, una oración pre-bíblica, una oración gnóstica, y el gnosticismo entró en la Iglesia en estos grupos de piedad intimista: a esto llamo intimismo. El intimismo no hace bien, es algo para mí, estoy tranquilo, me siento lleno de Dios. Es un poco -no es lo mismo-, pero va en cierto sentido por el camino de la *New Age*. Hay religiosidad, sí, pero una religiosidad pagana, o incluso herética; no debemos tener miedo de pronunciar esta palabra, porque el gnosticismo es una herejía, fue la primera herejía de la Iglesia. Cuando hablo de religiosidad, hablo de ese tesoro de piedad, con muchos valores, que el gran Pablo VI describía en la *Evangelii nuntiandi*. Pensad una cosa: el *Documento de Aparecida*, el documento de la quinta Conferencia del episcopado latinoamericano, para hacer una síntesis al final del documento mismo, en el último párrafo, ya que los otros dos eran de agradecimiento y de oración, tuvo que ir cuarenta años atrás y tomar un trozo de la *Evangelii nuntiandi*, que es el documento pastoral post-conciliar que aún no se ha superado. Tiene una actualidad enorme. En ese documento Pablo VI describe la piedad popular, afirmando que la misma algunas veces debe ser también evangelizada. Sí, porque como toda piedad existe el riesgo de ir un poco por una parte y un poco por otra y no contar con una expresión de fe fuerte. Pero la piedad que tiene la gente, la piedad que entra en el corazón con el Bautismo es una fuerza enorme, a tal punto que el pueblo de Dios que tiene esta piedad,

en su conjunto, no puede equivocarse, es infalible *in credendo*: así dice la *Lumen gentium* en el número 12. La piedad popular verdadera nace de ese *sensus fidei* del que habla este documento conciliar y guía en la devoción de los santos, de la Virgen, incluso con expresiones folklóricas en el sentido bueno de la palabra. Por ello la piedad popular está fundamentalmente inculturada, no puede ser una piedad popular de laboratorio, fría, sino que siempre nace de nuestra vida. Se pueden cometer pequeños errores -es necesario, por lo tanto, vigilar-, sin embargo, la religiosidad popular es un instrumento de evangelización. Pensemos en los jóvenes de hoy. Los jóvenes -al menos la experiencia que tuve en la otra diócesis-, los jóvenes, los movimientos juveniles en Buenos Aires no funcionaban. ¿Por qué? Se les decía: hagamos una reunión para hablar... y al final los jóvenes se aburrían. Pero cuando los párrocos encontraron el camino para implicar a los jóvenes en las pequeñas misiones, ir de misión en vacaciones, la catequesis en los pueblos que tienen necesidad, en los poblados que no tienen sacerdote, entonces ellos se sumaban. Los jóvenes quieren de verdad este protagonismo misionero y de ahí aprenden a vivir una forma de piedad que se puede incluso llamar piedad popular: el apostolado misionero de los jóvenes tiene algo de piedad popular. La piedad popular es activa, es un sentido de fe profundo -dice Pablo VI-, que sólo los sencillos y los humildes son capaces de tener. ¡Esto es grande! En los santuarios, por ejemplo, se ven milagros. Cada 27 de julio yo iba al santuario de San Pantaleón, en Buenos Aires, y confesaba por la mañana. Volvía renovado por esa experiencia, volvía avergonzado por la santidad que encontraba en la gente sencilla, pecadora pero santa, porque decía los propios pecados y luego contaba cómo vivía, cómo era el problema del hijo o de la hija o de esto o de lo otro, y cómo visitaba a los enfermos. Se transparentaba un sentido evangélico. En los santuarios se encuentran estas cosas. Los confesonarios de los santuarios son un sitio de renovación para nosotros sacerdotes y obispos; son un curso de actualización espiritual, por el contacto con la piedad popular. Y los fieles, cuando vienen a confesarse, te dicen sus miserias, pero tú ves detrás de esas miserias la gracia de Dios que los conduce a ese momento. Ese contacto con el pueblo de Dios que reza, que es peregrino, que manifiesta su fe con esa forma de piedad, nos ayuda mucho en nuestra vida sacerdotal.

¿Me permite llamarle padre Francisco?, porque la paternidad implica inevitablemente una santidad, cuándo es auténtica. Como discípulo de los padres jesuitas, a quienes debo mi formación, cultural y sacerdotal, digo primero mi impresión, y luego una pregunta que dirijo a usted de modo especial. El identikit del sacerdote del tercer milenio: equilibrio humano y espiritual; conciencia misionera; apertura al diálogo con otros credos, religiosos o no. ¿Por qué esto? Usted ciertamente ha realizado una revolución copernicana por lenguaje, estilo de vida, comportamiento y testimonio sobre

las temáticas más destacadas a nivel mundial, incluso de los ateos y de los alejados de la Iglesia cristiano-católica. La pregunta que le hago: ¿cómo es posible en esta sociedad -con una Iglesia que desea crecer y desarrollarse, en esta sociedad en evolución dinámica y conflictiva y muy a menudo lejana de los valores del Evangelio de Cristo- ser nosotros una Iglesia, con mucha frecuencia, con cierto retraso? Su revolución lingüística, semántica, cultural y de testimonio evangélico está suscitando ciertamente en las conciencias una crisis existencial para nosotros sacerdotes. ¿De qué modo nos sugiere los caminos, soñadores y creativos, para superar, o al menos para atenuar, esta crisis que advertimos? Gracias.

Eso. ¿Cómo es posible, con la Iglesia en crecimiento y desarrollo, ir hacia adelante? Usted decía algunas cosas: equilibrio, apertura dialógica... Pero, ¿cómo es posible caminar? Usted mencionó una palabra que me gusta mucho: es una palabra divina, y si es humana es porque es un don de Dios: *creatividad*. Es el mandamiento que Dios dio a Adán: «Ve y haz crecer la Tierra. Sé *creativo*». Es también el mandamiento que Jesús dio a los suyos, a través del Espíritu Santo, por ejemplo la creatividad de la primera Iglesia en las relaciones con el judaísmo: Pablo fue un creativo; Pedro, ese día cuando fue a ver a Cornelio, tenía un gran miedo, porque estaba haciendo algo nuevo, algo creativo. Pero él fue allí. Creatividad es la palabra. ¿Y cómo se puede encontrar esta creatividad? Antes que nada -y esta es la condición si queremos ser creativos *en el* Espíritu, es decir en el Espíritu del Señor Jesús- no hay otro camino más que la oración. Un obispo que no reza, un sacerdote que no reza ha cerrado la puerta, ha cerrado la senda de la creatividad. Es precisamente en la oración cuando el Espíritu te hace percibir algo, y viene el diablo y te hace sentir otra cosa; pero en la oración está la condición para seguir adelante. Incluso si la oración muchas veces puede parecer aburrida. La oración es muy importante. No sólo la oración del Oficio divino, sino la liturgia de la misa, serena, bien hecha con devoción, la oración personal con el Señor. Si nosotros no rezamos, seremos tal vez buenos empresarios pastorales y espirituales, pero la Iglesia sin oración se convierte en una ONG, no tiene esa *unctio Spiritus Sancti*. La oración es el primer paso, porque es un abrirse al Señor para poder abrirse a los demás. Es el Señor que dice: «Ve por aquí, ve por allá, haz esto...», te suscita esa creatividad que a muchos santos les costó tanto. Pensad en el beato Antonio Rosmini, quien escribió *Las cinco llagas de la Iglesia*, fue precisamente un crítico creativo, porque rezaba. Escribió lo que el espíritu le hizo percibir, por esto fue a la cárcel espiritual, es decir, a su casa: no podía hablar, no podía enseñar, no podía escribir, sus libros estaban en el Índice. ¡Hoy es beato! Muchas veces la creatividad te lleva a la cruz. Pero cuando viene de la oración, da fruto. No la creatividad un poco a la *sans façon* y revolucionaria, porque hoy está de moda ser revolucionario; no, esto no es del Espíritu. Pero cuando la creativi-

dad viene del Espíritu y nace de la oración te puede traer problemas. La creatividad que viene de la oración tiene una dimensión antropológica de trascendencia, porque mediante la oración te abres a la trascendencia, a Dios. Pero está también la otra trascendencia: abrirse a los demás, al prójimo. No hay que ser una Iglesia cerrada en sí, que se mira el ombligo, una Iglesia autorreferencial, que se mira a sí misma y no es capaz de trascender. Es importante la trascendencia dúplice: hacia Dios y hacia el prójimo. Salir de sí no es una aventura, es un camino, es el camino que Dios ha indicado a los hombres, al pueblo desde el primer momento cuando dijo a Abrahán: «Deja tu tierra». Salir de sí. Y cuando salgo de mí, encuentro a Dios y encuentro a los demás. ¿Cómo encuentro a los demás? ¿De lejos o de cerca? Es necesario encontrarlos de cerca, la cercanía. Creatividad, trascendencia y cercanía. Cercanía es una palabra clave: ser cercano. No asustarse de nada. Ser cercano. El hombre de Dios no se asusta. Pablo mismo, cuando vio tantos ídolos en Atenas, no se asustó, y dijo a esa gente: «Vosotros sois religiosos, con tantos ídolos... pero yo os hablaré de otro». No se asustó y se acercó a ellos, y citó también a sus poetas: «Como dicen vuestros poetas...». Se trata de cercanía a una cultura, cercanía a las personas, a su modo de pensar, a sus dolores, a sus resentimientos. Muchas veces esta cercanía es precisamente una penitencia, porque tenemos que escuchar cosas aburridas, cosas ofensivas. Hace dos años, un sacerdote misionero en Argentina -era de la diócesis de Buenos Aires y había ido a una diócesis del sur, en una zona donde no había sacerdote desde hacía años, y habían llegado los evangelistas- me contaba que fue a visitar a una mujer que había sido la maestra del pueblo y luego la directora de la escuela del poblado. Esta señora lo invitó a sentarse y comenzó a insultarlo, no con palabras feas, sino a insultarlo con fuerza: «Nos habéis abandonado, nos habéis dejado solos, y yo que necesito la Palabra de Dios me vi obligada a ir al culto protestante y me hice protestante». Este sacerdote joven, que es humilde, es alguien que reza, cuando la mujer acabó la catarata, le dijo: «Señora, sólo una palabra: perdón. Perdónanos, perdónanos. Hemos abandonado al rebaño. Y el tono de esa mujer cambió. Siguió siendo protestante y el sacerdote no mencionó el tema de cuál es la verdadera religión: en ese momento no se podía hacer eso. Al final, la señora comenzó a sonreír y dijo: «Padre, ¿quiere un café?» -«Sí, tomemos un café». Y cuando el sacerdote estaba por salir, le dijo: «Quédese padre, venga», y lo llevó a la habitación, abrió el armario y estaba la imagen de la Virgen: «Usted debe saber que jamás la abandoné. La escondí por el pastor, pero en casa está». Es una anécdota que enseña cómo la cercanía, la mansedumbre hicieron que esta mujer se reconciliase con la Iglesia, porque se sentía abandonada por la Iglesia. Y yo le hice una pregunta que no se debe hacer nunca: «Y luego, ¿cómo acabó todo? ¿Cómo acabó la cuestión?». Pero el sacerdote me corrigió: «Ah, no, yo no pedí nada: ella sigue participando en el culto protestante, pero se ve que es una mujer que reza: que

obre el Señor Jesús». Y no fue más allá, no invitó a volver a la Iglesia católica. Es esa cercanía prudente, que sabe hasta dónde se debe llegar. Pero cercanía significa también diálogo; hay que leer en la *Ecclesiam suam* la doctrina sobre el diálogo, que luego repitieron los demás Papas. El diálogo es muy importante, pero para dialogar son necesarias dos cosas: la propia identidad como punto de partida y la empatía con los demás. Si yo no estoy seguro de mi identidad y voy a dialogar, termino por canjear mi fe. No se puede dialogar si no es partiendo de la propia identidad; y la empatía, es decir, no condenar a priori. Cada hombre, cada mujer tiene algo propio para darnos; todo hombre, toda mujer, tiene la propia historia, la propia situación y debemos escucharla. Luego la prudencia del Espíritu Santo nos dirá cómo responder a ello. Partir de la propia identidad para dialogar, pero el diálogo no es hacer apologética, incluso si algunas veces se nos presentan preguntas que requieren una explicación. El diálogo es una cuestión humana, son los corazones, las almas los que dialogan, y esto es muy importante. No tener miedo de dialogar con nadie. Se decía de un santo, un poco bromeando -no recuerdo, creo que se trataba de san Felipe Neri, pero no estoy seguro-, que era capaz de dialogar incluso con el diablo. ¿Por qué? Porque tenía esa libertad de escuchar a todas las personas, pero partiendo de la propia identidad. Estaba muy seguro, pero estar seguro de la propia identidad no significa hacer proselitismo. El proselitismo es una trampa, que incluso Jesús en cierto sentido lo condena, *en passant*, cuando habla a los fariseos y a los saduceos: «Vosotros que dais la vuelta al mundo para encontrar un prosélito y luego os acordáis de aquello...». Es una trampa. El Papa Benedicto tiene una expresión muy hermosa, la dijo en Aparecida pero creo que la repitió en otros lugares: «La Iglesia crece no por proselitismo, sino por atracción». ¿Y, qué es la atracción? Es esa empatía humana que luego la guía el Espíritu Santo. Así, pues, ¿cómo será el perfil del sacerdote de este siglo tan secularizado? Un hombre de creatividad, que sigue el mandamiento de Dios -«crear las cosas»-; un hombre de trascendencia, tanto con Dios en la oración como con los demás, siempre; un hombre de cercanía que se acerca a la gente. Alejar a la gente no es sacerdotal y de esta actitud la gente, a menudo, está cansada, y, sin embargo, viene igualmente a nosotros. Pero quien acoge a la gente y es cercano a ella, dialoga con la gente, lo hace porque se siente seguro de la propia identidad, que lo impulsa a tener el corazón abierto a la empatía. Esto es lo que se me ocurre decirle a su pregunta.

Queridísimo padre: Mi pregunta se refiere al lugar donde vivimos: la diócesis, con nuestros obispos, la relación con nuestros hermanos. Y le pregunto: este momento histórico que estamos viviendo, ¿tiene expectativas en nosotros, presbíteros, es decir, de un testimonio claro, abierto, gozoso -como usted nos está invitando-, precisamente en la novedad del Espíritu Santo? Le pregunto: ¿qué podría ser propiamente, según usted,

lo específico, el fundamento de una espiritualidad del sacerdote diocesano? Me parece haber leído en algún lugar que usted dice: «El sacerdote no es un contemplativo». Pero antes, no era así. Por lo tanto, ¿puede darnos un icono para tener presente con vistas al renacimiento, al crecimiento en la comunión de nuestra diócesis? Y, sobre todo, a mí me interesa cómo podemos ser fieles hoy al hombre, no tanto a Dios.

¡Bien! Usted ha dicho «la novedad del Espíritu Santo». Es verdad. Pero Dios es el Dios de las sorpresas, siempre nos sorprende, siempre, siempre. Leemos el Evangelio y encontramos una sorpresa tras otra. Jesús nos sorprende porque llega antes que nosotros: nos espera antes, nos ama antes, cuando nosotros lo buscamos, Él ya nos está buscando. Como dice el profeta Isaías o Jeremías, no recuerdo bien: Dios es como la flor del almendro, que florece antes de la primavera. Es el primero, siempre el primero, siempre nos espera. Y esta es la sorpresa. Muchas veces buscamos a Dios acá y Él nos está esperando allá. Y ahora vamos a la espiritualidad del clero diocesano. Sacerdote contemplativo, pero no como uno que está en la cartuja, no me refería a esa contemplación. El sacerdote debe tener contemplación, capacidad de contemplación tanto de Dios como de los hombres. Es un hombre que mira, que llena sus ojos y su corazón con esta contemplación: con el Evangelio ante Dios, y con los problemas humanos ante los hombres. En este sentido debe ser contemplativo. No hay que confundirse: el monje es otra cosa. Pero, ¿dónde está el centro de la espiritualidad del sacerdote diocesano? Diría que en la «diocesanidad». Es tener la capacidad de abrirse a la diocesanidad. La espiritualidad de un religioso, por ejemplo, es la capacidad de abrirse a Dios y a los demás en la comunidad: tanto la más pequeña como la más grande de las congregaciones. En cambio, la espiritualidad del sacerdote diocesano es abrirse a la diocesanidad. Y vosotros, religiosos, que trabajáis en la parroquia, debéis hacer las dos cosas. Por eso el dicasterio de los obispos y el dicasterio de la vida consagrada están trabajando en una nueva versión de la *Mutuae relationes*, para que el religioso pertenezca a ambas. Pero volvamos a la diocesanidad: ¿qué significa? Significa tener una relación con el obispo y una relación con los demás sacerdotes. La relación con el obispo es importante, necesaria. Un sacerdote diocesano no puede estar separado del obispo. «Pero es que el obispo no me quiere, el obispo esto, el obispo lo otro...». Quizá el obispo sea un hombre con mal carácter, pero es tu obispo. Y debes encontrar también en esa actitud no positiva un camino para mantener la relación con él. De todos modos, esta es una excepción. Soy sacerdote diocesano porque tengo una relación con el obispo, una relación necesaria. Es muy significativo que en el rito de ordenación se haga voto de obediencia al obispo. «Yo prometo obediencia a ti y a tus sucesores». Diocesanidad significa una relación con el obispo, que se debe realizar y hacer crecer continuamente. En la mayoría de los casos no es un problema catastrófico, sino una realidad normal. En

segundo lugar, la diocesanidad comporta una relación con los demás sacerdotes, con todo el presbiterio. No hay espiritualidad del sacerdote diocesano sin estas dos relaciones: con el obispo y con el presbiterio. Y son necesarias. «Yo me llevo bien con el obispo, pero a las reuniones del clero no voy porque se dicen estupideces». Con esa actitud te falta algo: no tienes la verdadera espiritualidad del sacerdote diocesano. Esto es todo: es sencillo, pero al mismo tiempo no es fácil. No es fácil, porque ir de acuerdo con el obispo no siempre es fácil, porque uno piensa de una manera y el otro piensa de otra, pero se puede discutir... ¡y que se discuta! ¿Y se puede hacer en voz alta? ¡Que se haga! Cuántas veces un hijo discute con su papá, pero al final son siempre padre e hijo. Sin embargo, cuando en estas dos relaciones, con el obispo y con el presbiterio, entra la diplomacia, no está el Espíritu del Señor, porque falta el espíritu de libertad. Hay que tener la valentía de decir «yo no pienso así, pienso de otra manera», y también la humildad de aceptar una corrección. Es muy importante. ¿Y cuál es el enemigo más grande de estas dos relaciones? Las habladurías. Muchas veces pienso -porque también yo tengo esta tentación de murmurar, la tenemos dentro; el diablo sabe que esta semilla le da frutos, y siembra bien-, pienso si no es consecuencia de una vida célibe vivida con esterilidad y no con fecundidad. Un hombre solo termina amargado, no es fecundo y murmura de los demás. Este es un aire que no hace bien, es precisamente lo que impide la relación evangélica, espiritual y fecunda con el obispo y con el presbiterio. Las habladurías son el enemigo más fuerte de la diocesanidad, es decir, de la espiritualidad. Pero tú eres un hombre, por lo tanto, si tienes algo contra el obispo, ve y díselo. Luego tendrá consecuencias, llevarás la cruz, pero ¡sé hombre! Si eres un hombre maduro y ves algo en tu hermano sacerdote que no te agrada o que crees que está equivocado, ve y díselo en la cara, o si ves que no acepta ser corregido, ve a decírselo al obispo o al amigo más íntimo de ese sacerdote, para que pueda ayudarlo a corregirse. Pero no se lo digas a los demás: porque es ensuciarse unos a otros. Y el diablo es feliz con ese «banquete», porque así ataca precisamente el centro de la espiritualidad del clero diocesano. Para mí, las habladurías hacen mucho daño. Y no son una novedad posconciliar... San Pablo ya debió afrontarlas. ¿Recordáis la frase: «Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo...»? Las habladurías son una realidad ya presente en el inicio de la Iglesia, porque el demonio no quiere que la Iglesia sea una madre fecunda, unida, gozosa. ¿Cuál es, en cambio, el signo de que estas dos relaciones, entre el sacerdote y el obispo y entre el sacerdote y los demás sacerdotes están bien? Es la alegría. Así como la amargura es el signo de que no hay una verdadera espiritualidad diocesana, porque falta una hermosa relación con el obispo o con el presbiterio, la alegría es el signo de que las cosas funcionan bien. Uno puede discutir, puede enfadarse, pero la alegría está por encima de todo, y es importante que permanezca siempre en estas dos relaciones que son esenciales para la espiritualidad del sacerdote diocesano.

Quiero volver a otro signo, el signo de la amargura. Una vez me decía un sacerdote, en Roma: «Veo que muchas veces somos una Iglesia de enfadados, siempre enfadados unos con otros; tenemos siempre algo por lo cual enfadarnos». Esto lleva a la tristeza y a la amargura: no hay alegría. Cuando encontramos en una diócesis a un sacerdote que vive tan enfadado y con esa tensión, pensamos: este hombre, a la mañana, en el desayuno toma vinagre; después, en el almuerzo, verduras en vinagre; y, por último, a la noche, un buen jugo de limón. Así su vida no va bien, porque es la imagen de una Iglesia de enfadados. Al contrario, la alegría es el signo de que funciona bien. Uno puede enfadarse: incluso es sano enfadarse alguna vez. Pero el estado de enfado no es del Señor y lleva a la tristeza y a la desunión. Y al final, usted ha dicho: «la fidelidad a Dios y al hombre». Es lo mismo que hemos dicho antes. Es la doble fidelidad y la doble trascendencia: ser fieles a Dios es buscarlo, abrirse a Él en la oración, recordando que Él es fiel, que no puede renegar de sí mismo, es siempre fiel. Y también abrirse al hombre; es la empatía, el respeto, escucharlo, y decir la palabra justa con paciencia.

Debemos detenernos por amor con los fieles que esperan... Os doy verdaderamente las gracias y os pido que recéis por mí, porque también yo tengo las dificultades de cualquier obispo y también debo retomar cada día el camino de la conversión. La oración de unos por otros nos hará bien para seguir adelante. Gracias por vuestra paciencia.

Homilía del Papa Francisco durante la celebración de las Vísperas en el encuentro con los monaguillos alemanes

Martes 5 de agosto de 2014

Las palabras de san Pablo que acabamos de escuchar, tomadas de la Carta a los Gálatas, atraen nuestra atención. El tiempo se ha cumplido, dice Pablo. Ahora Dios realiza su obra decisiva. Lo que Él desde siempre quiso decir a los hombres -y lo hizo a través de las palabras de los profetas-, ahora lo manifiesta con un signo evidente. Dios nos muestra que Él es el Padre bueno. ¿Y cómo hace esto? ¿Cómo lo hace? Lo hace a través de la Encarnación de su Hijo, que se hace como uno de nosotros. A través de este hombre concreto de nombre Jesús podemos comprender lo que Dios verdaderamente quiere. Él quiere personas humanas libres, porque se sienten siempre protegidas como hijos de un Padre bueno.

Para realizar este designio, Dios necesita sólo una persona humana. Necesita una mujer, una madre, que traiga el Hijo al mundo. Ella es la Virgen María, que veneramos con esta celebración vespertina. María fue totalmente libre. En su libertad dijo «sí». Ella realizó el bien para siempre. Así sirvió a Dios y a los hombres. Ella sirvió a Dios y a los hombres. Imitemos su ejemplo, si queremos saber lo que Dios espera de nosotros sus hijos.

Discurso del Papa Francisco

Vielen Dank für Ihren Besuch! (¡Muchas gracias por vuestra visita!)

Deseo ofreceros algunos puntos de reflexión teniendo presentes las preguntas que me han dirigido vuestros representantes, estos cuatro...

Vosotros os preguntáis *qué podéis hacer para ser más protagonistas en la Iglesia y qué espera la comunidad cristiana de los acólitos*. Primero de todo recordemos que el mundo necesita personas que testimonien a los demás que Dios nos ama, que es nuestro Padre. En la sociedad, todas las personas tienen la tarea de ponerse al servicio del bien común, ofreciendo las cosas necesarias para la existencia: el alimento, la vestimenta, la atención médica, la educación, la información, la justicia... Nosotros, discípulos del Señor, tenemos una misión más: la de ser «canales» que transmiten el amor de Jesús. Y en esta misión vosotros, muchachos y muchachas, tenéis un papel especial: estáis llamados a hablar de Jesús a vuestros coetáneos, no sólo en el seno de la comunidad parroquial o de vuestra asociación, sino sobre todo fuera. Este es un compromiso reservado especialmente a

vosotros, porque con vuestra valentía, vuestro entusiasmo, la espontaneidad y la facilidad en provocar el encuentro podéis llegar más fácilmente a la mente y al corazón de quienes están alejados del Señor. Numerosos muchachos y jóvenes de vuestra edad tienen una gran necesidad de que alguien con su vida les diga que Jesús nos conoce, que Jesús nos ama, que Jesús nos perdona, comparte con nosotros nuestras dificultades y nos sostiene con su gracia.

Pero para hablar a los demás de Jesús es necesario conocerlo y amarlo, tener experiencia de Él en la oración, en la escucha de su Palabra. En esto a vosotros os ayuda vuestro servicio litúrgico, que os permite estar cerca de Jesús Palabra y Pan de vida. Os doy un consejo: el Evangelio que escucháis en la liturgia, releedlo personalmente, en silencio, y aplicadlo a vuestra vida; y con el amor de Cristo, recibido en la santa Comunión, podréis ponerlo en práctica. El Señor llama a cada uno de vosotros a trabajar en su campo; os llama a ser alegres protagonistas en su Iglesia, dispuestos a comunicar a vuestros amigos lo que Él os ha comunicado, especialmente su misericordia.

Comprendo vuestras dificultades en *compaginar el compromiso de un acólito con las diversas actividades*, necesarias para vuestro crecimiento humano y cultural. Es necesario organizarse un poco, programar de modo equilibrado las cosas... pero vosotros sois alemanes, y esto lo sabéis hacer bien. Nuestra vida está compuesta por el tiempo, y el tiempo es don de Dios, por lo tanto, es necesario emplearlo en acciones buenas y fructuosas. Tal vez muchos muchachos y jóvenes pierden demasiadas horas en cosas de poca importancia: chatear en internet o con los móviles, las «telenovelas», los productos del progreso tecnológico, que deberían simplificar y mejorar la calidad de vida, algunas veces distraen la atención de lo que es realmente importante. Entre las muchas cosas que hay que hacer en la rutina cotidiana, una de las prioridades debería ser la de acordarse de nuestro Creador que nos permite vivir, nos ama y nos acompaña en nuestro camino.

Precisamente porque Dios nos ha creado a su imagen, hemos recibido de Él también ese gran don que es *la libertad*. Pero si no se usa bien, la libertad nos puede llevar lejos de Dios, puede hacernos perder la dignidad con la que Él nos ha revestido. Por ello son necesarias las orientaciones, las indicaciones y también las normas, tanto en la sociedad como en la Iglesia, para ayudarnos a hacer la voluntad de Dios, viviendo así según nuestra dignidad de hombres y de hijos de Dios. Cuando la libertad no se plasma desde el Evangelio, puede transformarse en esclavitud: la esclavitud del pecado. Nuestros padres, Adán y Eva, alejándose de la voluntad divina cayeron en el pecado, es decir, en el mal uso de la libertad. Queridos muchachos y muchachas, no uséis mal vuestra libertad. No desperdi-

ciéis la gran dignidad de hijos de Dios que se os ha dado. Si seguís a Jesús y su Evangelio, vuestra libertad brotará como una planta florida, y dará frutos buenos y abundantes. Encontraréis la alegría auténtica, porque Él nos quiere hombres y mujeres plenamente felices y realizados. Sólo cumpliendo la voluntad de Dios podemos hacer el bien y ser luz del mundo y sal de la tierra.

Que la Virgen María, que se llamó a sí misma «esclava del Señor» (*Lc 1, 38*), sea vuestro modelo en el servicio a Dios; que ella, nuestra Madre, os ayude a ser, en la Iglesia y en la sociedad, protagonistas del bien y agentes de paz, muchachos y jóvenes llenos de esperanza y de valentía.

**Discurso del Papa Francisco en el encuentro con los jóvenes de Asia,
durante el viaje apostólico a la República de Corea con ocasión de la VI
Jornada de la Juventud Asiática (13-18 de agosto de 2014)**

Santuario de Solmoe. Viernes 15 de agosto de 2014

Queridos jóvenes:

«¡Qué bueno es que estemos aquí!» (Mt 17,4). Estas palabras fueron pronunciadas por san Pedro en el Monte Tabor ante Jesús transfigurado en gloria. En verdad es bueno para nosotros estar aquí juntos, en este Santuario de los mártires coreanos, en los que la gloria del Señor se reveló en los albores de la Iglesia en este país. En esta gran asamblea, que reúne a jóvenes cristianos de toda Asia, casi podemos sentir la gloria de Jesús presente entre de nosotros, presente en su Iglesia, que abarca toda nación, lengua y pueblo, presente con el poder de su Espíritu Santo, que hace nuevas, jóvenes y vivas todas las cosas.

Les doy las gracias por su calurosa bienvenida. Muy calurosa, realmente calurosa. Y les agradezco el don de su entusiasmo, sus canciones alegres, sus testimonios de fe y las hermosas manifestaciones de sus variadas y ricas culturas. Gracias especialmente a Mai, Giovanni y Marina, los tres jóvenes que han compartido sus esperanzas, inquietudes y preocupaciones; las he escuchado con atención, y no las olvidaré. Agradezco a monseñor Lazzaro You Heung-sik sus palabras de introducción y les saludo a todos ustedes de corazón.

Esta tarde quisiera reflexionar con ustedes sobre un aspecto del lema de la Sexta Jornada de la Juventud Asiática: «*La gloria de los mártires brilla sobre ti*». Así como el Señor hizo brillar su gloria en el heroico testimonio de los mártires, también quiere que resplandezca en sus vidas y que, a través de ustedes, ilumine la vida de este vasto Continente. Hoy, Cristo llama a la puerta de sus corazones, de mi corazón. Él les llama a ustedes y a mí a despertar, a estar bien despejados y atentos, a ver las cosas que realmente importan en la vida. Y, más aún, les pide y me pide que vayamos por los caminos y senderos de este mundo, llamando a las puertas de los corazones de los otros, invitándolos a acogerlo en sus vidas.

Este gran encuentro de los jóvenes asiáticos nos permite también ver algo de lo que la Iglesia misma está destinada a ser en el eterno designio de Dios. Junto con los jóvenes de otros lugares, ustedes quieren construir un mundo en el que todos vivan juntos en paz y amistad, superando barreras, reparando divisiones, rechazando la violencia y los prejuicios. Y esto es precisamente lo que Dios quiere

de nosotros. La Iglesia pretende ser semilla de unidad para toda la familia humana. En Cristo, todos los pueblos y naciones están llamados a una unidad que no destruye la diversidad, sino que la reconoce, la reconcilia y la enriquece.

Qué lejos queda el espíritu del mundo de esta magnífica visión y de este designio. Cuán a menudo parece que las semillas del bien y de la esperanza que intentamos sembrar quedan sofocadas por la maleza del egoísmo, por la hostilidad y la injusticia, no sólo a nuestro alrededor, sino también en nuestros propios corazones. Nos preocupa la creciente desigualdad en nuestras sociedades entre ricos y pobres. Vemos signos de idolatría de la riqueza, del poder y del placer, obtenidos a un precio altísimo para la vida de los hombres. Cerca de nosotros, muchos de nuestros amigos y coetáneos, aun en medio de una gran prosperidad material, sufren pobreza espiritual, soledad y callada desesperación. Parece como si Dios hubiera sido eliminado de este mundo. Es como si un desierto espiritual se estuviera propagando por todas partes. Afecta también a los jóvenes, robándoles la esperanza y, en tantos casos, incluso la vida misma.

No obstante, éste es el mundo al que ustedes están llamados a ir y dar testimonio del Evangelio de la esperanza, el Evangelio de Jesucristo, y la promesa de su Reino. Éste es tu tema, Marina. Voy a hablar sobre él. En las parábolas, Jesús nos enseña que el Reino entra humildemente en el mundo, y va creciendo silenciosa y constantemente allí donde es bien recibido por corazones abiertos a su mensaje de esperanza y salvación. El Evangelio nos enseña que el Espíritu de Jesús puede dar nueva vida al corazón humano y puede transformar cualquier situación, incluso aquellas aparentemente sin esperanza. ¡Jesús puede transformar cualquier situación! Éste es el mensaje que ustedes están llamados a compartir con sus coetáneos: en la escuela, en el mundo del trabajo, en su familia, en la universidad y en sus comunidades. Puesto que Jesús resucitó de entre los muertos, sabemos que tiene «palabras de vida eterna» (*Jn* 6,68), y que su palabra tiene el poder de tocar cada corazón, de vencer el mal con el bien, y de cambiar y redimir al mundo.

Queridos jóvenes, en este tiempo el Señor cuenta con ustedes. Sí, cuenta con ustedes. Él entró en su corazón el día de su bautismo; les dio su Espíritu el día de su confirmación; y les fortalece constantemente mediante su presencia en la Eucaristía, de modo que puedan ser sus testigos en el mundo. ¿Están dispuestos a decir «sí»? ¿Están listos?

Muchas gracias. ¿Están cansados? [No] ¿De verdad? [Sí] Queridos amigos, como alguien me dijo ayer: “Usted no puede hablar a los jóvenes con papeles; tiene que hablar, dirigirse a los jóvenes espontáneamente, desde el corazón”. Pero tengo una

gran dificultad: mi inglés es pobre. [No] Sí, sí. Pero, si quieren, puedo decirles otras cosas espontáneamente. ¿Están cansados? [No] ¿Puedo continuar? [Sí] Pero lo haré en italiano. [Volviéndose al traductor] ¿Puede usted traducir? Gracias. Vamos.

Me ha llamado poderosamente la atención lo que ha dicho Marina: su conflicto en la vida. ¿Qué hacer? Si ir por el camino de la vida consagrada, la vida religiosa, o estudiar para estar mejor preparada para ayudar a los otros.

Se trata de un conflicto aparente porque, cuando el Señor llama, llama siempre a hacer el bien a los demás, sea en la vida religiosa, en la vida consagrada, o sea en la vida laical, como padre y madre de familia. La finalidad es la misma: adorar a Dios y hacer el bien a los otros. ¿Qué tiene que hacer Marina y cuantos de ustedes se hacen esta misma pregunta? También yo me la hice en su momento: ¿Qué camino he de elegir? ¡Tú no tienes que elegir ningún camino! Lo tiene que elegir el Señor. Jesús lo ha elegido. Tú tienes que escucharle a él y preguntarle: Señor, ¿qué tengo que hacer?

Ésta es la oración que un joven debería hacer: “Señor, ¿qué quieres de mí?”. Y con la oración y el consejo de algunos amigos de verdad —laicos, sacerdotes, religiosas, obispos, papas... también el Papa puede dar un buen consejo—, con su consejo, encontrar el camino que el Señor quiere para mí.

Oremos juntos.

[Se dirige al sacerdote traductor] Pídales que repitan en coreano: Señor, ¿qué quieres de mi vida? Tres veces.

Oremos.

Estoy seguro que el Señor les va a escuchar. También a ti, Marina. Seguro. Gracias por tu testimonio.

Perdón. Me he equivocado de nombre: la pregunta la hizo Mai, no Marina.

Mai ha hablado de otra cosa: de los mártires, de los santos, de los testigos. Y nos ha dicho, con un poco de dolor, un poco de pena, que en su tierra, en Camboya, todavía no hay santos. Pero veamos... Santos hay y muchos. La Iglesia todavía no ha reconocido, no ha beatificado, no ha canonizado a ninguno. Muchas gracias, Mai, por esto. Te prometo que, cuando vuelva a casa, voy a hablar con el encargado de estas cosas, que es una gran persona, se llama Angelo, y le pediré

que estudie esta cuestión y se ocupe de ella. Gracias, muchas gracias.

Ya es hora de terminar. ¿Están cansados? [No] ¿Seguimos un poco más? [Sí]

Ocupémonos ahora de lo que ha dicho Marina. Marina ha hecho dos preguntas... No dos preguntas; ha hecho dos reflexiones y una pregunta sobre la felicidad. Nos ha dicho una cosa que es verdad: la felicidad no se compra. Y, cuando compras una felicidad, después te das cuenta de que esa felicidad se ha esfumado... La felicidad que se compra no dura. Solamente la felicidad del amor, ésa es la que dura.

Y el camino del amor es sencillo: ama a Dios y ama al prójimo, tu hermano, que está cerca de ti, que tiene necesidad de amor y de muchas otras cosas. “Pero, padre, ¿cómo sé yo si amo a Dios?”. Simplemente si amas al prójimo, si no odias, si no tienes odio en tu corazón, amas a Dios. Ésa es la prueba segura.

Y, después, Marina ha hecho una pregunta —entiendo que se trata de una pregunta dolorosa— y le agradezco que la haya hecho: la división entre los hermanos de las Coreas. Pero, ¿hay dos Coreas? No, sólo hay una, pero está dividida; la familia está dividida. Ahí está el dolor... ¿Cómo hacer para que esta familia se una? Digo dos cosas: en primer lugar, un consejo, y luego una esperanza.

Antes que nada, el consejo: orar; orar por nuestros hermanos del Norte: “Señor, somos una familia, ayúdanos, ayúdanos a lograr la unidad. Tú puedes hacerlo. Que no haya vencedores ni vencidos, solamente una familia, que haya sólo hermanos”. Ahora les invito a rezar juntos —después de la traducción—, en silencio, por la unidad de las dos Coreas.

Hagamos la oración en silencio.

[Silencio]

Ahora la esperanza. ¿Qué esperanza? Hay muchas esperanzas, pero hay una preciosa. Corea es una, es una familia: ustedes hablan la misma lengua, la lengua de familia; son hermanos que hablan la misma lengua. Cuando [en la Biblia] los hermanos de José fueron a Egipto a comprar de comer porque tenían hambre, tenían dinero, pero no tenían qué comer. Fueron a comprar. Fueron a comprar alimento y encontraron a un hermano. ¿Por qué? Porque José se dio cuenta que hablaban su misma lengua. Piensen en sus hermanos del Norte: hablan su misma lengua y, cuando en familia se habla la misma lengua, hay también una esperanza humana.

Hace un momento hemos visto algo hermoso, el *sketch* del hijo pródigo, ese hijo que se marchó, malgastó el dinero, todo, traicionó a su padre, a su familia, traicionó todo. Y en un momento dado, por necesidad, pero con mucha vergüenza, decidió regresar. Y tenía pensado cómo pedir perdón a su papá. Había pensado: “Padre, he pecado, he hecho esto mal, pero quiero ser un empleado, no tu hijo”, y tantas otras cosas hermosas.

Nos dice el Evangelio que el padre lo vio a lo lejos. Y ¿por qué lo vio? Porque todos los días subía a la terraza para ver si volvía su hijo. Y lo abrazó: no le dejó hablar; no le dejó pronunciar aquel discurso, y ni siquiera le dejó pedir perdón... e hizo fiesta. Hizo fiesta. Y ésta es la fiesta que le gusta a Dios: cuando regresamos a casa, cuando volvemos a él. “Pero, Padre, yo soy un pecador, una pecadora...”. Mejor, ¡te espera! Es mejor y hará fiesta. Porque el mismo Jesús nos dice que en el cielo se hace más fiesta por un pecador que vuelve, que por cien justos que se quedan en casa.

Ninguno de nosotros sabe lo que le espera en la vida. Y ustedes jóvenes: “¿Qué me espera?”. Podemos hacer cosas horribles, espantosas, pero, por favor, no pierdan la esperanza; el Padre siempre nos espera. Volver, volver. Ésta es la palabra. Regresar. Volver a casa porque me espera el Padre. Y si soy un gran pecador, hará una gran fiesta. Ustedes sacerdotes, por favor, acojan a los pecadores y sean misericordiosos.

Oír esto es hermoso. A mí me hace feliz, porque Dios no se cansa de perdonar; nunca se cansa de esperarnos.

Había escrito tres propuestas, pero ya he hablado de ellas: oración, Eucaristía y trabajo por los otros, por los pobres, trabajo por los demás.

Ahora me debo ir. [No] Espero contar con su presencia en estos días y hablar de nuevo con ustedes cuando nos reunamos el domingo para la Santa Misa. Mientras tanto, demos gracias al Señor por el don de haber transcurrido juntos este tiempo, y pidámosle la fuerza para ser testigos fieles y alegres, testigos fieles y alegres de su amor en todos los rincones de Asia y en el mundo entero.

Que María, nuestra Madre, los cuide y mantenga siempre cerca de Jesús, su Hijo. Y que los acompañe también desde el cielo san Juan Pablo II, iniciador de las Jornadas Mundiales de la Juventud. Con gran afecto, les imparto a todos ustedes mi bendición.

Y, por favor, recen por mí, no se olviden de rezar por mí. Muchas gracias.

HOMILÍAS

Homilía del Papa Francisco en la solemnidad de Pentecostés

Basílica Vaticana. Domingo 8 de junio de 2014

«Se llenaron todos de Espíritu Santo» (*Hch* 2, 4).

Hablando a los Apóstoles en la Última Cena, Jesús dijo que, tras marcharse de este mundo, les enviaría *el don del Padre*, es decir, el Espíritu Santo (cf. *Jn* 15, 26). Esta promesa se realizó con poder el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos reunidos en el Cenáculo. Esa efusión, si bien extraordinaria, no fue única y limitada a ese momento, sino que se trata de un acontecimiento que se ha renovado y se renueva aún. Cristo glorificado a la derecha del Padre sigue cumpliendo su promesa, enviando a la Iglesia el Espíritu vivificante, que nos *enseña* y nos *recuerda* y nos *hace hablar*.

El Espíritu Santo *nos enseña*: es el Maestro interior. Nos guía por el justo camino, a través de las situaciones de la vida. Él nos enseña el camino, el sendero. En los primeros tiempos de la Iglesia, al cristianismo se le llamaba «el camino» (cf. *Hch* 9, 2), y Jesús mismo es el camino. El Espíritu Santo nos enseña a seguirlo, a caminar siguiendo sus huellas. Más que un maestro de doctrina, el Espíritu Santo es un maestro de vida. Y de la vida forma parte ciertamente también el saber, el conocer, pero dentro del horizonte más amplio y armónico de la existencia cristiana.

El Espíritu Santo *nos recuerda*, nos recuerda todo lo que dijo Jesús. Es la memoria viviente de la Iglesia. Y mientras nos hace recordar, nos hace comprender las palabras del Señor.

Este recordar en el Espíritu y gracias al Espíritu no se reduce a un hecho mnemónico, es un aspecto esencial de la presencia de Cristo en nosotros y en su Iglesia. El Espíritu de verdad y de caridad nos recuerda todo lo que dijo Cristo, nos hace entrar cada vez más plenamente en el sentido de sus palabras. Todos nosotros tenemos esta experiencia: un momento, en cualquier situación, hay una idea y después otra se relaciona con un pasaje de la Escritura... Es el Espíritu que nos hace recorrer este camino: la senda de la memoria viva de la Iglesia. Y esto requiere de nuestra parte una respuesta: cuanto más generosa es nuestra respuesta, en mayor medida las palabras de Jesús se hacen vida en nosotros, se convierten

en actitudes, opciones, gestos, testimonio. En esencia, el Espíritu nos recuerda el mandamiento del amor y nos llama a vivirlo.

Un cristiano sin memoria no es un verdadero cristiano: es un cristiano a mitad de camino, es un hombre o una mujer prisionero del momento, que no sabe tomar en consideración su historia, no sabe leerla y vivirla como historia de salvación. En cambio, con la ayuda del Espíritu Santo, podemos interpretar las inspiraciones interiores y los acontecimientos de la vida a la luz de las palabras de Jesús. Y así crece en nosotros la sabiduría de la memoria, la sabiduría del corazón, que es un don del Espíritu. Que el Espíritu Santo reavive en todos nosotros la memoria cristiana. Y ese día, con los Apóstoles, estaba la Mujer de la memoria, la que desde el inicio meditaba todas esas cosas en su corazón. Estaba María, nuestra Madre. Que Ella nos ayude en este camino de la memoria.

El Espíritu Santo nos enseña, nos recuerda, y -otro rasgo- *nos hace hablar*, con Dios y con los hombres. No hay cristianos mudos, mudos en el alma; no, no hay sitio para esto.

Nos hace hablar con Dios en la *oración*. La oración es un don que recibimos gratuitamente; es diálogo con Él en el Espíritu Santo, que ora en nosotros y nos permite dirigirnos a Dios llamándolo Padre, Papá, *Abbà* (cf. *Rm* 8, 15; *Gal* 4, 6); y esto no es sólo un «modo de decir», sino que es la realidad, nosotros somos *realmente* hijos de Dios. «Cuanto se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios» (*Rm* 8, 14).

Nos hace hablar en el acto de fe. Ninguno de nosotros puede decir: «Jesús es el Señor» -lo hemos escuchado hoy- sin el Espíritu Santo. Y el Espíritu nos hace hablar con los hombres en el *diálogo fraterno*. Nos ayuda a hablar con los demás reconociendo en ellos a hermanos y hermanas; a hablar con amistad, con ternura, con mansedumbre, comprendiendo las angustias y las esperanzas, las tristezas y las alegrías de los demás.

Pero hay algo más: el Espíritu Santo nos hace hablar también a los hombres en la *profecía*, es decir, haciéndonos «canales» humildes y dóciles de la Palabra de Dios. La profecía se realiza con franqueza, para mostrar abiertamente las contradicciones y las injusticias, pero siempre con mansedumbre e intención de construir. Llenos del Espíritu de amor, podemos ser signos e instrumentos de Dios que ama, sirve y dona la vida.

Recapitulando: el Espíritu Santo nos enseña el camino; nos recuerda y nos

explica las palabras de Jesús; nos hace orar y decir Padre a Dios, nos hace hablar a los hombres en el diálogo fraterno y nos hace hablar en la profecía.

El día de Pentecostés, cuando los discípulos «se llenaron de Espíritu Santo», fue el bautismo de la Iglesia, que nace «en salida», en «partida» para anunciar a todos la Buena Noticia. La Madre Iglesia, que sale para servir. Recordemos a la otra Madre, a nuestra Madre que salió con prontitud, para servir. La Madre Iglesia y la Madre María: las dos vírgenes, las dos madres, las dos mujeres. Jesús había sido perentorio con los Apóstoles: no tenían que alejarse de Jerusalén antes de recibir de lo alto la fuerza del Espíritu Santo (cf. *Hch* 1, 4.8). Sin Él no hay misión, no hay evangelización. Por ello, con toda la Iglesia, con nuestra Madre Iglesia católica invocamos: ¡Ven, Espíritu Santo!

Homilía del Papa Francisco durante la Santa Misa en la solemnidad del Corpus Christi

Atrio de la Basílica de San Juan de Letrán. Jueves 19 de junio de 2014

«El Señor, tu Dios, ... te alimentó con el maná, que tú no conocías» (Dt 8, 2-3).

Estas palabras del Deuteronomio hacen referencia a la historia de Israel, que Dios hizo salir de Egipto, de la condición de esclavitud, y durante cuarenta años guió por el desierto hacia la tierra prometida. El pueblo elegido, una vez establecido en la tierra, alcanzó cierta autonomía, un cierto bienestar, y corrió *el riesgo de olvidar* los tristes acontecimientos del pasado, superados gracias a la intervención de Dios y a su infinita bondad. Así pues, las Escrituras exhortan a recordar, a *hacer memoria* de todo el camino recorrido en el desierto, en el tiempo de la carestía y del desaliento. La invitación es volver a lo esencial, a la experiencia de la total dependencia de Dios, cuando la supervivencia estaba confiada a su mano, para que el hombre comprendiera que «no sólo de pan vive el hombre, sino... de todo cuanto sale de la boca de Dios» (Dt 8,3).

Además del hambre físico, el hombre lleva en sí otro hambre, un hambre que no puede ser saciado con el alimento ordinario. Es hambre de vida, hambre de amor, hambre de eternidad. Y el signo del *maná* -como toda la experiencia del éxodo- contenía en sí también esta dimensión: era figura de un alimento que satisface esta profunda hambre que hay en el hombre. Jesús nos da este alimento, es más, es *Él mismo el pan vivo* que da la vida al mundo (cf. *Jn* 6, 51). Su Cuerpo es el verdadero alimento bajo la especie del pan; su Sangre es la verdadera bebida bajo la especie del vino. No es un simple alimento con el cual saciar nuestro cuerpo, como el maná; el Cuerpo de Cristo es el pan de los últimos tiempos, capaz de dar vida, y vida eterna, porque la esencia de este pan es el Amor.

En la Eucaristía se comunica el amor del Señor por nosotros: un amor tan grande que nos nutre de sí mismo; un amor gratuito, siempre a disposición de toda persona hambrienta y necesitada de regenerar las propias fuerzas. Vivir la experiencia de la fe significa dejarse alimentar por el Señor y construir la propia existencia no sobre los bienes materiales, sino sobre la realidad que no perece: los dones de Dios, su Palabra y su Cuerpo.

Si miramos a nuestro alrededor, nos damos cuenta de que existen *muchas ofertas de alimento* que no vienen del Señor y que aparentemente satisfacen más. Algunos se nutren con el dinero, otros con el éxito y la vanidad, otros con el poder

y el orgullo. Pero el alimento que nos nutre verdaderamente y que nos sacia es sólo el que nos da el Señor. El alimento que nos ofrece el Señor es distinto de los demás, y tal vez no nos parece tan gustoso como ciertas comidas que nos ofrece el mundo. Entonces soñamos con otras comidas, como los judíos en el desierto, que añoraban la carne y las cebollas que comían en Egipto, pero olvidaban que esos alimentos los comían en la mesa de la esclavitud. Ellos, en esos momentos de tentación, tenían memoria, pero una memoria enferma, una memoria selectiva. Una memoria esclava, no libre.

Cada uno de nosotros, hoy, puede preguntarse: ¿y yo? ¿*Dónde quiero comer?* ¿En qué mesa quiero alimentarme? ¿En la mesa del Señor? ¿O sueño con comer manjares gustosos, pero en la esclavitud? Además, cada uno de nosotros puede preguntarse: ¿cuál es mi memoria? ¿La del Señor que me salva, o la del ajo y las cebollas de la esclavitud? ¿Con qué memoria sacio mi alma?

El Padre nos dice: «Te he alimentado con el maná que tú no conocías». Recuperemos la memoria. Esta es la tarea, recuperar la memoria. Y aprendamos a reconocer el pan falso que engaña y corrompe, porque es fruto del egoísmo, de la autosuficiencia y del pecado.

Dentro de poco, en la *procesión*, seguiremos a Jesús realmente presente en la Eucaristía. La Hostia es nuestro maná, mediante la cual el Señor se nos da a sí mismo. A Él nos dirigimos con confianza: Jesús, defiéndenos de las tentaciones del alimento mundano que nos hace esclavos, alimento envenenado; purifica nuestra memoria, a fin de que no permanezca prisionera en la selectividad egoísta y mundana, sino que sea *memoria viva de tu presencia* a lo largo de la historia de tu pueblo, memoria que se hace «memorial» de tu gesto de amor redentor. Amén.

SANTA SEDE

CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS

CARTA CIRCULAR.

EL SIGNIFICADO RITUAL DEL DON DE LA PAZ EN LA MISA

1. «La paz os dejo, mi paz os doy»,^[1] son las palabras con las que Jesús promete a sus discípulos reunidos en el cenáculo, antes de afrontar la pasión, el don de la paz, para infundirles la gozosa certeza de su presencia permanente. Después de su resurrección, el Señor lleva a cabo su promesa presentándose en medio de ellos, en el lugar en el que se encontraban por temor a los Judíos, diciendo: «¡Paz a vosotros!».^[2] La paz, fruto de la Redención que Cristo ha traído al mundo con su muerte y resurrección, es el don que el Resucitado sigue ofreciendo hoy a su Iglesia, reunida para la celebración de la Eucaristía, de modo que pueda testimoniarla en la vida de cada día.

2. En la tradición litúrgica romana el signo de la paz, colocado antes de la Comunión, tiene un significado teológico propio. Este encuentra su punto de referencia en la contemplación eucarística del misterio pascual -diversamente a como hacen otras familias litúrgicas que se inspiran en el pasaje evangélico de Mateo (cf. Mt5, 23) - presentándose así como el “beso pascual” de Cristo resucitado presente en el altar.^[3] Los ritos que preparan a la comunión constituyen un conjunto bien articulado dentro del cual cada elemento tiene su propio significado y contribuye al sentido del conjunto de la secuencia ritual, que conduce a la participación sacramental en el misterio celebrado. El signo de la paz, por tanto, se encuentra entre el Pater noster -al cual se une mediante el embolismo que prepara al gesto de la paz- y la fracción del pan -durante la cual se implora al Cordero de Dios que nos dé su paz-. Con este gesto, que «significa la paz, la comunión y la caridad»,^[4] la Iglesia «implora la paz y la unidad para sí misma y para toda la familia humana, y los fieles se expresan la comunión eclesial y la mutua caridad, antes de la comunión sacramental»,^[5] es decir, la comunión en el Cuerpo de Cristo Señor.

La Eucaristía

3. En la Exhortación Apostólica post-sinodal *Sacramentum caritatis* el Papa Benedicto XVI había confiado a esta Congregación la tarea de considerar la problemática referente al signo de la paz,^[6] con el fin de salvaguardar el valor sagrado de la celebración eucarística y el sentido del misterio en el momento de la Comunión sacramental: «La Eucaristía es por su naturaleza sacramento de paz. Esta dimensión del Misterio eucarístico se expresa en la celebración litúrgica de manera específica con el gesto de la paz. Se trata indudablemente de un signo de gran valor (cf. Jn14, 27). En nuestro tiempo, tan lleno de conflictos, este gesto adquiere, también desde el punto de vista de la sensibilidad común, un relieve especial, ya que la Iglesia siente cada vez más como tarea propia pedir a Dios el don de la paz y la unidad para sí misma y para toda la familia humana. [...] Por ello se comprende la intensidad con que se vive frecuentemente el rito de la paz en la celebración litúrgica. A este propósito, sin embargo, durante el Sínodo de los Obispos se ha visto la conveniencia de moderar este gesto, que puede adquirir expresiones exageradas, provocando cierta confusión en la asamblea precisamente antes de la Comunión. Sería bueno recordar que el alto valor del gesto no queda mermado por la sobriedad necesaria para mantener un clima adecuado a la celebración, limitando por ejemplo el intercambio de la paz a los más cercanos».^[7]

4. El Papa Benedicto XVI, además de destacar el verdadero sentido del rito y del signo de la paz, ponía en evidencia su gran valor como aportación de los cristianos, para colmar, mediante su oración y testimonio, las angustias más profundas e inquietantes de la humanidad contemporánea. Por esta razón, renovaba su invitación a cuidar este rito y a llevar a cabo este signo litúrgico con sentido religioso y sobriedad.

5. El Dicasterio, en base a las disposiciones del Papa Benedicto XVI, se dirigió a las Conferencias de los Obispos en mayo de 2008 pidiendo su parecer sobre si mantener el signo de la paz antes de la Comunión, donde se encuentra ahora, o si cambiarlo a otro momento, con el fin de mejorar la comprensión y el desarrollo de tal gesto. Tras una profunda reflexión, se ha visto conveniente conservar en la liturgia romana el rito de la paz en su puesto tradicional y no introducir cambios estructurales en el Misal Romano. Se ofrecen a continuación algunas disposiciones prácticas para expresar mejor el contenido del signo de la paz y para moderar los excesos, que suscitan confusión en la asamblea litúrgica justo antes de la Comunión.

6. El tema tratado es importante. Si los fieles no comprenden y no demuestran vivir, en sus gestos rituales, el significado correcto del rito de la paz, se debilita el

concepto cristiano de la paz y se ve afectada negativamente su misma fructuosa participación en la Eucaristía. Por tanto, junto a las precedentes reflexiones, que pueden constituir el núcleo de una oportuna catequesis al respecto, para la cual se ofrecerán algunas líneas orientativas, se somete a la prudente consideración de las Conferencias de los Obispos algunas sugerencias prácticas:

a) Se aclara definitivamente que el rito de la paz alcanza ya su profundo significado con la oración y el ofrecimiento de la paz en el contexto de la Eucaristía. El darse la paz correctamente entre los participantes en la Misa enriquece su significado y confiere expresividad al rito mismo. Por tanto, es totalmente legítimo afirmar que no es necesario invitar “mecánicamente” a darse la paz. Si se prevé que tal intercambio no se llevara a cabo adecuadamente por circunstancias concretas, o se retiene pedagógicamente conveniente no realizarlo en determinadas ocasiones, se puede omitir, e incluso, debe ser omitido. Se recuerda que la rúbrica del Misal dice: “Deinde, pro opportunitate, diaconus, vel sacerdos, **subiungit**: Offerte vobis pacem”.^[8]

b) En base a las presentes reflexiones, puede ser aconsejable que, con ocasión de la publicación de la tercera edición típica del Misal Romano en el propio País, o cuando se hagan nuevas ediciones del mismo, las Conferencias consideren si es oportuno cambiar el modo de darse la paz establecido en su momento. Por ejemplo, en aquellos lugares en los que se optó por gestos familiares y profanos del saludo, tras la experiencia de estos años, se podrían sustituir por otros gestos más apropiados.

c) De todos modos, será necesario que en el momento de darse la paz se eviten algunos abusos tales como:

- La introducción de un “canto para la paz”, inexistente en el Rito romano.^[9]
- Los desplazamientos de los fieles para intercambiarse la paz.
- El que el sacerdote abandone el altar para dar la paz a algunos fieles.
- Que en algunas circunstancias, como la solemnidad de Pascua o de Navidad, o durante las celebraciones rituales, como el Bautismo, la Primera Comunión, la Confirmación, el Matrimonio, las sagradas Ordenes, las Profesiones religiosas o las Exequias, el darse la paz sea ocasión para felicitar o expresar condolencias entre los presentes.^[10]

d) Se invita igualmente a todas la Conferencias de los Obispos a preparar catequesis litúrgicas sobre el significado del rito de la paz en la liturgia romana y sobre su correcto desarrollo en la celebración de la Santa Misa. A este propósito, la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos acompaña la presente Carta circular con algunas pistas orientativas.

7. La íntima relación entre *lex orandi* y *lex credendi* debe obviamente extenderse a la *lex vivendi*. Conseguir hoy un compromiso serio de los católicos de cara a la construcción de un mundo más justo y pacífico implica una comprensión más profunda del significado cristiano de la paz y de su expresión en la celebración litúrgica. Se invita, pues, con insistencia a dar pasos eficaces en tal materia ya que de ello depende la calidad de nuestra participación eucarística y el que nos veamos incluidos entre los que merecen la gracia prometida en las bienaventuranzas a los que trabajan y construyen la paz.^[11]

Al finalizar estas consideraciones, se exhorta a los Obispos y, bajo su guía, a los sacerdotes a considerar y profundizar en el significado espiritual del rito de la paz, tanto en la celebración de la Santa Misa como en la propia formación litúrgica y espiritual o en la oportuna catequesis a los fieles. Cristo es nuestra paz,^[12] la paz divina, anunciada por los profetas y por los ángeles, y que Él ha traído al mundo con su misterio pascual. Esta paz del Señor Resucitado es invocada, anunciada y difundida en la celebración, también a través de un gesto humano elevado al ámbito sagrado.

El Santo Padre Francisco, el 7 de junio de 2014, ha aprobado y confirmado cuanto se contiene en esta Carta circular, preparada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, y ha dispuesto su publicación.

En la sede de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, a 8 de junio de 2014, en la solemnidad de Pentecostés.

Antonio Card. Canizares Llovera
Prefecto

Arthur Roche
Arzobispo Secrectario

NOTAS:

- [1] Jn14,27
- [2] Cf. Jn 20, 19-23.
- [3] Cf. MISSALE ROMANUM ex decreto SS. Concilii Tridentini restitutum summorum pontificum cura recognitum, Editio typica,1962, Ritus servandus,X, 3.
- [4] CONGREGACION PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, Instr., *Redemptionis sacramentum*, 25 marzo 2004, n. 71: AAS96 (2004) 571.
- [5] MISSALE ROMANUM, ex decreto sacrosancti Oecumenici Concilii Vaticani II instauratum, auctoritate Pauli Pp. VI promulgatum, Ioannis Pauli Pp. II cura recognitum,editio typica tertia, diei 20 aprilis 2000, Typis Vaticanis, reimpressio emendata 2008, *Ordenación General del Misal Romano*, n. 82. Cf. BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. post-sinod., *Sacramentum caritatis*, 22 febrero 2007, n. 49: AAS 99 (2007) 143.
- [6] Cf. BENEDICTO XVI, Exhort. Apost., *Sacramentum caritatis*, 22 febrero 2007, n. 49, nota n. 150: AAS 99 (2007) 143.
- [7] BENEDICTO XVI, Exhort. Apost., *Sacramentum caritatis*, 22 febrero 2007, n. 49: AAS 99 (2007)
- [8] Missale Romanum, Ordo Missae,n. 128
- [9] En el Rito romano no está tradicionalmente previsto un canto para la paz porque se preve un tiempo brevísimo para dar la paz solo a los más cercanos. El canto de la paz sugiere, por el contrario, un tiempo mucho más amplio para el intercambio de la paz.
- [10] Cf. *Ordenacion General del Misal Romano*, n. 82: «Conviene, sin embargo, que cada uno exprese sobriamente la paz solo a los que tiene más cerca»; n. 154: «El sacerdote puede dar la paz a los ministros, permaneciendo siempre dentro del presbiterio, para no alterar la celebración. Hágase del mismo modo si, por una causa razonable, desea dar la paz a algunos fieles»; CONGREGACION PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, Instr., *Redemptionis sacramentum*, 25 marzo 2004, n. 72: AAS 96 (2004) 572.
- [11] Cf. Mt 5,9ss.
- [12] Cf. *Ef*2,14.



OBISPO



OBISPO**HOMILÍAS****Envío de los Misioneros**

2 de junio de 2014

Al acercarse la solemnidad de Pentecostés quisiera haceros llegar, a tantos hombres y mujeres de esta nobilísima tierra gallega, en donde vive desde tiempo inmemorial esta Iglesia que peregrina en Ourense, mi expresión de afecto, unión y agradecimiento.

Sabemos que *la Iglesia existe para evangelizar* y que toda evangelización auténtica constituye la acción más hermosa y fecunda de nuestra gran familia diocesana. Ourense ha sido, y sigue siendo, muy mariana, pero no es menos cierto que también es muy misionera. Lo he podido comprobar, una vez más, ante la vibración afectiva que ha supuesto un incidente sufrido por uno de nuestros sacerdotes diocesanos en misión *fidei donum*. La cantidad de apoyos efectivos de oraciones y de ayuda económica son una prueba de la afinidad misionera de nuestra gente; si las primeras son muy importantes, las segundas han sido, y siguen siendo, muy elocuentes, sobre todo si se tiene en cuenta las críticas circunstancias sociales y económicas de nuestra provincia y de sus gentes.

La presencia misionera de nuestra Iglesia diocesana en tantos lugares, a través de sus hijos e hijas, se ha convertido en un estímulo para nosotros. También desde aquí, inspirados por el papa Francisco, nos hemos trazado un proyecto pastoral para los próximos cursos que hemos denominado: *Ourense en Misión con María*. Sabemos que nuestra Iglesia particular, a la que os sentís muy vinculados, también está llamada a la conversión misionera y soy consciente de que ella misma es el sujeto primario de la evangelización, por eso tenemos que salir a esas periferias que vosotros conocéis bien, pero que en estos momentos de nuestra historia también descubrimos en nuestra geografía diocesana.

Mis queridos hermanos y amigos, nadie mejor que vosotros sabe que la clave fundamental de una pastoral de misión debe ir abandonando ese criterio que venimos arrastrando del *siempre se hizo así*. Cada vez con más frecuencia descubrimos con dolor niños y jóvenes, personas maduras y ancianas que, podemos

decir, nacieron en la Iglesia, se criaron en ella, celebraron los ritos sacramentales, pero no se encuentran en su estilo de vida y en sus comportamientos los criterios claros y definidos de una correcta evangelización. Sí, es verdad, decía el papa Francisco, *el mensaje que anunciamos aparece entonces identificado con esos aspectos secundarios que, sin dejar de ser importantes, por sí solos no manifiestan el corazón del mensaje de Jesucristo* (EG, nº34).

Os ruego que pidáis por esta vuestra *Iglesia madre*, como desde aquí se os recuerda con cariño y agradecimiento, para que sepamos hacer llegar a todos los agentes de la pastoral de nuestra Diócesis que es urgente que todas *las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera que no puede dejar las cosas como están* (EG nº 25), porque mientras seguimos instalados en *nuestras pastorales* se nos van de la Iglesia las nuevas generaciones porque con sólo “ritos” y muchos sin sentido, estamos ocultando el anuncio del corazón del Evangelio, que es lo más bello, lo más grande, *lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario* (EG nº 34).

Esto buscamos y deseamos, para esta querida Iglesia particular ¡vuestra Iglesia!, y os queremos hacer partícipes de estos proyectos en los que estáis, de corazón, muy implicados.

Así como suplico al *Dios Desconocido*, el Espíritu Santo, que nos colme a todos de sus dones, también le pido que nos esforcemos, una vez más –y con su ayuda lo conseguiremos- por descubrir que sólo *la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que encuentran a Jesús* (EG, nº 1).

Me encomiendo a vuestras oraciones y con todo mi afecto os bendigo.

**Exequias del Rvdo. D. Antonio Vázquez Borrajo,
párroco emérito de San Pío X de Mariñamansa**

1 de julio de 2014

1ª.- Rom. 14, 7-9.10b-12

2ª.- Lc. 12, 35-40

Con el pensamiento que brota de la Palabra de Dios que nos ofrece el formulario litúrgico de difuntos, el apóstol Pablo nos dice:

*“Si vivimos, vivimos para el Señor;
si morimos, morimos para el Señor;
en la vida y en la muerte somos del Señor”* (Rom. 14,8)

¡Somos del Señor! Si en alguna situación de nuestra vida estas palabras del Apóstol tienen un eco tan existencialmente vivo y actual es, precisamente, en este momento. *¡Somos del Señor!* Y esa certeza cautivó con su fuerza toda la vida de nuestro hermano D. Antonio, sacerdote que ejerció su ministerio de amor y de servicio a la Iglesia en distintos lugares de nuestra Diócesis: su primer destino fue San Martín de Piedrafita y Santa María de Sistín, poco después fue trasladado a Santa Comba de Gargantós y San Jorge de Touza; posteriormente fue nombrado prefecto del Seminario y atendió el llamado, en aquel entonces, Convictorio Sacerdotal. Desde 1964 hasta su paso a párroco emérito, en el año 2000, regentó esta parroquia de San Pío X, siendo su primer párroco. Él mismo ha podido asistir a la celebración solemne de las bodas de oro fundacionales de esta comunidad parroquial.

En este momento podemos decir, con el sentir de la liturgia de la Iglesia: Sus obras le acompañan...

Mis queridos hermanos y hermanas, sobre todo vosotros, mis queridos hermanos y amigos sacerdotes, que habéis hecho una opción por el Señor en la Iglesia, no os olvidéis de que ahí se encuentra una de las soluciones a nuestra vida, tantas veces desencantada y sin sentido; volvamos la mirada a los testigos que el Señor coloca en nuestra historia, a esos santos y santas, a los grandes sacerdotes que han dejado una estela de bondad porque han sabido caminar a la luz de la fe de tal modo que así crearon esperanza en el corazón de tantas personas con las que se encontraron en el camino de la vida, así nos lo recuerda el papa Francisco en su primera encíclica, *la fe va de la mano de la esperanza porque, aunque nuestra mora-*

da terrenal se destruye, tenemos una mansión eterna, que Dios ha inaugurado ya en Cristo, en su cuerpo (cf. 2 Cor. 4, 16- 5,5). El dinamismo de fe, esperanza y caridad (cf. 1 Tes. 1,3; 1 Co. 13,13) nos permite así integrar las preocupaciones de todos los hombres en nuestro camino hacia aquella ciudad “cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios” (Hb. 11,10), porque “la esperanza no defrauda” (Rm. 5,5).

Sí, hermanas y hermanos míos, así obraron tantas personas que lucharon por la santidad en lo ordinario, hombres y mujeres con los que convivimos y apenas nos damos cuenta de ellos, así vivió nuestro hermano sacerdote. Si viviéramos inmersos en esa *Luz de la fe*, que da el sentido último de nuestra vocación, no necesitaríamos entretenernos en cosas epidérmicas o superfluas que tantas veces nos hacen perder el sentido y la orientación hacia el que nos dirige nuestro compromiso vocacional. Si somos fieles en esos compromisos, seremos testigos creíbles en medio de nuestra sociedad.

Cuando llega la muerte, el ser humano, también el creyente, se siente estremecido ante esta certeza. Sí, sabemos que vendrá, no sabemos ni el cuándo, ni el cómo, ni el donde. A veces caemos en una falsa ilusión al pensar que a nosotros nos queda lejos. Pero no es así, es una realidad cercana, ínsita en nuestra frágil naturaleza, por eso los amigos de Dios, nos han enseñado a estar siempre atentos y vigilantes. Cuando nos encontramos con el morir de una persona más o menos cercana, se hacen efectivas las palabras que acabamos de escuchar en la proclamación del Evangelio: *¡Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas!* (Lc. 12,35).

La invitación imperativa de la Palabra del Señor que acaba de ser proclamada *¡tened!* nos recuerda aquella otra de la Escritura Santa que nos dice *¡estad atentos y vigilantes!*... el Señor viene, se acerca, está aquí. El hecho de la muerte de los otros se convierte para todos en una realidad propedéutica, es como un entrenamiento a lo divino en la escuela del divino servicio; es decir, en el seguimiento del Señor, porque *¡somos del Señor!*

El morir, que le confiere a nuestra existencia un valor radical y una exigencia vivida en lo cotidiano, es también una realidad que siempre viene acompañada por su dramatismo, en algunos casos es una realidad desgarradora, sobre todo cuando nos sorprende la muerte de un niño, o de una persona joven, como en el caso que me encontré hace unos días: un adolescente que se ha quitado la vida. El mismo sacerdote, al encontrarse en esas situaciones tan difíciles, poco tiene que decir; la pastoral de la Iglesia nos invita a recogerlos en el silencio elocuente de la oración y ayudar a las personas del entorno con nuestra presencia ¡qué difícil

resulta, entonces, hacerles descubrir que el Buen Dios no ha querido ni quiere la muerte de nadie!

Esta realidad constante que nos afecta directa o indirectamente tiene que ayudarnos a descubrir a todos que no somos eternos, *¡no somos dioses!* Acordaos de aquellas palabras de la Escritura: *De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal* (Gen. 3, 4-6). Es el grito sugestivo, y a la vez desgarrador del Enemigo, invitando al hombre a que se rebele contra Dios. Esa gran rebelión es el pecado que los Padres y la Tradición de la Iglesia denominan pecado mortal, cuyo fundamento se encuentra en la soberbia humana. La ruptura con Dios, es consecuencia de la soberbia que pretende hacernos y creernos como Dios, ¡es la rebelión de la criatura contra su ser y su verdad! el pecado de creernos dioses ha introducido en el plan creacional del Dios misericordioso el hecho de la muerte ¡el pecado es causa de la muerte! De ahí que nosotros al reunimos en tomo al altar de la Palabra y del Sacrificio, proclamamos la muerte y resurrección de Jesucristo, y como consecuencia de esta realidad esperamos la victoria definitiva sobre la muerte, sobre la muerte eterna.

Al celebrar la Eucaristía en la comunión de este misterio de fe y amor que es la Iglesia, estamos abriendo una puerta a la esperanza y con Ella decimos: *Creo que mi Redentor vive y que al final me alzaré del polvo; después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios; yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán.* (Job. 19, 25-27).

Sólo a través de la fe, de la *luz de la fe*, de la fe vivida muchas veces a través de esa noche oscura que nos hace entrar por la espesura del padecer, podemos gustar de antemano el gozo y la plenitud de esos cielos nuevos y de esa tierra nueva, fin de nuestro caminar como peregrinos fascinados por el Dios misericordioso, cuyo rostro deseamos ver y buscamos cotidianamente; *¡Tu rostro buscaré Señor, no me escondas Tú rostro;* ¡Cuántas veces, D. Antonio – como muchos de nosotros – habrá repetido este versículo de los salmos. Y ¡cuántas veces el Señor le habrá sonreído mostrándole su rostro en tantas personas de esta parroquia niños, jóvenes y ancianos con los que él estuvo en contacto a lo largo del ejercicio de su ministerio. Cuando asistimos a la muerte de uno de nuestros sacerdotes, aunque sea anciano y no se encuentre desempeñando un ministerio activo, siempre lo hacemos con la conciencia de que esa realidad que entregamos a la tierra es semilla de un nuevo amanecer. Este cuerpo, desgastado por los años y la enfermedad... que ahora vamos a entregar en el surco de la tierra, pedimos al Señor que le haga fecundo. Que su estela de vida sacerdotal nos ayude a ser generosos y entregados;

suscite nuevas vocaciones para la vida consagrada y para el ejercicio del ministerio sacerdotal.

Podemos decir que D. Antonio ha pasado en estos últimos años su existencia, en el ámbito familiar, viviendo con sencillez su pasión por Dios en lo cotidiano, y de ahí ahora a la Pascua definitiva. Eso pensamos, eso queremos creer, y eso es para nosotros un deseo que brota de nuestro corazón agradecido porque este sacerdote bueno y fiel fue abriendo, constantemente, y sin hacer ruido, las puertas de su existencia de criatura al misterio de esa energía profunda de la gracia que lo transforma todo y así se fue preparando para vivir bien la Pascua definitiva.

A la Madre de Dios, cuya devoción marcó su recia espiritualidad a lo largo de toda su existencia consagrada, le encomendamos. Que esta Madre de Misericordia le socorra y en él se cumpla aquello que pedimos en esa oración tan antigua: *Acuérdate, Oh Virgen, Madre de Dios, cuando estés ante la presencia del Altísimo, de decirle cosas buenas a Dios de este sacerdote... y de nosotros... Amén.*

Clausura de los Ejercicios Espirituales para sacerdotes Santuario de Los Milagros

Del 14 al 18 de julio de 2014.

*Sr. Obispo de Ciudad Rodrigo. Mi querido D. Raúl.
Mis queridos amigos y hermanos sacerdotes*

Si comprendierais lo que significa “quiero misericordia y no sacrificio” (Mt. 12, 1-8)

Este requiebro divino que el Señor hace a aquellos fariseos, a través de este fragmento del Evangelio de Mateo (12, 8), también nos lo hace hoy a cada uno de nosotros, porque si hay algo que pueda definir el ministerio de un sacerdote es su ser de *ministro de la misericordia*. Si nos falla o perdemos esta perspectiva en nuestras vidas entonces caemos en el simple ejercicio de un funcionariado y convertimos nuestra existencia sacerdotal en una simple burocracia de lo sacro en donde, así nos lo dice el papa Francisco, se da un *predominio de lo administrativo sobre la actividad pastoral y la sacramentalización sobre la evangelización* (Cf. EG, nº 63), y estas actitudes empobrecen nuestro ministerio sacerdotal y llegan a configurar nuestra existencia cotidiana como la de simples funcionarios de *lo sacro* y, si no estamos atentos, corremos el riesgo de reducir nuestra vida a un servicio social más y enrocarnos en *lo de siempre* y reducir nuestro trabajo pastoral a estar con los de siempre, sucumbiendo al criterio de que *siempre se ha hecho así* (FRANCISCO, EG, nº 33); esa es la consecuencia lógica a la que estamos llamados – a no ser que reaccionemos - porque en una sociedad desacralizada como la nuestra, el laicismo excluyente y el relativismo que lo impregna todo está provocando que las mismas realidades religiosas se las convierta en un simple sucedáneo cultural, de tal modo que tantas realidades eclesiales vaya perdiendo fuerza y entidad,

Ante esta situación podemos y debemos reaccionar, pero no de cualquier manera. La Iglesia nos pide que cambiemos de ritmo y nos propone *una Iglesia en salida*; es decir, nos está diciendo que debemos de recuperar la esencia genuina de la Iglesia y de nuestro ser en Ella, porque *la Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan* (EG, nº 24).

El sacerdote debe ser el primero en tomar la iniciativa, en querer que las cosas cambien, en amar lo que forma parte de su ministerio. Debe involucrarse en los proyectos pastorales ¡hacerlos suyos! Parte de los desencantos que experimentamos

se sufren porque, primero no hacemos nuestros los planes pastorales, ni los diocesanos, ni los de zona; queremos mantener nuestra autonomía y, con el tiempo nos damos cuenta de que instalados en la crítica, tampoco se llevan a cabo otros proyectos ¡se sigue con lo de siempre! y, a veces, bajando de calidad. El sacerdote acompaña a los fieles, si hace falta va delante, en medio, o atrás de todos para ayudar a los rezagados, sabe bien que el único protagonista es el Señor. Si hacemos así nos daremos cuenta de que la actividad pastoral da fruto y que genera paz y alegría, a pesar de los posibles fracasos, que nunca faltarán; sin embargo, desde la perspectiva de la fe, sabemos bien que los fracasos nos santifican, las omisiones no.

Todo esto nos resulta superior a nuestras fuerzas, de ahí que necesitemos la ayuda del Espíritu y para ello es imprescindible abrir nuestro corazón y toda nuestra existencia con el fin de romper las inercias y los miedos ¡no estamos solos en este camino! la Iglesia, como Madre y Maestra, apoyada en una experiencia espiritual de muchos siglos, nos ofrece los retiros de mes en nuestras zonas pastorales, en donde se vive el encuentro con los hermanos sacerdotes y crece nuestro espíritu de comunión y nuestra fraternidad; además, anualmente, nos invita a que participemos en los Ejercicios Espirituales, ofreciéndonos así *un instrumento idóneo y eficaz para una adecuada formación permanente* (Congregación del Clero, *Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros*, 2ª edic, nº 103).

Es necesario, mis queridos hermanos, que sepamos descubrir y agradecer este cauce que nuestra Iglesia particular nos ofrece para situarnos en el horizonte de la *primacía de la gracia* (JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, nº 38), porque solo desde esta perspectiva descubriremos el verdadero sentido de nuestro ser y de nuestro ministerio. Solo desde la primacía de la gracia nos descubriremos como *pecadores perdonados* que deben convertirse en cauces y mediadores de la misericordia del Señor.

Por otra parte, en la dinámica de los Ejercicios, ya desde el primer momento, que el Maestro Ignacio de Loyola denomina *principio y fundamento*, se nos propone con claridad que: *El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar dellas, quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, quanto para ello le impiden* (EE, nº 23). El libro de los Ejercicios es el manual del apóstol y del líder actual ¿acaso podemos dudar de la capacidad de liderazgo que todavía posee el sacerdote en medio de nuestro pueblo? es más, podemos afirmar que les interesamos ¡y mucho! incluso a aquellos que dicen no querer nada con la Iglesia; o a los que se

proclaman ateos, o agnósticos ¿creéis que si no le interesásemos estarían hablando de nosotros, revolviendo en nuestras vidas o aireando nuestros fallos y miserias? Si nos tratasen con indiferencia, tendríamos que preocuparnos mucho más. Pero no podemos dejarnos llevar solo de estas apreciaciones, para ello son necesarios los Ejercicios que nos sitúan en la clave fundamental de nuestra vida a través de la cual debemos entender nuestra existencia, esa clave es la eternidad.

¿Os habéis fijado en el texto del profeta Isaías que hemos proclamado en la Liturgia de la Palabra de este día? Se nos decía que Ezequías cae enfermo de muerte y viene a visitarle el profeta Isaías, que con una gran valentía, propia de los hombre que ven las cosas desde la perspectiva de Dios ¡desde la Verdad! le dice sin ambages: *Haz testamento, porque vas a morir sin remedio y no vivirás (Is. 38, 1-6.21-22.7-8)*. La reacción es edificante, porque el enfermo eleva su corazón al Señor y le dice: *Señor, acuérdate de que he procedido de acuerdo contigo, con corazón sincero e íntegro, y de que he hecho lo que te agrada*. El texto nos dice, a continuación, que *el Señor le añadió a su vida otros quince años más*.

Hermanos míos: Los Ejercicios Espirituales, como ya he dicho, es la metodología adecuada que la Iglesia pone en nuestras manos para poner a punto nuestra vida y ministerio, es el mejor manual del líder moderno, del auténtico evangelizador, porque nos coloca ante la eternidad; es decir, ante la Verdad de Dios que ilumina nuestras verdades y transforma nuestras oscuridades en un camino de luz y de esperanza. Esta dinámica nos impulsa a caminar por el sendero de la *conversión personal*, que es el paso previo y necesario para toda *conversión pastoral*. Esta conversión es hoy más necesaria que nunca porque *los tiempos son recios* y son muchas las personas que esperan de nosotros una respuesta.

En nuestra Iglesia particular estamos iniciando este proyecto que hemos denominado *Ourense en misión con María*, lo hacemos como una respuesta personal y comunitaria a esa realidad que se extiende ante nosotros porque *la mies es mucha*, y no nos olvidemos, tal como nos lo recuerda el Evangelio, que aquel hombre sembró buena semilla en su campo, pero mientras los *hombres dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo* (Mt. 13, 24-26) ¡Es mucha la labor que nos espera! No podemos dormirnos, ni entretenernos en el camino con dimes y diretes, con esas *chácharas* – de las que nos habla el papa Francisco- que tanto daño hacen a los hermanos, a la misma Iglesia y a nosotros mismos, porque son paralizantes y empobrecen nuestro espíritu. Tenemos que salir de nosotros mismos y romper nuestras inercias pastorales. Son muchos los retos que tenemos por delante, pero no es menos cierto que son muchas las ayudas que el Buen Dios nos concede a través de las mediaciones de la Iglesia.

Se nos invita a *vivir en un nivel superior, pero no de menor intensidad*: “La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás”. **Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal**: “Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión”. Por consiguiente, un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, “la dulce y confortadora alegría de evangelizar (...) y nuestro mundo pueda recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo”(EG, nº 10).

Para esto son precisamente los Ejercicios Espirituales. Vosotros que habéis vivido esta experiencia durante estos días calurosos del mes de julio, sabéis bien la importancia que éstos tienen para nuestra vida y para la vida de la Iglesia. Pero sabed que no basta con que nosotros los hagamos, es necesario ayudar a algunos de nuestros hermanos para que participen en las diferentes tandas que organizamos sabiendo bien que todo es para nuestro bien y no nos olvidemos que todo aquello que sirve para el bien del hombre es para gloria de Dios que, en definitiva, es el principio y el fundamento de nuestra existencia. Os ruego que invitemos a nuestros hermanos sacerdotes, tanto de nuestra diócesis como de las Iglesias vecinas, para que participen en la nueva tanda de Ejercicios que celebraremos a finales de agosto, predicados también por otro Sr. Obispo. ¡Son momentos de gracia que no debemos dejar pasar!

Que Nuestra Madre la Virgen, Señora de Los Milagros, desde este santuario del monte Medo, nos ayude a vivir y a ser esos testigos valientes y alegres de ese *Evangelio eterno* (Ap. 14,6) que es Cristo, el mismo ayer y hoy y siempre (Hb. 13,8) que es fuente de constante novedad. Amén.

XXXVI Encuentro con nuestros Misioneros
Parroquia de Santa María de Oimbra

19 de julio de 2014

Saludo con especial afecto al Sr. Obispo de Riobamba-Ecuador- Mons. Julio Parrilla Díaz.

Al Sr. Cura-párroco de santa María de Oimbra y a los sacerdotes de esta zona de Verín.

A D. Adelino y a Josefa de la Delegación Episcopal de Misiones de la Diócesis y a todos los aquí presentes que sois unos valiosos y entusiastas colaboradores de esta realidad eclesial que debiera abrasar el corazón de todos los cristianos.

Nos hemos reunido en esta parroquia de Santa María de Oimbra para celebrar esta primera parte de nuestro encuentro y la Eucaristía con motivo de las **XXXVI Encuentro cos nosos Misioneiros**, aprovechando la estancia de algunos de ellos que, por justos motivos de descanso con sus familias, están hoy con nosotros.

Os invito a que os dejéis interpelar por la Palabra del Señor que acabamos de proclamar. En la primera de las lecturas se nos presenta la vocación del profeta Jeremías. Por don de Dios recibió la Palabra del Señor, una realidad que penetró sus entrañas: *antes de formarte en el vientre te escogí, antes de que salieras del seno materno, te consagré... y te nombré profeta*. Así es la vocación cristiana, un don misterioso de Dios que se nos concedió, sin méritos por nuestra parte, pero de ahí arranca la certeza de que Él es el que lleva la iniciativa en nuestra historia y es Él el que nos ha llamado y nos envía constantemente a la misión: *a donde yo te envíe, irás, y lo que yo te mande, lo dirás. No les tengas miedo que yo estoy contigo...*

El papa Francisco en su primera exhortación apostólica *Evangelii gaudium* nos ayuda a redescubrir el sentido misionero de la Iglesia y de toda vida cristiana, porque cuando uno recibe un don, si este es muy grande y hermoso, tanto que le sobrepasa, se da cuenta de que en la medida en que se es fiel a ese don brota como un dinamismo interior que le lleva a comunicarlo, porque toda experiencia auténtica de verdad y de belleza busca por sí misma su expansión ¿Acaso existe una realidad más verdadera y llena de una gran hermosura que el regalo de nuestra fe? Por ella entregaron su vida los mártires, ofrecieron toda su existencia las vírgenes y los doctores, dejaron padre, madre y tierras nuestros misioneros. Porque la fe no consiste en rendirnos ante una serie de argumentos racionales, ni un dejarnos

fascinar por un código ético que puede llegar a convertirse en una gran idea que mueve toda la existencia humana y la transforma; esa no sería la fe cristiana, sería una ideología más. La fe es un encuentro con una persona, con un acontecimiento histórico centrado en la persona de Nuestro Señor Jesucristo; o mejor, si queréis, la fe es dejarse encontrar por Él, porque Dios siempre nos *primerea* –así dice Francisco–; es decir, Dios siempre es el que primero sale a nuestro encuentro, incluso ya desde el vientre de nuestra madre.

Cuando un cristiano, una cristiana es consciente de esta dinámica misteriosa del amor de Dios en cada uno de nosotros, entonces nos damos cuenta de que ese dinamismo de la fe nos propone vivir en un nivel superior y con una mayor intensidad. Es lo que le sucedió al apóstol Pablo y le llevó a decir: *Nos apremia el amor de Cristo* (2 Cor. 5,14) y por eso exclama: *¡Ay de mi si no anunciara el Evangelio!* (1 Cor. 9,16). La vocación misionera debe estar presente en nuestra vida creyente, si no lo estuviese algo se estaría pudriendo en nuestro cristianismo, o algo estaría enfermándose.

La Iglesia hoy nos está invitando a redescubrir la belleza y la energía positiva de nuestra fe para que transfigure nuestra existencia y así, una vez transformada, nos convirtamos en evangelizadores – en *misioneros* –, porque en realidad Cristo es el *Evangelio eterno* (Ap. 14,6) y su riqueza es inagotable, *Él es siempre joven y fuente constante de novedad*, de ahí que *la propuesta cristiana nunca envejece* (Cf. EG, nº 11). De este hecho radical brota la llamada a la evangelización que es siempre *nueva*. Y de esta verdad surge *la salida misionera como paradigma de toda obra de la Iglesia* (Cf. EG, nº 15). Y no podemos olvidar que el anuncio de Jesucristo resucitado, del Dios vivo *con y entre* nosotros es la *tarea primordial de la Iglesia*.

El Evangelio de Mateo que hemos proclamado es un texto de misión. Jesús salió de casa – una Iglesia en salida, un cristiano en salida–, si permanecemos, cómodamente situados en casa, haciendo lo de siempre y con los de siempre, no seremos evangelizadores, no viviremos nuestra vocación misionera. Jesús salió de casa y se sentó junto al lago. Es necesario ir descubriendo en nuestros ambientes *otros lugares*, areópagos se les llama ahora, en los que tengamos que arrojar la semilla. El Señor será el que dé el ciento por uno y la vida eterna: *El que tenga oídos, que oiga* (Mt.13,9)

Es necesario abrir los oídos de nuestra existencia creyente a la llamada del Señor. Debemos mantener los oídos abiertos y atentos al querer de Dios ¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres que haga? ¿A dónde quieres que vaya?...son las preguntas a las que debemos estar abiertos. La misión no es romanticismo, es una exigencia que brota, sin querer, en el corazón de un creyente. Si a veces no somos

capaces de vivir nuestra fe inmersos en lo cotidiano ¿Cómo podemos abrirnos a una misión *ad gentes*? En realidad nuestra vida ¿con quién se siente identificada? Con aquella semilla que cayó al borde del camino..., *vinieron los pájaros y se la comieron*. Con aquella que calló en terreno pedregoso...*donde apenas tenía tierra; como la tierra no era profunda, brotó enseguida; pero cuando salió el sol, se abrasó, y por falta de raíz se secó*. O quizás con aquella otra que cayó entre zarzas...*que crecieron y lo ahogaron. El resto cayo en tierra buena y dio fruto; unos ciento; otros sesenta; otros treinta. El que tenga oídos, que oiga*.

En este contexto quisiera que escucharais un sueño que ha tenido el papa Francisco: *Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. Como decía Juan Pablo II a los Obispos de Oceanía, «toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial»* (EG, nº 27).

En definitiva, somos una Iglesia cuyo pasado, todavía reciente, ha sido una expresión viva y gloriosa de esa dimensión de entenderlo *todo en clave misionera* (EG, nº 34). Hombres y mujeres muy jóvenes dejaron todo lo que tenían y salieron *duc in altum!* ¡mar adentro! Y lanzaron las redes. Ingresaron en congregaciones religiosas y en el mismo Seminario, en donde bajo la influencia de sacerdotes con una gran pasión por la misión *ad gentes*, como D. Aurelio Grande, se pusieron en manos de la Iglesia y formaron parte de esa pléyade de sacerdotes, gloria de nuestro Presbiterio Diocesano, convirtiéndose en esos sacerdotes *fidei donum*. Pidamos al *Dueño de la mies* que vuelva a suscitar vocaciones para la misión porque si el Señor nos las concede, también surgirán para el ministerio sacerdotal y para la vida misionera, religiosa y monástica.

Que Santa María Madre, Estrella de la Nueva Evangelización, sea para nosotros luz y guía y nos haga a todos esos discípulos misioneros que la Iglesia y el mundo de hoy necesitan. ¡Que así sea!

50 Aniversario de la Fundación de la Casa de Montealegre de las Misioneras del Divino Maestro

15 de agosto de 2014

Se abrió en el cielo el santuario de Dios y en su santuario apareció el arca de su alianza. Después apareció una figura portentosa en el cielo: una mujer vestida de sol, la luna por pedestal, coronada con doce estrellas (Ap. 11,19).

Llenos de admiración y fascinados por el mensaje de la Palabra de Dios que en esta solemne liturgia ha salido a nuestro encuentro ¡se alegran los cielos y la tierra! y nos llenamos de gozo todos nosotros, los aquí presentes. Santa María, Madre de Dios y Madre Nuestra, de nuestra misma naturaleza ¡de nuestra propia familia humana! ¡toda humana! ¡toda divina! Subió a la gloria de Dios por virtud y méritos de Jesucristo, su Hijo y Señor nuestro.

Celebrar la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos nos llena de esperanza. Ella fue fiel al camino trazado por el mismo Dios y, habiendo sido escogida como la *toda santa*, su corazón no se llenó de engreimiento ¡más que Ella solo Dios!, sino que se hizo esclava de Aquel que es el único Santo y se puso a su disposición, sirviéndolo y descubriéndolo en *el otro*, en este caso, en su anciana prima Isabel, y se puso en camino *de prisa*. Así han hecho ¡y siguen haciéndolo! los mejores hijos de la Iglesia ¡los santos!. Así tenemos que hacerlo nosotros.

La doctrina, hecha vida a lo largo de los siglos en el corazón del pueblo fiel, se convirtió en una realidad expresiva cuando se llevó a cabo aquella proclamación del Dogma de la Asunción, el 1 de noviembre de 1950; allí estaba el Obispo de Ourense, mi venerable predecesor, Monseñor Blanco Nájera, vuestro Padre fundador. Este acontecimiento marcó su vida.

¡La Madre! como acostumbraba a llamarla, estuvo presente en toda su existencia desde la juventud hasta la muerte. Con qué fuego en su corazón se comprometió en aquel voto asuncionista, procurando que toda Ourense se uniese a su obispo en esa expresión de fe. A él se le debe, estoy seguro de ello, parte de esa gran piedad mariana que existe en nuestra Diócesis. Una devoción doctrinalmente fundada en una seria predicación y en una intensa catequesis. A pesar de su breve pontificado, su legado mariano fue continuado por Monseñor Temiño y hoy estamos viviendo de aquella rica experiencia de fe que germinó en el alma fiel y generosa de nuestro pueblo.

Viviendo esa comunión de fe y amor a la Santa Madre de Dios estamos preparándonos para celebrar un Año Jubilar Mariano en nuestra Iglesia particular. Os invito a todas, mis queridas Hermanas Misioneras del Divino Maestro, a que participéis con intensidad en este acontecimiento; que lo hagáis con vuestra oración y, sobre todo, convencidas de que este año debe ser para todas y cada una de vosotras un momento de gracia y así ¡todos! nos comprometeremos en esa *nueva tarea evangelizadora* a la que nos invita el papa Francisco.

Por otra parte, quisiera recordaros, de manera especial a vosotras mis queridas Hermanas, un hecho de la historia de vuestra familia religiosa. Cuando en el año 1947, vuestro Fundador estaba preparando la solicitud a la Santa Sede para vuestra aprobación canónica, dudaba del nombre de la nueva congregación; no tenía duda alguna de que teníais que ser del “Divino Maestro”, pero dudaba si deberíais ser “Evangelizadoras” del “Divino Maestro” o lo que ahora sois: “Misioneras del Divino Maestro”. Estaba claro que os quería implicadas, radicalmente, en *la tarea evangelizadora* ¡Así son los hombres y mujeres de Dios! Se anticipan a los acontecimientos. La nueva tarea evangelizadora quiere hacer de nosotros: *discípulos misioneros* ¡He ahí la solución a los graves problemas de nuestro mundo! Y también de nuestra Iglesia.

Cuando los hombres y mujeres que nos consideramos cristianos nos centramos en nosotros mismos, en nuestros criterios y opiniones; cuando nos convertimos, sin darnos cuenta, en *autorreferenciales*, como nos recuerda el Papa, obstaculizamos el proyecto pastoral trazado por la Iglesia. Sin querer, podemos caer en esa *mundanidad espiritual* que nos aleja de la realidad y nos puede convertir en *apóstoles de calamidades*, instalados en la crítica a todo y a todos, o en la queja sistemática.

Os ruego que bajo la mirada de María ¡*la Asunta!* la *Madre de Esperanza* nos pongamos todos en actitud de *salida*, salida de nosotros mismos, para que con una auténtica *disponibilidad* al querer de Dios, nos pongamos en camino *de prisa*, como María; con las prisas del amor de Jesucristo en nuestros corazones, que siempre nos lleva la iniciativa -¡nos *primerea en el amor!*— para así comprometernos en esta nueva tarea evangelizadora, una tarea que, necesariamente, debe ser misionera; así hemos titulado este programa pastoral para los próximos cursos: *Ourense en misión con María*.

Si somos coherentes con nuestra fe y nuestra vocación ¡cada uno la suya! Y nos atrevemos a contemplar con visión sobrenatural a nuestros contemporáneos: niños y ancianos, hombres y mujeres, jóvenes y personas maduras, no para cri-

ticarlos sino para hacerles llegar el anuncio de la Buena Nueva, del Evangelio de Jesucristo, entonces estaremos en el camino del Evangelio que llena de alegría el corazón y la vida entera de los que se encuentran con el Señor Resucitado. Si lo hacemos así seremos auténticos misioneros.

Este proyecto evangelizador solo lo podemos llevar a cabo si nos dejamos evangelizar; es decir, si nos dejamos encontrar por el amor de Dios que sale siempre a nuestro encuentro y nos urge con su amor: *¡El amor de Jesucristo nos urge!* Nos apremia para convertirnos – cotidianamente – en esos *discípulos misioneros*, al estilo de María que sin ponerse a discutir y a realizar un análisis crítico de la realidad, se puso en camino para servir; es decir, salió a esas periferias en donde hizo presente al mismo Dios que llevaba en sus entrañas. Cuidemos nuestra oración, como María, la Virgen orante, y así Jesucristo se hará carne en nuestra existencia, pobre, frágil, pecadora; nos transformará con su gracia y nos convertirá en esos apóstoles y evangelizadores que la Iglesia y el mundo de hoy necesita.

Quisiera terminar con unas palabras de Monseñor Blanco Nájera: *Que la Santísima Virgen os conceda un corazón tan profundo y tan dilatado, y tan lleno de amor de Dios, como expresa su nombre; pero al mismo tiempo, dulce, tranquilo, sonriente y lleno de optimismo y de confianza para amar y trabajar por su gloria. Amén.*

Monasterio de Oseira Solemnidad de San Bernardo

23 de agosto de 2014

*Rvdmo. Padre Prior de este Monasterio de Santa María la Real de Oseira,
Mi querida Comunidad,
Hermanos sacerdotes concelebrantes,
Hermanas y Hermanos míos en el Señor.*

San Bernardo, cuya alma fue iluminada con los resplandores del Verbo eterno, irradió por toda la Iglesia la luz de la fe y de la doctrina (Antif. del Benedictus)

En estas pocas palabras se sintetiza la vida y el ministerio de San Bernardo, Abad y Doctor de la Iglesia ¡Así son los santos! Se han dejado fascinar por la luz del Verbo encarnado que se hizo -¡sigue haciéndose!- presente a través de las mediaciones que encontramos en la Iglesia y que ella nos ofrece. En la Palabra que fue proclamada en la sagrada liturgia, o contemplada en el silencio elocuente de la *lectio divina*, sale a nuestro encuentro y nos manifiesta el corazón y el querer de Dios sobre nosotros y sobre el mundo. También se nos ofrece en los signos sacramentales ofrecidos y vividos en las celebraciones de la Iglesia, sobre todo en la Santa Eucaristía, en donde se nos manifiesta ese amor *que hasta por sí solo, satisface por sí solo y por causa de sí* (San Bernardo, *Sermón 83,4-6*). Ese amor que nos *primerea*, es decir, que nos lleva la delantera de tal modo que se nos muestra diciendo: *Amo porque amo, amo por amar* (Ibíd.).

¡Mis hermanos! ¡Mis queridos monjes de Santa María la Real de Oseira! ¡He aquí, en estas palabras, la clave fundamental de vuestra vocación en la Iglesia! ¡Vuestra vocación es el amor! Pudiéramos aplicaros aquel pensamiento de la joven santa Teresa del Niño Jesús: *En el corazón de la Iglesia, que es mi Madre, yo seré el amor... y ¡así lo seré todo!*

Vosotros sois los auténticos *aristócratas del amor*; de un amor no devaluado ni empobrecido, no instantáneo o epidérmico; no un amor de aplauso ni de fotonovela... sino que estáis llamados a ser, en esta Iglesia que peregrina por estas tierras ourensanas, entre las contrariedades del mundo presente y los consuelos de Dios, un signo vivo del amor de Dios al hombre.

Una Iglesia que quiere ser fiel a ese Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, y a su Espíritu Vivificador, os necesita como testigos fieles del amor. Dentro de

unas semanas, con la ayuda del Señor y de su Santa Madre, iniciaremos un *Año Jubilar Mariano* en esta Diócesis.

A vosotros los monjes ¡hijos predilectos de esta Iglesia! ¡hijos de San Bernardo! Se os invita a que peregrinéis con esta Iglesia, en todos los momentos de vuestra jornada, hasta el corazón de la Virgen Madre. Esa Madre cuya ternura se hace patente a través de esta imagen que preside el altar mayor de la iglesia monástica ¡Santa María la Real! Os encomiendo que convirtáis todas las actividades personales y comunitarias, de acuerdo con vuestro carisma monástico, sin caer en la tentación de huir de este cenobio que es *la casa de Dios y la puerta del cielo* —el lugar de vuestra santificación y de la santificación de los hermanos— que convirtáis todo lo que hacéis en una oración de amor. Detrás de cada una de esas acciones, incluso de las más simples y humildes, está escondido el Amor y no os olvidéis de lo que nos recuerda nuestro Padre San Bernardo: *Entre todas las nociones, sentimientos y afectos del alma, el amor es lo único con que la criatura puede corresponder a su creador, cuando Dios ama, lo único que quiere es ser amado: si el ama, es para que nosotros lo amemos a él, sabiendo que el amor mismo hace felices a los que se aman entre sí* (Sermón 83, 4-6)

Dejémonos ganar el corazón de nuestra pequeña, pobre y pecadora existencia, por el amor misericordioso del Buen Dios y nos daremos cuenta de que esa dinámica nos transformará y nos convertirá en un eco de ese amor, realizándose así aquello que nos recordaba el Doctor de Hipona: *Ama y haz lo que quieras* (Homilía I Carta de San Juan, nº8), porque si es el amor el que dirige tus pasos, realizarás grandes empresas.

¿Alguien puede ofrecernos más? ¿Alguien puede prometernos semejantes resultados? ¡Mis queridos hermanos! En la sociedad y en la Iglesia, tanto la de nuestro ahora, como la de los tiempos de San Bernardo, se necesitan signos coherentes del Evangelio de Jesucristo, cuya quinta esencia es el amor, en su doble vertiente: a Dios y al prójimo.

Hoy, al igual que en el siglo XII, sin ninguna duda más duro y complicado que el nuestro, se nos invita a ser testigos de ese Dios. La misma Iglesia nos recuerda que *la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesucristo* (Francisco, *Exhortación Evangelii gaudium*, nº 1); dejémonos encontrar y ganar por el amor de Jesucristo, un amor que nos urge ¡nos apremia! ¡nos primerea!

El papa Francisco nos recuerda que *el gran riesgo del mundo actual (...) es una*

tristeza individualista, que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien (E. G. nº1)

Qué pena dan tantos hombres y mujeres que dejándose llevar por la capacidad atractiva del santo padre Francisco y, utilizando, sesgadamente, algunos pensamientos de nuestro querido papa, con ellos fustigan la vida y el comportamiento de los demás, y aprovechan la ocasión para desacreditar algunos puntos de la doctrina católica, vivida en la Iglesia desde siempre y que brota de la esencia misma del Evangelio. Curiosamente, muchos de esos aspectos doctrinales han sido comentados por Francisco en su Magisterio cotidiano.

¡Mis hermanos! No nos dejemos fascinar por esos cantos de sirena que intentan penetrar en nuestro espíritu para desestabilizarlo y apartarlo del camino. El camino y la ruta certera a seguir ya lo sabemos: es la vida de los santos. San Bernardo, fascinado por el amor de Dios, un amor concreto, encarnado en la misma persona de Nuestro Señor Jesucristo, alumbrado al mundo por la Madre Inmaculada, se convirtió en una *lámpara ardiente y luminosa en medio de la Iglesia*, y lo hizo irradiando por todo su mundo *la luz de la fe y de la doctrina*.

La ruta está marcada y definida. La doctrina está clara. Sólo nos basta suplicarle a San Bernardo que nos ponga a la escucha de la Madre de Dios, que Ella, la Virgen orante y fiel, nos ayude a ser testigos creíbles del Evangelio de Jesucristo y de su amor, que nos convierta en esas lámparas encendidas que, sin hacer ruido, ni buscar publicidad - en vuestro caso desde el silencio elocuente del claustro - iluminéis a todos los hombres y mujeres de este pueblo con la luminaria de la fe y del amor que se debe manifestar a través de la alegría de vuestras vidas consagradas.

¡Que Santa María, de la que sois y os sentís hijos y fieles devotos, os ayude!.

**Exequias del Rvdo. D. Manuel Rodicio Pérez,
Párroco de Señorín, Administrador de Partovia
y Vicario Parroquial de Carballiño**

O Carballiño, 26-8-2014.

Mis hermanos y amigos sacerdotes. Hermanas y Hermanos míos. Permitidme que salude con especial afecto a los familiares de D. Manuel Rodicio, nuestro hermano sacerdote. Todo el Presbiterio Diocesano, con su Obispo a la cabeza, os manifiesta su cariño porque comparte vuestro dolor. Un sacerdote es de forma constitutiva miembro de esta otra gran familia cuyos lazos afectivos se inician en el Seminario, se realizan en la ordenación sacerdotal y crecen a lo largo de la vida ¡Vuestro dolor es nuestro dolor! Pero queremos anunciaros a todos una palabra de esperanza, como hacía D. Manuel siempre que presidía en nombre de Jesucristo y de la Iglesia una celebración de exequias por un feligrés.

La Palabra proclamada nos invita a que hagamos *memoria de Jesucristo el Señor, resucitado de entre los muertos* (II Tims. 2,8) ¡Eso estamos haciendo ahora! Lo hacemos siempre que presidimos, celebramos o participamos en la Santa Eucaristía: *Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección: Ven Señor Jesús.* A pesar del dolor que atenaza nuestra inteligencia y nos hace gritar por dentro ¿Por qué Dios mío? ¿Por qué? En estos momentos en los que necesitamos tantos sacerdotes ¿Por qué has llamado a nuestro hermano en la plenitud de su actividad pastoral?

A nuestras interrogantes la respuesta de Dios también se hace presente por medio del Evangelio: *No perdáis la calma: creed en Dios y creed también en mí.* Desde que la verdad se ha hecho carne en el Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, la muerte fue transformada. Jesús, el Señor, el Hijo de Dios, sufrió también la muerte para transformar el enigma más grande de la condición humana en una bendición. Recordad: *Es doctrina segura si morimos con él, viviremos con él. Si perseveramos, reinaremos con él.*

Sabemos, porque le conocíamos, que nuestro hermano sacerdote permaneció en esta fe hasta el último momento de su existencia física aquí en este mundo que pasa. Perseverar en la fe en Jesucristo es garantía de Vida eterna. Desde la perspectiva de la fe nuestro hermano ha experimentado la muerte física, pero su vida no ha quedado aniquilada. Recordad aquello que nos decía santa Teresa de Jesús: *Yo no muero, entro en la vida.*

A pesar de la certeza que nos da la fe de la Iglesia, sentimos un gran dolor

por esta muerte pero nos consuela la luz de la Palabra del Señor que nos ayuda a amar la voluntad de Dios y a descubrir que queremos esta voluntad y amar la cruz ¡Cuántas veces proclamó y meditó el texto que acabamos de escuchar en el Evangelio!

- Señor, no sabemos a dónde vas, ¿como podemos saber el Camino?
-Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida (Jn. 14,6)

Mis hermanos y hermanas: Vivimos en una sociedad en donde la secularización de las costumbres y el relativismo en el pensamiento ha oscurecido – también en nosotros que seguro venimos a Misa con frecuencia - digo, que ha oscurecido nuestra fe en la vida eterna ¡en la eternidad! Esa vida cuya semilla llevamos en nosotros desde el Bautismo; esa existencia nueva hacia la que nos dirigimos a lo largo de la vida siempre que buscamos el camino que nos lleva a ella, ese camino es Jesucristo. A lo largo de nuestra historia larga o corta, debemos esforzarnos por conocer a Jesucristo; qué importante es acoger su mensaje, amarlo y vivir de acuerdo con él porque solo aquel que se encuentra con el Señor siente que su Evangelio transforma su corazón y su vida entera. Si buscamos solo a Jesucristo, como lo hizo este sacerdote bueno y fiel, viviremos seguros en el camino que nos conduce a la plenitud, a la Vida eterna.

D. Manuel, desde muy joven escogió el camino del servicio y dijo sí a la voluntad de Dios convirtiéndose en sacerdote de Jesucristo: ¡Sus obras le acompañan! San Pedro de Torre, Górgua, Mociños, Lumeares, Cristosende, Montoedo, Fontao, Abeleda, Paradela, Partovia, Señorín, O Carballiño... y otros muchos lugares en donde sirvió ayudando a otros compañeros sacerdotes. Y no podemos olvidar las promociones de alumnos a los que él quiso transmitir la belleza de la verdad y de la fe en Jesucristo, predicada por la Iglesia, todo esto y muchas cosas más, dan prueba de su celo pastoral.

Los sacerdotes, a pesar de nuestras fragilidades y pobreza - ¡de nuestro pecado!- el mismo papa Francisco se ha definido a sí mismo como *pecador perdonado*, pues bien, a pesar de nuestra historia personal, por vocación, caminamos a través de nuestro servicio al hombre y mujer, nuestros contemporáneos, para llegar a Dios. Hacemos nuestra aquella máxima cristiana: *Camina a través del hombre y llegarás a Dios* (Tomás de Aquino, *Comentario sobre el Evangelio de San Juan*).

¡Así lo ha hecho este sacerdote! Ante los restos mortales de Don Manuel os ruego que recéis por los sacerdotes y por las vocaciones ¡son tan necesarios! Ellos son en medio de nosotros agentes de humanización y no nos olvidemos que para

ser muy divinos, es decir, santos, tenemos que luchar por ser muy humanos. Por eso, allí donde se cierra un templo, o no se imparte catequesis, o no se predica la Palabra de la Verdad, algo se va perdiendo paulatinamente en lo más humano del ser del hombre y de la mujer de nuestros pueblos. El ser humano cuando pierde su referencia a Dios se deshumaniza. Por eso hermanos míos, aunque no podáis tener Misa en vuestras pequeñas parroquias, porque los sacerdotes que tenemos no llegan a más, preocuparos de no dejar la Misa dominical y festiva y acudid, aunque os cueste algún sacrificio, a la que se celebra en las parroquias vecinas. La participación en estos sagrados ministerios, primero nos humaniza, después nos concede los auxilios divinos que necesitamos, tanto a nosotros como a los nuestros y por último, nos santifica, que es tanto como decir: nos llena de plenitud y perfección.

Con el Salmo 26 que hemos rezado en esta liturgia exequial, pedimos para nuestro hermano, y para nosotros, la luz y la salvación. Esa luz que a lo largo de la vida fue su fe en Jesucristo al que muchas veces se dirigió con las mismas palabras del salmista:

El Señor es mi luz y mi salvación ¿a quién temeré?. El Señor es la defensa de mi vida ¿quién me hará temblar? (...) porque, una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor contemplando su rostro.

A lo largo de su vida se esforzó por habitar y cuidar la Casa del Señor, no solo los templos físicos, sino a tantas personas a las que ayudó a vivir como auténticos templos del Espíritu de Dios, por eso hoy pedimos por Él, al Dios de la Misericordia, para que *goce de la dulzura del Señor contemplando su rostro* ¡el rostro de Dios!

Os invito a que volvamos la mirada de nuestro corazón a la Virgen Madre, Señora de los Dolores, para que cuando nuestro hermano sacerdote se encuentre delante de Dios le diga esas cosas buenas, que solo Ella sabe, de la historia de Don Manuel, para que lo acoja en su seno de luz y de amor sin fin.

¡Que descanse en paz! Amén.

Apertura ó culto do santuario dos Remedios da cidade de Ourense

29-8-2014

Meus irmáns e colaboradores no ministerio sacerdotal, en especial ó Pai José María, Rector deste Santuario.

Saúdo con afecto agradecido ás Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades aquí presentes.

A todos vós, feis devotos da Nosa Señora dos Remedios. Benqueridos todos!

Cando hai case cincocentos anos D. Francisco Méndez Montoto fundaba este santuario no Campo da Verdade, máis tarde do Desafío, Campo da Feira e agora, dende hai moitos anos, Campo dos Remedios, o que pretendía aquel cabaleiro cristián, Rexidor e Xuíz ordinario da cidade de Ourense era construír un lugar de culto á Nai de Deus en cumprimento dun voto, empregando parte do seu capital e unha forte cantidade dos diñeiros deixados por un axustizado.

Dende aquela, experimentou moitas vicisitudes, pero ningunha tan grave coma o incendio do ano 2010. Dende que inicié o meu ministerio episcopal ó servizo do pobo de Deus na Diocese de Ourense propúxenme facer o imposible para restablecer o culto nesta capela-ermida que, a partir de agora, queda constituída en Santuario dos Remedios de Ourense.

Hoxe é unha fermosa realidade, obra de todos, grazas á xenerosidade dos herdeiros do Sr. Méndez Montoto e á colaboración da Consellería de Cultura, o Concello e a Deputación de Ourense, que fixeron posible recomezar hoxe o culto á Nosa Señora.

Este lugar de oración é unha obra dos que estamos aquí representados. Este santuario é, e quere ser, de tódolos ourensáns. Se, antigamente, aquí se dirimían violentamente os preitos entre os homes desta nobre e xenerosa cidade das Burgas, hoxe quérese converter nun lugar de convivencia pacífica, de fraternidade, de amizade e debe ser, sobre todo, un lugar de paz querido, respectado e coidado por todos, porque todo aquilo que é da Nai, necesariamente, é de tódolos seus fillos.

O Papa Francisco, na súa exhortación *Evangelii Gaudium* afirma que *precisamos crear espazos motivadores e sanadores (...) lugares onde rexenerar a propia fe en*

Xesús crucificado e resucitado, onde compartir as propias preguntas máis profundas e as preocupacións cotiás, onde discernir en profundidade, con criterios evanxélicos, sobre a propia existencia e experiencia, coa finalidade de orientar ó ben e á beleza as propias eleccións individuais e sociais (EG, nº 77).

Iso desexa a Igrexa, iso suplica á Nosa Señora dos Remedios o voso bispo que, como irmán, pai e pastor, quere para tódolos fillos e fillas desta cidade o mellor que se pode desexar e pedir, ó dono da paz e da convivencia, para que así todos xuntos, malia os nosos criterios e opinións, loitemos por buscar aquilo que nos une para conseguir o ben de todos e, sen dúbida, o que nos pode unir a todos é o amor e a tenrura á Nosa Nai, Señora dos Remedios. Ela é a única bendita entre tódalas mulleres. É bendita porque soubo abrir, xenerosamente, o seu corazón ó proxecto de Deus, que consiste en que o home viva. E a vida auténtica e plena do home consiste na visión de Deus, un Deus que, sendo invisible, se fai visible por medio do Noso Señor Xesucristo, o Deus feito home, o fillo de Santa María. El é o único remedio para conseguir a plenitude persoal.

O Santuario dos Remedios, situado a carón da famosa Ponte de Ourense, e nunha das máis importantes entradas á nosa cidade, un lugar que está habitualmente cheo de vida ¡e de vida moza! pola proximidade das instalacións deportivas que levan, acertadamente, o seu mesmo nome, e polo veciño colexio e parroquia de María Auxiliadora dos Pais Salesianos. Este espazo débese converter nun lugar de encontro e nunha encrucillada na que os afáns e ilusións, os proxectos e as necesidades de tantos dos nosos concidadáns sexan acollidas polo favor do Bo Deus, grazas á intercesión da Virxe Nai, Señora dos Remedios.

Por pura Providencia ábrese de novo ó culto este santuario en vésperas da Novena ós Remedios, e ó comezo dun Ano Mariano dentro do proxecto que nos trazamos de *Ourense en Misión con María*. Hai uns días, o pasado 24 de agosto, o Santo Pai, o Papa Francisco, acollía paternalmente a solicitude que lle presentaba e concedíanos, non só un Ano Mariano, senón que, durante o tempo que vai do 8 de setembro de 2014 á mesma data do 2015, días que marcan a apertura e a clausura deste ano, nos concedeu a posibilidade de gañar, cada día, unha indulxencia plenaria, que pode ser aplicada ben por nós, ou polos nosos defuntos, sempre que visitemos este lugar santo.

Ademais de todo elo, o Santo Pai concedeu ó Bispo a posibilidade de impartir a Bendición papal nas dúas ocasións antes mencionadas do día da apertura e clausura do Ano Mariano. Roguemos a Deus, por medio da Nosa Señora dos Remedios, pola vida e o ministerio do papa Francisco.

Acollamos, irmás e irmáns queridísimos, estes regalos do Señor que nos convidan a ser eses cristiáns que saben descubrir no rostro dos outros, sobre todo no dos máis necesitados, o mesmo rostro de Xesús, o Fillo de María.

Que este santuario, que quere ser de tódolos ourensáns, se converta nese referente de convivencia e de paz necesarias para todo auténtico progreso do home e da cidade. Esforcémonos entre todos, como ata o de agora, para que fiquemos convencidos de que xuntos podemos conseguir o que desunidos será imposible. E aquí hai algo que nos une, este lugar santo, lugar de paz, construído no *Campo da Verdade* para gloria de Deus e, non esquezamos que todo aquilo que é para gloria de Deus busca sempre a glorificación do home, é dicir, a súa perfección e plenitude, de aí que o camiño da Igrexa sexa o camiño do home, e o que camiña a través do ser humano chegará á verdade, chegará a Deus.

Que este Santuario sexa un ámbito no que, conxugando o culto a Deus e as expresións culturais, se converta nun lugar de humanización que, sen dúbida, é o paso previo a todo proceso evanxelizador.

Que a Nosa Señora dos Remedios nos axude e nos acompañe nos nosos camiños e protexa a esta cidade e ós seus habitantes, guíe ás nosas autoridades e conceda unha auténtica prosperidade ós proxectos dos nosos concidadáns e a todos nos bendiga coa paz. ¡Que así sexa!

Apertura al culto del Santuario de Los Remedios de la ciudad de Ourense

29-8-2014

Cuando hace casi quinientos años D. Francisco Méndez Montoto fundaba este santuario en el Campo de la Verdad, más tarde del Desafío, también llamado Campo de la Feria y ahora, desde hace muchos años, Campo de los Remedios, lo que pretendía aquel caballero cristiano, regidor y juez ordinario de la ciudad de Ourense, era construir un lugar de culto a la Madre de Dios en cumplimiento de un voto, empleando para ello parte de su capital y una fuerte cantidad de los dineros dejados por un ajusticiado.

Desde entonces, esta capilla de los Remedios experimentó muchas vicisitudes, pero ninguna tan grave como el incendio del año 2010. Desde que inicié mi ministerio episcopal al servicio del pueblo de Dios en la Diócesis de Ourense,

hace ahora dos años y seis meses, me propuse hacer lo imposible para restablecer el culto en esta capilla-ermita que, a partir de ahora, teniendo en cuenta su capacidad y antigüedad, con la autoridad que me fue concedida queda constituida en Santuario de la Nuestra Señora de los Remedios de Ourense. Aquellos deseos de los primeros meses hoy son una hermosa realidad, obra de todos. Gracias a la generosidad de los herederos del Sr. Méndez Montoto, a la colaboración de la Consellería de Cultura, el Ayuntamiento y la Diputación de Ourense, y a la de los devotos de los Remedios, es posible recomenzar hoy el culto a la Nuestra Señora.

Este santuario es, y quiere ser, de todos los ourensanos. Si antiguamente aquí se dirimían de forma violenta los pleitos entre los hombres de esta noble y generosa ciudad de las Burgas, hoy se quiere convertir en un lugar de convivencia pacífica, de fraternidad, de amistad y debe ser, sobre todo, un lugar de paz querido, respetado y cuidado por todos.

El Papa Francisco, en su primera exhortación *Evangelii gaudium* afirma que *necesitamos crear espacios motivadores y sanadores (...) lugares donde regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, donde compartir las propias preguntas más profundas y las preocupaciones cotidianas, donde discernir en profundidad, con criterios evangélicos, sobre la propia existencia y experiencia, con la finalidad de orientar al bien y a la belleza las propias elecciones individuales y sociales* (EG, nº 77).

Eso desea la Iglesia, que el Santuario de los Remedios sea uno de esos espacios motivadores y sanadores. Eso es lo que pido como Obispo, para todos los ourensanos, a Nuestra Señora de los Remedios: paz y convivencia respetuosa, para que todos juntos, pese a nuestros diferentes criterios y opiniones, luchemos por buscar aquello que nos une para conseguir el bien de todos. El Santuario de los Remedios, situado al lado del famoso Puente de Ourense, en una de las más importantes entradas a nuestra ciudad, es un lugar que está habitualmente lleno de vida, y ¡de vida joven!, por la cercanía de las instalaciones deportivas que llevan, acertadamente, su mismo nombre, y por el vecino colegio y parroquia de María Auxiliadora de los Padres Salesianos. A partir de ahora, con su restauración, debe ser un lugar de encuentro y una encrucijada en la que los afanes, ilusiones, proyectos y necesidades de todos sean acogidos.

Por pura Providencia se abre de nuevo al culto este santuario en vísperas de su Novena y al comienzo de un *Año Jubilar Mariano* dentro del proyecto pastoral *Ourense en Misión con María*. Durante el tiempo que va del 8 de septiembre de 2014 a la misma fecha del 2015, días que marcan la apertura y la clausura

de este año, podrá ganarse, cada día, una indulgencia plenaria, que puede ser aplicada bien por nosotros o por nuestros difuntos, siempre que visitemos este lugar santo.

Que este Santuario, que quiere ser de todos los ourensanos, se convierta en ese referente de convivencia y de paz, necesarias para todo auténtico progreso del hombre y de la ciudad, y que, conjugando el culto a Dios y las expresiones culturales, sea un ámbito de humanización que, sin duda, es el paso previo a todo proceso auténticamente evangelizador. ¡Qué así sea!

Fiesta de la Natividad de Nuestra Señora Fiesta de los Milagros. Santuario de Los Milagros (Baños de Molgas)

8 de septiembre de 2014

¡Bendito sea el nombre del Señor, ahora y por siempre!

¡Sí! Bendito sea el Señor, ahora y siempre. Porque nos ha concedido este día tan hermoso para honrar a la Santísima Virgen en el día de su fiesta. La hemos venido preparando con la novena en la que hemos procurado que se os hiciese llegar la síntesis de ese proyecto pastoral que hemos trazado para esta Diócesis: *Ourense en misión con María*. Lo hemos hecho después de acoger con filial agradecimiento la exhortación apostólica del Santo Padre el papa Francisco: *Evangelii gaudium*, la *Alegría del Evangelio*.

Los últimos papas desde el siervo de Dios Pablo VI, pasando por san Juan Pablo II, Benedicto XVI y ahora, el papa Francisco, nos han insistido en una nueva evangelización. No es que la realizada desde hace siglos en nuestra geografía haya sido inútil, lo que pasa es que nuestro mundo ha cambiado mucho en las últimas décadas y una serie de ideologías, opiniones y doctrinas se han metido en el corazón del pueblo de Dios y, como cizaña en medio del trigo, parece que quieren ahogar la buena semilla del Evangelio de Jesucristo. Esto se ha dejado sentir en la desestructuración de las familias, en las crisis de los programas y leyes educativas en los colegios y escuelas que se han ideologizados con teorías que, en ocasiones, son hostiles a la doctrina liberadora del Evangelio y casi siempre se presentan con una serie de postulados anti-Iglesia; las fuertes corrientes laicista y hedonistas han ido minando los valores más genuinamente humanos que existen en el corazón del hombre y de la mujer de nuestros días; por otra parte, el creciente relativismo ha corrompido los criterios de conducta que regulaban como faros luminosos la existencia de las personas creyentes. Por estas y otras muchas cosas el papa Francisco ahora nos está invitando a todos: obispos, sacerdotes, religiosos y fieles laicos a *una nueva tarea evangelizadora*.

Es necesario volver a anunciar la alegre noticia del Evangelio de la alegría, que es el anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo, que Él sigue siendo el principio y el fin de nuestra existencia, Él se nos ofrece como el único Camino, que si lo recorremos nos conduce a la plenitud, a la perfección humana: ¡nos hará santos!. Él es la única Verdad que se nos ofrece ¡no es cierto que se nos imponga! y una vez acogida se convierte para nosotros en una doctrina auténticamente liberadora. Él es la única Vida que sintetiza el ser más profundo del cristianismo, porque como

hemos repetido a lo largo de esta novena, el cristianismo no es un conjunto de normas y doctrinas que aunque sean portadoras de una gran belleza moral, no son el cristianismo. Porque el ser cristianos va más allá de un mero cumplimiento de normas y costumbres, es sobre todo acoger la vida de Nuestro Señor Jesucristo, conocerlo, tratarlo, amarlo para así identificarnos con Él, por eso nos llamamos cristianos. Esa belleza es la que debemos recuperar. Para eso es el proyecto de *Ourense en misión con María*, para eso es esta *nueva tarea evangelizadora* que intentamos, con la ayuda de Dios y de su Santísima Madre, llevar a cabo entre todos.

Hemos querido dejar en las manos de la Virgen este proyecto, de ahí que como todo es Providencia de Dios, hemos visto que la celebración de los cincuenta años de la coronación canónica de la imagen de Nuestra Señora de los Milagros era el marco adecuado para iniciar esta apasionante singladura.

Mis hermanos y hermanas, cincuenta años en la historia de la piedad mariana de nuestra amada Iglesia en Ourense bien poca cosa es, sobre todo sin volvemos nuestra mirada a esta historia religiosa de nuestra Diócesis, más que milenaria, porque ya en el año 433 nos consta que aparece el primer obispo de esta Iglesia, cuyo templo más importante ya estaba dedicado a Santa María Madre. Como podemos comprobar, desde el primer momento de nuestra peregrinación de fe en estas tierras, la Santísima Virgen estuvo presente en el corazón de sus pastores y de los demás fieles. A partir de entonces María ha sido la evangelizadora de nuestras gentes. La Iglesia Catedral, las parroquias, santuarios y ermitas dedicadas a la Madre de Dios, bajo el signo de múltiples advocaciones que son un canto de la piedad de nuestro pueblo fiel son una expresión de todo lo que estamos diciendo: Santa María Madre, la Señora de los Milagros, de los Remedios, del Portal, del Cristal, la Clamadoira, la Bienaparecida, la Armada, los Dolores, el Carmen, Loreto, etc, etc.

Hoy nos encontramos en este santuario de Los Milagros, en lo alto del monte Medo, para celebrar la fiesta de la Santísima Virgen. En esta ocasión lo hacemos con especial devoción por dos motivos. En primer lugar, por cariño y devoción a Nuestra Madre y, además, porque con motivo de estos cincuenta años de su coronación canónica, hemos solicitado al Santo Padre que nos concediese la posibilidad de celebrar un ***Año Jubilar Mariano para nuestra Iglesia en Ourense*** del que se pueden beneficiar, igualmente, las Iglesias hermanas de Galicia y del Norte de Portugal, que hace cincuenta años estuvieron representadas en este lugar por sus obispos respectivos.

Rogamos a Dios Nuestro Señor y a su Santísima Madre, Señora de Los Mila-

gros que este *Año Jubilar*, tal como queda definido en el Decreto de la Santa Sede, *se celebre dignamente mediante los oportunos recursos catequéticos para mejor celebrar y vivir los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia, de los que esperamos abundantes frutos en la vivencia de la Fe, Esperanza y Caridad, y así podamos convertirnos para lograr la ansiada conversión pastoral que nuestra Iglesia hoy necesita.*

Este *Año Jubilar Mariano* busca el bien de todos los fieles porque, de hecho es un tiempo extraordinario que nos concede la Iglesia para lograr *una conversión de nuestras costumbres, una mayor santidad de vida en lo cotidiano, una especial generosidad con las necesidades de esta Iglesia, así como un compromiso más generoso de ayuda a los necesitados*¹.

El Santo Padre nos pide que nos pongamos en salida. Que nuestras peregrinaciones hasta este lugar santo nos ayuden a descubrir que somos una Iglesia en camino, que no podemos estancarnos, ni vivir pensando en el pasado. Necesitamos abrirnos a los demás y descubrir que nuestra parroquia no tiene fronteras y, por tanto, no se entienden las rivalidades y los enfrentamientos. No tiene sentido pensar que *yo solo voy a Misa cuando se celebra en mi parroquia y, aunque nuestro propio sacerdote celebre la Misa en el pueblo vecino, esa Eucaristía no vale como la que se hace en mi parroquia, aquella que está al lado del cementerio donde están sepultados mis seres queridos.* Que no hermanos, que no es así. Uno de los objetivos de este proyecto pastoral que hemos denominado *Ourense en misión con María* busca una mentalización de todos los hombres y mujeres de esta Iglesia que peregrina en la fe por las tierras de Ourense, para que se convenzan de que así no podemos continuar.

Exigir a nuestros curas que celebren muchas misas, sabiendo que la Iglesia solo les permite celebrar tres por motivos pastorales -cuatro en caso de grave necesidad-, es un atentado contra la auténtica piedad y el querer de la Iglesia. Convertir nuestros templos en una *expendeduría de misas*, es no saber lo que significa en realidad la Santa Eucaristía en la Iglesia y en nuestra vida. Nuestra pastoral no puede quedar reducida a misas y a funerales de aniversario -y que conste que es una costumbre buena y piadosa rezar por nuestros difuntos- porque mientras hacemos esto ¿qué pasa con nuestros niños y su formación catequética? ¿qué hacemos para recuperar a esos jóvenes que se nos van de la comunidad cristiana apenas finalizada la primera comunión y otros, después de la confirmación? ¿qué tiempo podemos dedicar a la catequesis de adultos? ¿cuándo podemos dedicarle tiempo a la formación y acompañamiento de los jóvenes que se preparan para el

1 Decreto del Obispo sobre las indulgencias del Año Jubilar Mariano, 13 de mayo de 2014.

matrimonio? y ¿quién va a coordinar las actividades solidarias y caritativas de la Iglesia, sabiendo que ese es uno de los cauces apostólicos que nos ayudan a salir a las periferias? Nuestra pastoral no puede quedar reducida, única y exclusivamente, a las celebraciones de misas rápidas por cualquier motivo.

Veis, hermanas y hermanos míos, que no basta solo con celebrar misas, aunque la celebración del sacrosanto misterio de la Eucaristía es lo más importante; sin embargo, ¿qué interés le damos a nuestra formación humana y catequética ¿nos preocupamos de nuestra maduración en la fe? ¿acaso no pensamos muchas veces que esta es una tarea solo para los niños? ¿nos creemos ya formados! En este curso se presentará en nuestra Diócesis el nuevo catecismo *Testigos del Señor* de la Conferencia Episcopal Española, esta es una ocasión propicia para ahondar en nuestra formación aprovechando este catecismo que aunque es para los niños y adolescentes, os aseguro – porque lo he leído bien – será de provecho para todos nosotros.

Por eso, perdonad que lo repita, los últimos papas, hasta el actual papa Francisco, han insistido y ¡siguen insistiendo! en que debemos emprender *una nueva tarea evangelizadora*, no – como ya he dicho - porque la que se ha realizado a lo largo de nuestra historia haya sido mal hecha ¡no! sino porque hemos perdido el vigor y la fuerza. Las fuertes corrientes laicistas y relativistas se han infiltrado en nuestros corazones y en el de las familias de tal modo que han causado un grave deterioro en nuestra forma de pensar y en nuestro comportamiento. Nos decimos cristianos, vivimos esporádicamente costumbres cristianas, lo hemos visto estos días: riadas ingentes de personas, desde la primera misa de la mañana a las 7.30 horas, también muchos jóvenes, pero ¿y el resto del año qué hacemos? Nos hemos paganizado en muchas cosas, de tal modo que la alegre noticia del Evangelio ya no es el faro luminoso que guía y acompaña nuestras vidas. Muchas veces parece que vivimos como paganos que todavía guardamos algunas costumbres cristianas, por eso tenemos que recurrir a la Santísima Virgen, Señora de los Milagros, para que realice ese prodigio que nos haga despertar de nuestras tibiezas y de nuestros planteamientos y así acojamos *esa nueva tarea evangelizadora*.

¡Que así sea!

Apertura de curso en los Seminarios, en el Instituto Teológico Divino Maestro y en el Centro de Ciencias Religiosas San Martín

29 de septiembre de 2014

¡Delante de los ángeles tañeré para ti, Señor! (Sal. 137)

En esta fiesta litúrgica de los santos arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael celebramos esta apertura de curso de nuestros Seminarios Mayor y Menor, en el Instituto Teológico Divino Maestro y en el Centro de Ciencias Religiosas San Martín.

Damos gracias a Dios delante de los ángeles y de los hombres por estas realidades académicas y formativas que constituyen para nosotros un elemento fundamental de la vida diocesana. Una Iglesia particular sin la presencia del Seminario, del Instituto Teológico y del Centro de Ciencias Religiosas, o con estas instituciones cerradas se convierte en una realidad que tiene cercenada su esperanza. Una Diócesis sin centros de estudio tanto filosófico-teológico, como en Ciencias Religiosas, estaría empobrecida y condenada a un proceso autorreferencial que le cegaría el futuro.

Damos gracias a Dios, delante de los ángeles y de los santos, por el trabajo abnegado de los equipos docentes y formativos de estos centros, y roguemos al Señor, Divino Maestro, que os ayude a pesar de las dificultades de medios con las que nos encontramos ¡Dios nos ayudará!

Pero, de manera especial, quisiera dar infinitas gracias a Dios, delante de los ángeles y de los hombres, por vosotros, mis queridos seminaristas, y por los alumnos del Seminario Menor de la Inmaculada; vosotros sois el alma de estas instituciones. Sin vuestra presencia carecerían de sentido tantos esfuerzos y sacrificios.

Llevamos a cabo esta apertura del curso académico 2014-2015 en el marco de este proyecto pastoral: *Ourense en misión con María*. También vosotros, mis queridos profesores y alumnos, estáis llamados a “salir” de vosotros mismos para convertirlos en esos *discípulos misioneros* que la Iglesia y el mundo de hoy necesitan. El Seminario no es tarea sólo del Obispo y de los sacerdotes que en ellos trabajan; es labor prioritaria de todo el Presbiterio Diocesano, de todos y cada uno de los que se consideran hijos e hijas de esta Iglesia que peregrina por estas nobilísimas tierras ourensanas. Cuando pensamos que las tareas del Seminario no nos afectan y creemos que son asuntos reservados para unos cuantos, algo está

sucediendo en nuestra vida de fe. Seguro que se está enfriando nuestro amor a la Iglesia que pasa, necesariamente, por querer a esta Iglesia particular concreta, con sus personas e instituciones, con sus deficiencias e imperfecciones, pero con una grande ilusión de servir a los planes de Dios.

Mis queridos seminaristas, dentro de este proyecto pastoral: *Ourense en misión con María*, también a vosotros se os pide un esfuerzo especial, una lucha denodada por vencer las batallas cotidianas de la tibieza, la crítica, la falta de exigencia personal en el estudio, en definitiva, se os pide que no pongáis resistencia al misterio de la Gracia. En un mundo como el nuestro es necesario que cuidéis mucho vuestra vida de fe; no sólo os pido que conozcáis la teoría y que repaséis con frecuencia las páginas del *Catecismo de la Iglesia Católica* o que profundicéis en los manuales de teología ¡eso también! Os ruego que cuidéis vuestra vida de fe. La mayor parte de nuestros problemas, tanto personales como comunitarios, en definitiva se reducen a una sola causa: ¡falta fe!

Sólo desde la perspectiva de la fe, auténticamente vivida, podréis salir de las fronteras de vuestro “yo”, rompiendo con egoísmos que os esclavizan, con las perezas que os cortan la ilusión y la esperanza. Siguiendo al papa Francisco, os pido que evitéis todo género de crítica ¡sed más inteligentes! toda crítica y murmuración nos hace daño, en primer lugar a nosotros mismos, y termina por emponzoñar todo el ambiente comunitario que nos envuelve a todos de tal modo que se convierte en un caldo de cultivo antivocacional y yo diría que anticristiano.

Todos estamos llamados a participar en esta misión. La vuestra es el estudio serio y exigente ¡no podéis excusaros diciendo que como sois pocos los profesores harán rebajas!... si esto hiciesen, no sólo demostrarían que no os quieren y no les interesáis, sino que serían pésimos docentes. Cada uno deberá luchar por conseguir aquellos objetivos que se adecúan a sus capacidades y, ¡si podéis! exigíos un poco más. Esa es la misión más difícil que la Iglesia os encomienda, la de vuestra formación humana, espiritual, intelectual y pastoral ¡este es vuestro trabajo! y cuidad mucho la vida comunitaria, porque así aprenderéis a ser miembros de una gran familia que es el Presbiterio Diocesano.

La fiesta de los santos arcángeles nos puede ayudar a sacar un buen propósito para este curso. Como nos advierten los maestros de espíritu, procurad *ver y descubrir con los ojos de la fe*, al lado de cada uno de vuestros compañeros y de las personas que se encuentran con vosotros, a estos invisibles amigos de Dios que son los ángeles. Esta certeza de la fe os ayudará a crecer en esa visión sobrenatural sobre el mundo, la Iglesia, los otros ¡y también sobre vosotros mismos! porque

¡cuántas cosas dejaríamos de hacer si fuésemos conscientes de que *sus ángeles* nos acompañan siempre en el camino de la vida!

Ya sé que en una sociedad excesivamente racionalista como la nuestra esto que os digo puede resultar *chocante* a alguno de vosotros, pero con las mismas palabras de Jesús a Natael, os digo: *Has de ver cosas mayores*. Y, un poco más adelante añade: *Yo os aseguro: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre*.

Como veis, mis queridos amigos, se necesita fe. Es decir, si cuidamos esa visión de fe -visión sobrenatural- en los otros descubriremos el rostro de Jesús y eso nos ayudará a luchar por ser más positivos y constructivos, más limpios y honestos en nuestras conversaciones y acciones ¡auténticos caballeros cristianos!, más trabajadores y más comprometidos en esa tarea evangelizadora que tiene que llevar, en primer lugar, a dejarnos evangelizar para convertirnos en auténticos evangelizadores. Y para ser evangelizados se necesita mucha humildad, que es clave fundamental en este proceso. Esta virtud, cuidada y cultivada diligentemente, nos ayudará a abrir el corazón a la Palabra de Dios que debemos convertirla, no sólo en objeto de estudio, sino en el libro fundamental de nuestra oración y faro orientador de nuestra existencia creyente. Sólo así conoceremos a Jesús, le trataremos, lucharemos por identificarnos con su vida y nos dejaremos amar por Él; este es el descubrimiento más importante que puede vivir un cristiano y, por tanto, un seminarista y un sacerdote.

Os ruego que encomendéis con intensidad los trabajos de la III Asamblea extraordinaria del Sínodo de Obispos que se va a centrar en la familia. La Virgen Santísima, Madre del Divino Maestro, en este Año Jubilar Mariano en nuestra Diócesis nos ayudará a convertirnos en auténticos *discípulos misioneros*. ¡Que así sea!

CARTAS**Ejercicios Espirituales de sacerdotes
Casa Diocesana de Ejercicios**

Mis queridos hermanos en el sacerdocio: Me dirijo una vez más a cada uno de vosotros para recordaros que, del 17 al 22 de agosto, en la Casa Diocesana de Ejercicios tendremos una tanda de Ejercicios Espirituales para los sacerdotes. Os ruego, encarecidamente, que toméis en consideración este servicio que os ofrece la Diócesis. No os olvidéis que la Iglesia nos recuerda que esta praxis, vivida por los sacerdotes desde tiempo inmemorial, *es un instrumento idóneo y eficaz para una adecuada formación permanente del clero.*

En nuestra Casa Diocesana de Ejercicios se programan, varias veces al año, estas actividades cuya finalidad es ayudarnos a descubrir la importancia que tiene lo que el santo papa Juan Pablo II llamaba *primacía de la gracia*. A pesar de las dificultades del momento mantenemos este servicio porque es de gran necesidad para todos.

Sé que un buen número de sacerdotes ya los habéis hecho pero, no es menos cierto, que una gran mayoría de nuestro Presbiterio falta por vivir esta experiencia de gracia y conversión. Todos debemos preocuparnos por todos y no basta con asistir, es necesario invitar y recordar, *a tiempo y a destiempo*, a aquellos compañeros que todavía no los han hecho este año y, de manera especial, nos debe apremiar mucho más que los que llevan tiempo sin hacerlos tomen en serio estos momentos que nuestra Iglesia Diocesana nos ofrece.

Recordad que el papa Francisco nos está invitando a una conversión pastoral pero ésta no será efectiva si no tomamos en serio nuestra conversión personal. Los Ejercicios son un tiempo propicio para ello ¡aprovechémoslos!

Pido a la Madre de Dios que nos ayude y nos conceda un cambio de corazón para vencer tantas inercias que obstaculizan la tarea evangelizadora de la Iglesia.

Con afecto se encomienda a vuestras oraciones y os bendice.

A medio siglo de un evento mariano

25 de agosto de 2014

Retrotraernos en el tiempo medio siglo no nos resulta fácil, sin embargo, debemos guardar memoria viva de nuestra historia. Se ha escuchado con frecuencia que la Iglesia en Ourense es muy mariana y esto he podido experimentarlo yo mismo en el poco tiempo que llevo viviendo en esta tierra.

En julio de 1964, mi predecesor de venerable memoria, Monseñor Temiño Saiz, escribía una carta a todos los diocesanos invitándolos a que participasen en el acto de la coronación canónica de la imagen de Nuestra Señora de los Milagros, en su santuario del Monte Medo, lugar en el que desde hacía más de cinco siglos – otros autores sostienen que ya en el siglo IX hay algún testimonio de la existencia de esta devoción – se venera esta imagen de la Virgen María.

La coronación canónica, programada para el 6 de septiembre de ese año, quería ser un testimonio público de la gratitud de todo un pueblo por los favores y el patrocinio de la Madre de Dios sobre las nobles tierras de Ourense, de Galicia y del norte de Portugal.

En aquel entonces, D. Ángel Temiño, obispo de Ourense, proponía al pueblo de Dios como intenciones generales: los frutos del Concilio Vaticano II en nuestra Diócesis, de manera especial que las enseñanzas conciliares fuesen bien recibidas en nuestro pueblo y puestas en práctica. Además de esto, quería revitalizar los días santos – hoy diríamos santificar el *Día del Señor* –y, por último, que la devoción a la Virgen condujese al Pueblo de Dios a una mayor intimidad con Cristo; en definitiva, que todos los hijos de la Iglesia en Ourense se moviesen bajo la *dinámica de la santidad*. Hoy, cincuenta años después, hacemos nuestros aquellos deseos e intenciones y tan solo me atrevería a añadir una efectiva petición por las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida religiosa, misionera y monástica; además de esta necesidad, pediría por el bien de las familias y por la santidad del matrimonio, así como una oración confiada para que dé un trabajo digno a tantos que lo buscan y no lo encuentran.

Aquel acto estuvo precedido por la “visita” de la imagen de Nuestra Señora de los Milagros a la ciudad de Ourense, el día 25 de agosto. Permaneció tres días en la Catedral de San Martiño; fue visitada por cientos de fieles y la asistencia a los actos organizados por el Cabildo fue multitudinaria.

El día 6 de septiembre, se celebró un acto solemne presidido por D. Fernando Quiroga Palacios, cardenal-arzobispo de Santiago de Compostela e hijo de las cercanas tierras de Maceda. Asistieron todos los obispos de Galicia, de otras diócesis españolas, del norte de Portugal y los abades mitrados de los monasterios del noroeste peninsular. Resultó ser un acontecimiento extraordinario. A pesar de los precarios medios de comunicación y de las deficientes vías de acceso, se acercaron al santuario más de cuarenta y cinco mil personas; algunas crónicas afirman que fueron cien mil almas las asistentes.

Cincuenta años más tarde queremos celebrar aquel acontecimiento eclesial y social, que quedó recogido en las páginas de los diarios del momento. Ahora, como entonces, está llamado a ser una ocasión de acción de gracias por el don de la fe y de la devoción mariana de nuestro pueblo. Este es el sentido que nos ha llevado a convocar un Año Jubilar Mariano que lo iniciaremos el 8 de septiembre de 2014 y lo clausuraremos con la ayuda de Dios, en la misma fecha del 2015.

Carta en la que el Sr. Obispo establece que desde ahora la Capilla de los Remedios queda Constituida como “Santuario de Los Remedios”

28 de agosto de 2014

Afirma Vicente Risco que *entrando en Ourense por el Puente Mayor, hay que quitarse el sombrero y rezar una salve (...). Ahí está la capilla que durará lo que dure Ourense*. Cuando en los primeros días, después de haber sido preconizado como obispo de esta Iglesia particular, los periodistas me preguntaban qué iba hacer con los Remedios, no entendía lo que me decían y respondía que me dejaran situar en la Diócesis, que después hablaríamos.

¡Llego el momento! Muchos fueron las gestiones realizadas y no pocos los esfuerzos llevados a cabo, pero valió la pena. Quisiera agradecer a la familia titular de ese Santuario Mariano la cesión que ha hecho a la Iglesia Diocesana de ese templo. A las instituciones, y a los fieles devotos se les debe esta restauración.

La fábrica de este templo se remonta al siglo XVI, consta que fue consagrada el día 9 de diciembre de 1525.

En 1983 fue renovada la techumbre y patrocinada por la familia Méndez que llevaba la administración de la misma, por la parroquia y por el Obispado.

Después del último incendio que causó un daño irrecuperable, llegándose a perder retablos y la misma imagen de Los Remedios, bajo la coordinación del Obispado, se llegó a un acuerdo entre las instituciones y la Iglesia, al ser declarada la capilla un *bien de interés cultural*.

Las dimensiones del templo exigen que se denomine Santuario de Los Remedios y así quedará configurado de ahora en adelante. Rogamos a Dios que *dure tanto como dure Ourense* y que este lugar, antes visitado por devotos, al hallarse situado en un lugar tan emblemático, cercano al pabellón de deportes de los Remedios, próximo al colegio de los Salesianos, al lado da Ponte Romana, sea un ámbito de paz y de concordia, en donde la Señora de los Remedios proteja a nuestros niños y jóvenes, bendiga a los devotos y acompañe a los ourensanos en el camino de la vida.

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

Julio

Las vacaciones, tiempo para crecer

A pesar de las dificultades de muchas de nuestras familias, julio es un mes de vacaciones ¡Cierto! cada uno las planeará y las vivirá de acuerdo con sus posibilidades, pero no cabe ninguna duda de que es un tiempo para crecer.

Esto quiere decir que durante estos días podemos prestar atención a aquello que, habitualmente, se descuida durante el curso a causa del horario, ocupaciones, prisas, compromisos... Las vacaciones son esas grandes catalizadoras del espíritu humano que nos ayudan a mantener ese equilibrio interior y exterior propio de una persona sana. Son tiempo de gracia y, desde esa perspectiva debemos plantearlas. No son una ocasión para gastar lo que no tenemos o, si poseemos bienes suficientes, no podemos caer en la praxis paganizante de gastar por gastar, sabiendo que existen muchos conciudadanos nuestros que sufren a consecuencia del paro, de la enfermedad, de las ocupaciones en precario. Os recuerdo, en este sentido, el último informe de nuestra Cáritas diocesana y nacional.

Por otra parte, después del día de Santiago celebramos la fiesta de los abuelos. Cada vez somos más conscientes de lo importante que son los ancianos para nuestras familias y para la sociedad. Ellos transmiten muchos valores a hijos y nietos, de manera especial son ellas ¡las abuelas! las que en muchos casos se convierten en auténticas transmisoras de la fe.

Al lado de los abuelos pensemos en esa población silente que se encuentra en nuestras aldeas, como los últimos testigos de un ayer cargado de historias y recuerdos ¡son los ancianos! No olvidemos a los que se encuentran en residencias y geriátricos. El verano es una ocasión propicia para visitarles y acompañarles. Si lo hacemos, muy pronto nos daremos cuenta de que recibimos mucho más de lo que aportamos.

Bajo la mirada de la Virgen, Señora de los Mares -Virgen del Carmen-, que nos habla de otros horizontes allende nuestras fronteras, también vamos a celebrar, en este mes de julio, el encuentro con tantos misioneros, ellos y ellas, que aprovechando unos días de descanso con sus familiares, quieren vivir una convivencia

misional. Será un momento de gracia y una ocasión para pedir con insistencia que el Buen Dios envíe operarios a su mies, porque las necesidades son muchas.

Con afecto, os bendice:

J. Leonardo Lemos Montanet. Bispo de Ourense

Agosto

Ourense en misión con María

Al comienzo del mes de julio nos hemos reunido en el Santuario de Los Milagros para rezar, aprender, reflexionar, dialogar y concretar una serie de objetivos que deben marcar la pauta de la actividad pastoral en nuestra Iglesia particular. La finalidad era clara: elaborar la Programación diocesana de Pastoral para el próximo curso.

Bajo el lema del trienio pastoral 2012-2015: *Creemos y por eso hablamos* (2Cor. 4, 13), nos hemos puesto en camino y, muy pronto, tendremos en nuestras manos la revista *Pastoralia* que recogerá todas las iniciativas estudiadas, las sugerencias propuestas para nuestra actuación pastoral y la agenda de actividades diocesanas que marcará el ritmo de nuestra vida diocesana para el curso 2014-2015. Todo esto lo haremos bajo el lema: *Ourense en misión con María*.

En el primer número de Comunidad de este año os escribía sobre *Ourense en misión*. Os decía que este proyecto brotó en mi alma después de la lectura reflexiva sobre la primera exhortación del papa Francisco: *Evangelii gaudium*. Este documento estuvo presente a la hora de la elaboración del Plan Pastoral diocesano ¡Estamos en camino!

Ourense en misión con María no puede centrarse sólo en la actividad para este próximo curso, es un programa más ambicioso cuyo horizonte va más allá de las fronteras reducidas a un año, es como una *hoja de ruta*, una carta de navegación que nos guiará en esta nueva tarea evangelizadora a la que nos invita la Iglesia.

A esta tarea queremos entregarnos con todas nuestras fuerzas y, ayudados por

el Espíritu, queremos dejarnos en sus manos para que él guíe nuestro camino. El modelo que os propongo a imitar es la Santa Madre de Dios: María. Tenemos que dejarnos en las manos del Señor, como María y, para ello, necesitamos abrirnos a la conversión, a una conversión personal, pastoral y misionera, a estilo de María, que *se puso en camino* para servir, que es tanto como decir: para evangelizar.

Ourense en misión con María nos invita a dejar de lado el desencanto y el pesimismo; nos empuja a vencer ese síntoma de cansancio que, tantas veces, se manifiesta porque nos quedamos instalados en la crítica y en los comentarios negativos sobre todo y sobre todos. Se trata de vencer la inercia de las pastorales de siempre, de lo que el papa Francisco llama *pastoral de mera conservación*, puramente funcional y acoger ese sueño de conversión eclesial al que estamos llamados: una pastoral misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización de nosotros mismos, de nuestros hogares y familias, de las parroquias y demás comunidades eclesiales, de los grupos apostólicos y de los nuevos movimientos.

Ourense en misión con María es una invitación a apostar por una catequesis renovada -es necesario aprovechar el nuevo catecismo *Testigos del Señor*-, una pastoral familiar más de vanguardia: es imprescindible una mayor implicación de todas las estructuras eclesiales en la creación de una cultura vocacional. Debemos apostar por una mayor implicación personal y comunitaria en más tareas caritativas y asistenciales ¡Nuestro pueblo nos necesita!

Durante este mes de agosto, tiempo de fiestas y romerías, os invito a que imploréis de la Madre de Dios y madre nuestra que nos ayude a todos a *poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad*, tal como nos lo recomendaba el santo papa Juan Pablo II. Sólo si nos movemos bajo la primacía de la gracia conseguiremos que el proyecto de *Ourense en Misión* se convierta en una realidad viva, como aconteció con aquella que sintiéndose *esclava del Señor* hizo posible lo que a cualquier ser humano le sería imposible: la encarnación del mismo Dios. Hagamos carne en nuestra propia existencia cotidiana este proyecto misionero y se harán nuevas todas las cosas.

Con afecto, os bendice:

J. Leonardo Lemos Montanet. Bispo de Ourense

Septiembre

Año Mariano 2014-2015

Con motivo del 50 Aniversario de la Coronación canónica de la imagen de la Virgen de los Milagros he solicitado a la Santa Sede el permiso para celebrar en la diócesis un *Año Mariano*. Si los creyentes acostumbramos a mirar a María como camino y ejemplo que nos acerca a Dios, de manera especial queremos hacerlo durante este tiempo que transcurrirá, desde el próximo 8 de septiembre, hasta el mismo día de 2015. Para poder celebrarlo tal como lo quiere la Iglesia, he solicitado a la Santa Sede las indulgencias oportunas.

El pasado 24 de agosto el papa Francisco concedió ese permiso y la posibilidad de que el obispo de la Diócesis pudiese impartir la Bendición papal, con la concesión de la indulgencia plenaria consiguiente, de acuerdo con las condiciones acostumbradas por la Iglesia (Confesión sacramental, Comunión eucarística y una oración por las intenciones del Papa). Esta bendición se llevará a cabo, tanto el día 8 de septiembre de 2014, apertura del Año Mariano, como en la misma fecha del próximo año, fecha de la clausura. Este acto tendrá lugar en el Santuario de Los Milagros, pero aquellos fieles que por graves circunstancias no puedan acercarse a este santuario y sigan el acto a través de los medios de comunicación, podrán ganar las gracias que concede el Señor a través de la mediación de la Santa Iglesia.

Roguemos a la Virgen María para que este sea un tiempo de gracia y conversión. Necesitamos convertirnos si queremos conseguir una conversión pastoral, un cambio de estructuras y mentalidad; tenemos que salir de nosotros mismos y abrirnos a nuestros contemporáneos y transmitirles la alegre noticia de que solo el Evangelio puede transformar el corazón y la vida entera de los que buscan a Jesucristo.

Un *Año Mariano* conlleva compromisos personales y comunitarios reflejados en proyectos de vida, de tal modo que cualquier actividad que realicemos deberá centrarse en María, Madre y Maestra de fe. Todos los encuentros eclesiales que acostumbramos a realizar en el curso queremos celebrarlos en el Santuario de Los Milagros. Allí viviremos los acontecimientos ordinarios y extraordinarios de la Iglesia diocesana. Hacia esa *casa de la Virgen*, que es lo que son los santuarios, peregrinaremos en espíritu o físicamente, y allí encontraremos paz para nuestro corazón inquieto, ámbito sacro para acercarnos a Dios a través de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, y un pequeño *Tabor* en donde se nos transfigu-

rará el rostro de Dios y así seremos capaces de encontrarlo en quienes nos rodean, de manera especial en los más necesitados.

Para que este caudal de gracias que, seguro, llegue a nosotros a través de María, se establecerán otros lugares en la Diócesis con el fin de obtener las indulgencias para nuestro bien o para el de nuestros difuntos. Además de la Catedral, todos los santuarios marianos de nuestra Diócesis, así como los templos parroquiales con santuarios dedicados a la Virgen serán lugares santos para obtener las gracias jubilares que la Iglesia nos concede. Asimismo, tanto el Penitenciario como el Deán de nuestra Iglesia Catedral de San Martiño, como los rectores de los santuarios y los sacerdotes que los atiendan, siempre que administren el Sacramento de la Penitencia en los templos jubilares, se les conceden las licencias oportunas para absolver los pecados reservados al Obispo. Por otra parte, animo a los sacerdotes que atienden a los enfermos y ancianos, bien en sus domicilios, en los complejos hospitalarios, en residencias y geriátricos que los visiten con frecuencia y le ofrezcan los sacramentos para que, también ellos, se puedan beneficiar de estas gracias.

Dios no se cansa de perdonar - nos recordaba el papa Francisco - somos nosotros los que no nos dejamos perdonar o bien creemos que no tenemos nada de que arrepentirnos; si así pensamos, seguro que estamos equivocados. Este año es una ocasión propicia para renovar nuestra mente según el querer de Dios y no olvidarnos de que para obtener esos dones que el Señor nos ofrece es necesario moverse en la dinámica de la Gracia de Dios y, además, participar en un acto en Los Milagros o en cualquier otro templo de los establecidos; leyendo, en comunidad o particularmente, de forma meditativa o como lectura espiritual la Biblia, o algún documento del Vaticano II, y haciendo alguna obra de caridad, etc.

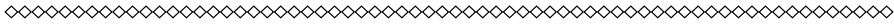
Por otra parte, en este año, bajo el lema *Ourense en misión con María* se quiere salir al encuentro de manera especial de aquellos bautizados que abandonaron la fe, o porque no la cuidaron, o bien porque le decepcionó el comportamiento observado en alguno de los creyentes; también a aquellos que están abiertos a la verdad pero todavía no han encontrado al que es el Camino, Verdad y Vida. Se nos invita a salir de nosotros mismos para ser esos discípulos misioneros que el mundo necesita y así nos convirtamos en instrumentos de paz y de perdón.

Con afecto, os bendice:

J. Leonardo Lemos Montanet. Bispo de Ourense



IGLESIA DIOCESANA



SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

El Sr. Obispo ha tenido a bien realizar los siguientes nombramientos:

Con fecha **21 de julio de 2014**:

Rvdo. Sr. D. Digno González Diéguez, *Arcipreste de Verín.*

Rvdo. Sr. D. Raúl Alfonso González, *Vice-arcipreste de Verín.*

Con fecha **1 de septiembre de 2014**:

P. David Fernández Núñez, CM., *Párroco de la parroquia de la Medalla Milagrosa (Arciprestazgo Ourense-Este).*

P. Marcial Gómez Borrajo, CM., *Vicario parroquial de la parroquia de la Medalla Milagrosa (Arciprestazgo Ourense-Este).*

P. José Manuel Villar Suárez, CM., *Rector del Santuario de Nuestra Señora de Los Milagros, Administrador parroquial de San Juan de Vide, Administrador parroquial de Santa María de Foncuberta, Administrador parroquial de San Salvador de Seiró.*

Con fecha **15 de septiembre de 2014**:

Rvdo. Sr. D. Raul Alfonso González, *Administrador de San Pedro de Queizás*

Rvdo. Sr. D. Arturo Pérez Fernández, *Administrador parroquial de Santa María de A Rasela, Administrador parroquial de San Salvador de Cabreiroá.*

DEFUNCIONES

Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte.

(S. ATANASIO DE ANTIOQUÍA, *Sobre la Resurrección de Cristo*, Sermón 5)

+ **Rvdo. D. Manuel Rodicio Pérez**, párroco de San Roque de Señorín, Administrador de Santiago de Partovia y Vicario parroquial de San Cibrao de O Carballiño, falleció el día 24 de agosto de 2014 a los 62 años de edad. Natural de Parada do Sil, había nacido el día 24 de octubre de 1951 y recibido la ordenación sacerdotal el 27 de agosto de 1977.

+ **Rvdo. D. José Martínez Garrido**, párroco emérito de San Pedro de Sanín, falleció el día 26 de septiembre de 2014 a los 93 años de edad. Natural de Santa Baia de Parderrubias, había nacido el día 17 de enero de 1921 y recibido la ordenación sacerdotal el 18 de junio de 1951.

+ **Rvdo. D. Cesáreo Fernández García**, del Clero Castrense en el Reserva, falleció el día 26 de septiembre de 2014 a los 69 años de edad. Natural de Santo Domingo de Ribadavia, había nacido el día 9 de febrero de 1945 y recibido la ordenación sacerdotal el 7 de septiembre de 1970.

AÑO MARIANO

Decretos



PAENITENTIARIA APOSTOLICA

Prot. N. 586/14/I

DECRETUM

PAENITENTIARIA APOSTOLICA, vi facultatum sibi specialissimo modo a Sanctissimo in Christo Patre et Domino Nostro, Domino Francisco Divina Providentia Papa tributarum, Eminentissimo ac Reverendissimo Patri Domino Ioseph Leonardo Lemos Montanet, Auriensi Episcopo, benigne concedit ut diebus VIII Septembris MMXIV et MMXV, quibus sollempniter aperietur atque claudetur iubilaris Marianus Annus Mariae Sanctissimae a Miraculis, post litatum Divinum Sacrificium, impertiat omnibus Episcopis, presbyteris, diaconis, religiosis et christifidelibus adstantibus, qui vere paenitentes atque caritate compulsi iisdem interfuerint sacris, **papalem Benedictionem** cum adnexa *plenaria Indulgentia*, suetis sub condicionibus (sacramentali confessione, eucharistica communione et oratione ad mentem Summi Pontificis) lucranda.

Christifideles qui **papalem Benedictionem** devote acceperint, etsi, rationabili circumstantia, saeris ritibus physice non adfuerint, dummodo ritus ipsos, dum peraguntur, ope instrumenti televisifici vel radiophonici propagatos pia mentis intentione secuti fuerint, *plenariam Indulgentiam*, ad normam iuris, consequi valebunt.

Contrariis quibuscumque minime obstantibus.

Datum Romae, ex aedibus Paenitentiarum Apostolicarum, die XXV mensis Augusti, anno Dominicae Incarnationis MMXIV.



Maurus S. R. E. Card. Piacenza
MAURUS S. R. E. Card. PIACENZA
Paenitentiarius Maior

Ioannes Maria Gervais
Ioannes Maria Gervais



PENITENCIARIA APOSTÓLICA

PROT. N. 586/14/I

DECRETO

LA PENITENCIARÍA APOSTÓLICA, en virtud de las facultades que le fueron especialmente concedidas por el Santísimo Padre en Cristo y Señor Nuestro, por la Divina Providencia Papa Francisco, al Excelentísimo y Reverendísimo Padre Don José Leonardo Lemos Montanet, Obispo de Ourense, generosamente concede que en los días VIII de septiembre de MMXIV y MMXV en los que solemnemente se abrirá y clausurará el *Año Jubilar Mariano* de la Santísima Virgen de los Milagros, después de celebrado el Divino Sacrificio imparta a todos los Obispos, presbíteros, diáconos, religiosos y fieles allí presentes, que estén verdaderamente arrepentidos y movidos por el espíritu de caridad la **Bendición Papal** que lleva aneja la *Indulgencia plenaria* con las condiciones acostumbradas (confesión sacramental, comunión eucarística y oración por las intenciones del Sumo Pontífice).

Los fieles que hayan recibido devotamente la **Bendición Papal** y que no hayan estado físicamente presentes en los ritos sagrados, siempre que los hayan seguido piadosamente por la televisión o por la radio, podrán conseguir la *Indulgencia plenaria* conforme a derecho.

No obstante ninguna cosa en contra.

Dado en Roma, en el Palacio de la Penitenciaría Apostólica, el día 25 del mes de Agosto, en el año 2014 de la Encarnación del Señor.

MAURUS S.R.E. Card. PIACENZA
Penitenciario Mayor

Joannes María Gervais.
Ad. A Stud



PAENITENTIARIA APOSTOLICA

Prot. N. 585/14/I

BEATISSIME PATER,

Joseph Leonardus Lemos Montanet, Episcopus Auriensis, summa cum animi devotione, humiliter ac laetanter Sanctitati Tuae in notitiam refert christianum Gallaeciae populum, necnon Lusitaniae septemtrionalis, a die VIII Septembris MMXIV usque ad diem VIII Septembris MMXV sacrum celebraturum esse anniversarium quinquagesimum, ex quo, die scilicet VI Septembris MCMLXIV, de Auctoritate Servi Dei Pauli Pp. VI, aurea corona canonice redimita est Mariae Ss.mae a Miraculis effigies, in Mariano de "Baños de Molgas" Sanctuario publicae venerationi exposita.

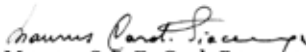
Qui quidem pius proximus eventus ut digne recipiatur, opportuna suppedabitur catechesis et mediorum sanctificationis, prae primis Ss.mae Eucharistiae et Paenitentiae sacramentorum copia, unde sperare licet fructus vitae Fide, Spe et Caritate informatae ad Evangelii normam, perfectius usque ducendae. Quamobrem peculiare liturgicae functiones, pia peregrinationes et alia devotionis ac religiosae doctrinae incepta in praefato Sanctuario aliisque Auriensibus Marianis Templis enixe promovebuntur. Quo autem christifideles uberiores fructus spirituales ex his memorialibus celebrationibus hauriant, Exc.mus Orator a Sanctitate Tua plenariam fiducialiter implorat Indulgentiam ad instar Iubilaei consequendam. Et Deus, etc.

Die XXV Augusti MMXIV

PAENITENTIARIA APOSTOLICA, de Sanctissimi Patris Francisci mandato, *iubilarem* in Auriensi Diocesi largitur *Marianum Annum cum adnexa plenaria Indulgentia*, suetis sub condicionibus (sacramentali confessione, eucharistica communionem et oratione ad mentem Summi Pontificis) christifidelibus vere paenitentibus atque caritate compulsis a die VIII Septembris MMXIV usque ad diem VIII Septembris MMXV lucranda, quam etiam animabus fidelium in Purgatorio detentis per modum suffragii applicare possint, dummodo opera pietatis publicae aut privatae, ut in supplicibus litteris diei XIII mensis Maii nuper elapsi proposita, devote compleverint et saltem per congruum temporis spatium humiles effuderint preces pro Hispaniae et Lusitaniae fidelitate ad christianam vocationem, pro sacerdotalibus ac religiosis impetrandis vocationibus et pro defendendo humanae familiae instituto, cuius Sancta Familia clarissimum est exemplum.

Quo igitur accessus, ad divinam veniam per Ecclesiae claves consequendam, facilius pro pastoralis caritate evadat, haec Paenitentiarum enixe rogat ut Dioecesanus Paenitentiarum, Capituli Cathedralis Decanus, Marianorum Sanctuariorum Rectores alique presbyteri ab ipso Exc.mo Auriensi Episcopo electi, opportunis facultatibus ad confessiones excipiendas praediti, generoso animo celebrationi Paenitentiae in iubilare templis sese praebeant et S. Communionem infirmis saepe ministrent.

Contrariis quibuslibet minime obstantibus.


MAURUS S. R. E. Card. PIACENZA
Paenitentiarum Maior



PENITENCIARIA APOSTÓLICA

PROT. N. 585/14/I

BEATÍSIMO PADRE

José Leonardo Lemos Montanet, Obispo de Ourense, con la mayor devoción, humilde y lleno de gozo informa a Su Santidad de que el pueblo cristiano de Galicia, así como el del norte de Portugal va a celebrar desde el día VIII de Septiembre del MMXIV hasta el día VIII de Septiembre de MMXV el cincuenta aniversario de la coronación canónica de la imagen de María Santísima de “Los Milagros”, que se venera en el Santuario Mariano de “Baños de Molgas”, donde está expuesta a la veneración del pueblo cristiano y que fue concedida por la Autoridad del Siervo de Dios, el Papa Pablo VI.

A fin de que este devoto acontecimiento se celebre dignamente se está preparando una oportuna catequesis y otros medios de santificación especialmente los sacramentos de la Santísima Eucaristía y de la Penitencia de los que esperamos abundantes frutos de Fe, Esperanza y Caridad que se acrecentarán a la luz del Evangelio. Con este motivo se celebrarán especiales funciones litúrgicas, piadosas peregrinaciones y otros actos devotos en el propio Santuario y en otros templos Marianos dentro de la misma diócesis. Con ello los fieles obtendrán de estos actos copiosos frutos espirituales, y por ello este Excelentísimo Suplicante pide a Su Santidad que le conceda la *INDULGENCIA PLENARIA* a modo de *JUBILEO*. Y Dios...etc.

Día XXV de agosto de MMXIV

LA PAENITENCIARIA APOSTOLICA, por mandato del Santísimo Padre Francisco, concede a la Diócesis de Ourense un *Año Mariano Jubilar con la correspondiente indulgencia plenaria*, bajo las acostumbradas condiciones (confesión sacramental, comunión eucarística y oración por las intenciones del Sumo Pontífice) a los fieles verdaderamente arrepentidos y movidos por la caridad desde el día VIII de Septiembre de MMXIV hasta el día VIII de Septiembre MMXV. Esta Indulgencia puede ser aplicada a modo de sufragio por las almas del Purgatorio, con tal de que las obras de piedad públicas o privadas, tal como se contempla en la petición del día XIII de Mayo pasado, sean devotamente cumplidas y que por un espacio de tiempo prudente hagan preces por la fidelidad de España y Portugal a la vocación cristiana, para pedir vocaciones sacerdotales y religiosas y por la defensa de la institución familiar, de la que la Sagrada Familia es clarísimo ejemplo.

A fin de que este acercamiento a la gracia del perdón por medio de la potestad de la Iglesia resulte más fácil, esta Penitenciaría ruega encarecidamente al Canónigo Penitenciario, al Deán del Cabildo Catedralicio, a los Rectores de los Santuarios Marianos y a otros presbíteros elegidos por el propio Excmo. Obispo de Ourense, que se les concedan las facultades oportunas para recibir confesiones, se ofrezcan generosamente para celebrar la Penitencia en los templos jubilares y para administrar la Sagrada Comunión a los enfermos.

No obstante nada en contra.

MAURUS S.R.E. CARD. PIACENZA
Penitenciario Mayor

JOANNES MARIA GERVAIS.
Ad. a Stud.



CRÓNICA DIOCESANA



 CRÓNICA DIOCESANA

JULIO

- Hasta el 4:* Campamento para niños en Valdoviño organizado por un grupo de parroquias y el movimiento de Acción Católica Xeral.
- Día 1:* Finaliza la Programación diocesana de Pastoral en el Santuario de Los Milagros.
- Día 6:* San Cristóbal. Jornada de la Responsabilidad en el Tráfico.
- Del 7 al 13:* Campo de Trabajo para jóvenes con las Hijas de la Caridad en Mondoñedo organizado por el Movimiento de Jóvenes de Acción Católica de Ourense.
- Día 13:* El Sr. Obispo preside la procesión y la Celebración Eucarística de San Benito en la parroquia de Bentraces.
 Monseñor Lemos preside la toma de posesión del nuevo Párroco de San Ildefonso de San Cibrao das Viñas y Administrador parroquial de San Andrés de Rante, D. Carlos González Prieto.
- Del 13 al 18:* Ejercicios espirituales para sacerdotes en Los Milagros, dirigidos por Mons. D. Raúl Berzosa, Obispo de Ciudad Rodrigo.
- Del 11 al 17:* Campamento Monagos para niños de 9 a 15 años organizado por la Delegación de Vocaciones en Porto do Son.
- Día 16:* El Sr. Obispo preside la Procesión y Celebración Eucarística en la fiesta de la Virgen del Carmen en Sobreganade y, por la tarde en la parroquia de la Santísima Trinidad.
- Día 18:* El Conselleiro de Cultura visita la Catedral para ver cómo se están desarrollando las obras en la capilla de San Juan y en las cubiertas dela Catedral.
- Día 19:* XXXVI Encuentro con los misioneros diocesanos en Oimbra.
- Día 20:* Monseñor Lemos preside la fiesta de Santa Mariña en Retorta.
- Día 25:* Santiago Apóstol, patrón de Galicia.
- Día 26:* San Joaquín y Santa Ana. Día de los abuelos.

- Día 27:* Día del Misionero diocesano.
- Del 28 al 7:* La Delegación de Juventud participa en el Camino de Santiago desde Ferrol y XXV aniversario de la JMJ de Santiago de Compostela.

AGOSTO

- Hasta el 7:* La Delegación de Juventud participa en el Camino de Santiago desde Ferrol y XXV aniversario de la JMJ de Santiago de Compostela.
- Día 1:* Inauguración de la exposición de coplas, lendas y cantigas del Val do Salas en la casa rectoral de Rubiás.
- Día 2:* Romería de San Francisco Blanco en O Tameirón.
- Día 9:* “Una luz en la noche”, iniciativa de las Delegaciones de Juventud de Galicia que se desarrolla en Ribeira.
- Día 11:* El Secretario de la Sagrada Congregación para los Institutos de Vida Consagrada, Mons. Fr. José Rodríguez Carballo presidió las celebraciones en honor a Santa Clara en los Monasterios de Hermanas Clarisas de la Diócesis en Allariz y en Vilar de Astrés.
- Día 13:* El Sr. Obispo preside el Rosario de Antorchas en la parroquia de Beariz.
- Día 15:* Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora.
El Sr. Obispo de Ourense inauguró en Montealegre un Año Jubilar para las Misioneras del Divino Maestro y Cooperadores seculares del Divino Maestro, con motivo de los 50 años de Fundación de la Casa de Montealegre y del Traslado de los restos del Padre fundador desde el Seminario a la Capilla de Montealegre.
- Día 16:* El Sr. Obispo preside la Procesión y Celebración Eucarística en Santa María de Castrelo de Miño, en el día de San Roque.
- Día 20:* El Sr. Obispo preside la fiesta de San Bernardo en el monasterio de Santa María la Real de Oseiera.
- Del 20 al 28:* Peregrinación diocesana a los santuarios de Croacia.

- Día 24:* El Sr. Obispo preside la fiesta de San Bartolomé en la aldea de Francos de Maceda.
- Del 24 al 29:* Ejercicios espirituales para sacerdotes, dirigidos por Mons. D. Francisco Cerro Chaves, Obispo de Coria-Cáceres.
- Día 24:* El Sr. Obispo preside la toma de posesión del nuevo párroco de la Asunción de Nuestra Señora, D. Jorge Estévez.
- Día 26:* Las Hermanitas de los Ancianos Desamparados celebraron solemnemente la fiesta de su fundadora y patrona de la ancianidad, Santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars. El Sr. Obispo presidió la Eucaristía en la Residencia “Santa María” de Verín, el Sr. Vicario General en la Residencia “San José” de Ourense, y el Delegado para la Vida Consagrada en la Residencia “Hermanos Prieto” de Carballiño.
- Día 27:* El misionero ourensano P. Adolfo Zon, javeriano, natural de Seixalbo, es nombrado Obispo coadjutor de la diócesis de Alto Solimoes, Brasil.
- Día 29:* El Sr. Obispo bendice el Santuario de Los Remedios tras su restauración, con el traslado de la imagen de la Virgen de la parroquia al Santuario.
- Día 30:* Comienzan las Novenas en honor a la Santísima Virgen (Milagros, Remedios en Verín y en Ourense, Portal, Armada...).

SEPTIEMBRE

- Día 5:* Peregrinación de los jóvenes al santuario de Los Milagros para participar en la Celebración Eucarística de las 7:30 horas el día 6.
- Día 7:* La Celebración Eucarística a las 10:00 horas en TVG estará retransmitida desde el santuario de Los Milagros con motivo del Año Mariano.
- Día 8:* Natividad de Nuestra Señora. Apertura del Año Mariano en el santuario de Los Milagros a las 12:00 horas, actos presididos por el Sr. Obispo.
- Del 10 al 12:* Jornadas de formación para sacerdotes en el monasterio de

Poio, a las que asiste el Sr. Obispo.

Día 11: Oración joven - capilla universitaria en la sede de la Delegación de Juventud a las 20:30 horas.

Del 12 al 14: El Obispo de Ourense preside la Celebración Eucarística en la Catedral de Buenos Aires, y otros actos de las jornadas de encuentro con los emigrantes gallegos en Argentina, en representación de los Obispos de Galicia.

Retiro Okuparte en Deus, organizado por el movimiento de Accón Católica, en el monasterio de Santa María de Montederramo.

Del 17 al 20: Cursillo de formación del profesorado en el salón Padre Feijóo del Obispado.

Día 19: A las 20:00 horas en la iglesia de Santa María Nai, acto de envío de los catequistas y educadores en la fe.

IV Jornada del Curso de Formación en Matrimonio y Familia que se celebra en Silleda, organizado por las cinco Diócesis de Galicia.

Día 21: Concentración por la vida (Derecho a vivir) a las 19:00 horas en la Alameda.

Día 22: Comienzo de curso de Cursillos de Cristiandad en el salón Padre Feijóo del Obispado.

Día 23: Presentación de la programación de la Vicaría para la Nueva Evangelización en el colegio de la Purísima.

Día 24: Reunión de arciprestes y delegados episcopales con el Obispo a las 11:00 horas en el Seminario Mayor.

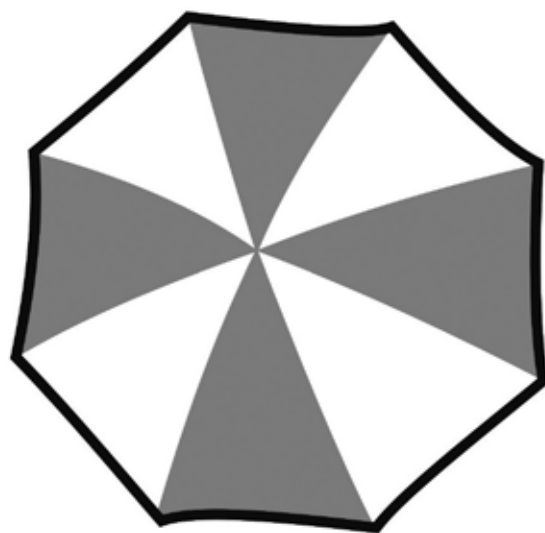
Ntra. Sra. de la Merced. Monseñor Lemos Montanet preside la Celebración Eucarística en la Iglesia de La Merced en Verín. El Vicario General de la Diócesis preside la Celebración Eucarística en el centro penitenciario de Pereiro de Aguiar, que celebra la fiesta de su patrona.

Día 27: Cursillo de animadores bíblicos en el Seminario Mayor.

Día 29: Apertura de curso en el Seminario Mayor.

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ

CORREDOR DE SEGUROS

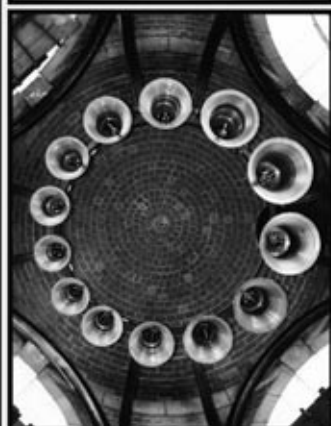


Rúa do Paseo 36, 2º Of. C
32003 OURENSE

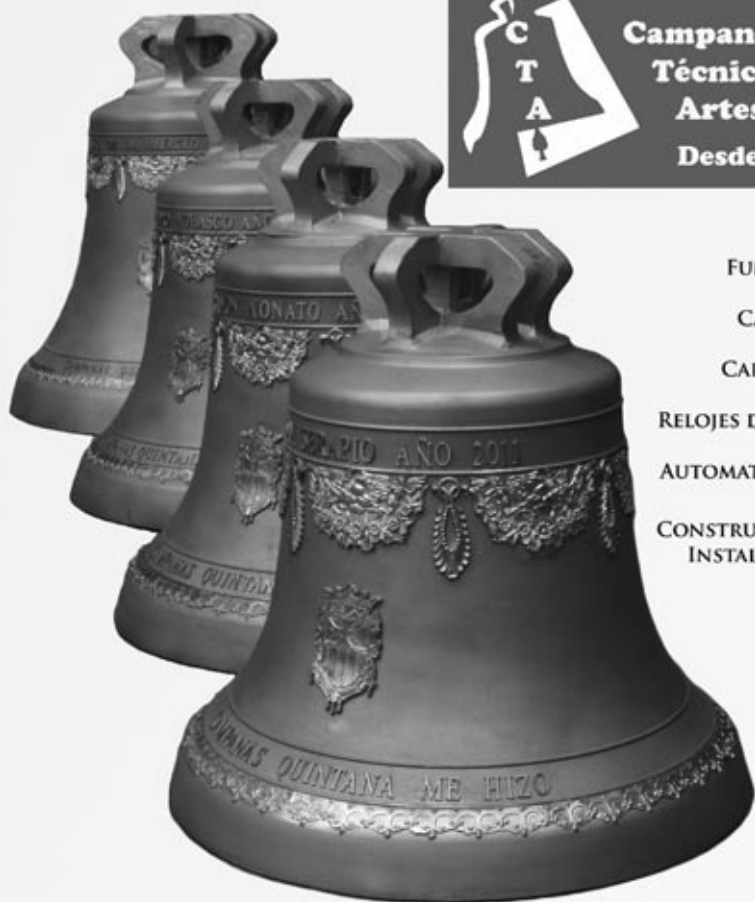
Tfno y Fax: 988255645

Móvil: 619987841

E-Mail: corredor@segurosjpg.es



**Campaneros
Técnicos
Artesanos**
Desde 1637



FUNDICIÓN
CAMPANAS
CARILLONES
RELOJES DE TORRE
AUTOMATIZACIÓN
CONSTRUCCIONES
INSTALACIONES

1637

QUINTANA

CAMPANAS QUINTANA S.A.

Tfno: (+34) 979 89 25 06 - Fax: (+34) 979 89 10 08

www.campanasquintana.es
Correo-e: quintana@campanasquintana.es

Polígono Industrial Parc. 32-33-34.
34100 SALDAÑA - Palencia - España



CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L. DIÓCESIS DE OURENSE

- Conservación y restauración del patrimonio mueble e inmueble, asegurando la rigurosa ejecución y calidad de las intervenciones.
- Elaboración de proyectos de intervención y presupuesto.

Algunas intervenciones realizadas:

- Pórtico del Paraíso. Catedral de Ourense.
- Retablo de la Virgen de Belén. Catedral de Ourense.
- Tabernáculo del Altar Mayor. Catedral de Lugo.
- Retablo Mayor de San Eusebio (Coles).
- Santiago Ecuestre de la Catedral de Ourense.
- Retablo Mayor de Santa Baia de Longos.
- Diversas esculturas (limpieza, eliminación de repintes...).
- ...



CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L.
Carretera del Seminario 18 - 32002 - OURENSE
Tfn. 988 234 118 - www.centrosanmartin.es



ELEMAR NOR, S.L.
COMUNICACIONES

 **BOUYER**


ude

Al servicio de la Iglesia desde 1989

PROYECTOS, INSTALACIONES Y MANTENIMIENTO

- **Megafonía**
- **Calefacción**
- **Campanas nuevas y refundición**
- **Electrificación de campanas**
- **Campanarios electrónicos**
- **Yugos**
- **Iluminación artística LED**
Menor consumo
Mayor duración y luminosidad
- **Instalaciones eléctricas**



Le ofrecemos montaje provisional y presupuesto sin compromiso

ELEMAR NOR, S.L.
Polígono Icaria. C/ Ícaro, 32
15172 A Coruña
981 63 56 59
elemarnor@elemarnor.com
www.elemarnor.com

Empresa inscrita en el Registro de Instaladores de Telecomunicación.
Nº Reg. 3019

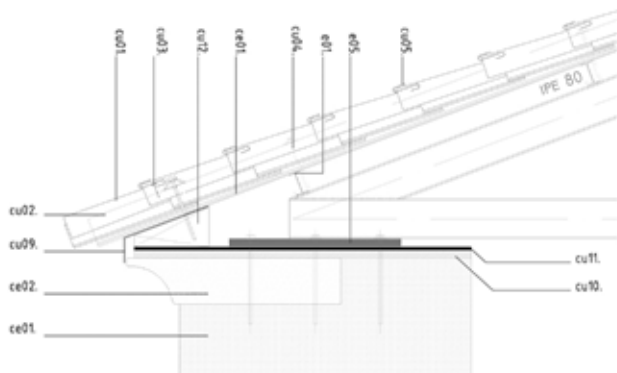
único

arquitectura

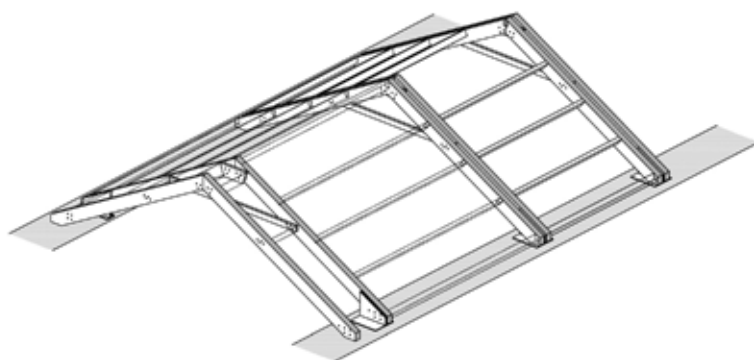
estudio de arquitectura
c/ Alcalde Lens 35 | entreplanta | local 5 | 15010 A Coruña
unicoarquitectura@unicoarquitectura.es
unicoarquitectura.es
móvil 638 142 298

REALIZAMOS...

- _levantamiento de planos
- _estudios de viabilidad
- _informes de estado actual
- _informes patológicos
- _valoraciones y tasaciones
- _inspección técnica de edificios (ITE)
- _certificados de eficiencia energética
- _planes de mantenimiento
- _libros del edificio
- _proyectos de segregación
- _proyectos de demolición
- _proyectos básicos y de ejecución
- _proyectos de rehabilitación
- _proyectos de interiorismo



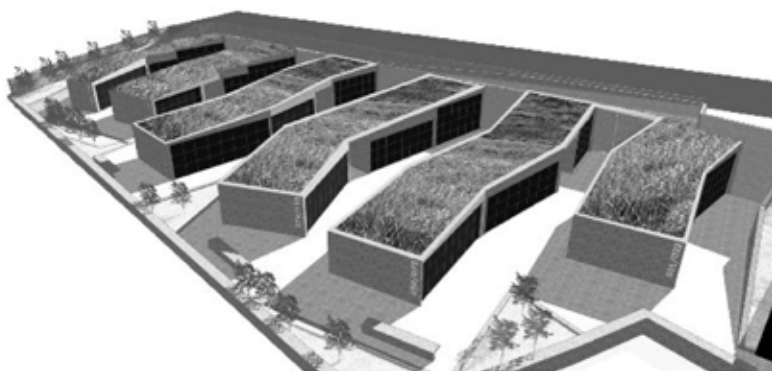
_Rehabilitación Cubierta de Santa María de Alón. [Sección transversal]



_Rehabilitación Cubierta de Santa María de Guisamo. [Modelización]

OFRECEMOS...

- _calidad
- _flexibilidad
- _integridad
- _independencia
- _responsabilidad social
- _respeto medioambiental
- _confidencialidad
- _precio
- _plazo



_Ampliación Cementerio Parroquial de Santa María de Leiro. [Modelo 3D]



_Casa Conventual de Arca, O Pino. [Alzado Este]



_Casa Conventual de Arca, O Pino. [Alzado Sur]

RENI



GLOBAL S.L.



Cementerio de San Isidoro de Postmarcos.



Primera Piedra Iglesia de Los Santos Ángeles.



Consagración Templo de Los Santos Ángeles.



Cementerio de Taragoña.



Bóveda Iglesia de Taragoña.



Cementerio de Os Ánxeles de Brion.



Cementerio de Carreira.



Acondicionamiento Iglesia de San José.



Cementerio de Santa María de Argalo.



Cementerio de San Xoán de Lousame.



Cementerio San Esteban de Abelleira.



Nuevos locales parroquia de San Antonio.

A Coruña

C/ Andrés Gaos, 27, entreplanta
(Locales parroquia de San Antonio)
15010 A Coruña - A Coruña
Telf.: 981 143 220, Fax: 981 144 551

Santiago de Compostela

Pz. de la Inmaculada nº4.
Apdo. correos nº 306
15704 Santiago de Compostela - A Coruña
Telf.: 981 575 857

Librería

BETEL




Libros y artículos religiosos

Betel Librería Religiosa
Diócesis de Ourense
Calle Lamas Carvajal nº 9
32005 - Ourense
Teléfono y Fax : 988 22 62 41

Imprenta

ARiGRAF

Artes Gráficas

 Noroeste Gráfico Impresor, S.L.

- Diseño y maquetación
- Preimpresión
- Impresión offset y digital
- Edición de libros y revistas
- Impresión publicitaria
- Encuadernación y acabados
- Manipulación de envíos

Tfno.: 981 54 96 00

Fax: 981 54 96 02

e-mail: arigraf@infor-data.com

Avda. Santa Lucía, 64 - bajo
15893 Santiago de Compostela

COLABORA:
Fundación Santa María Nai



FUNDACIÓN
SANTAMARÍANAI



DIÓCESIS
DE OURENSE
